

A man with a beard and a woman in wedding attire stand behind a baby in a lace dress. The man is wearing a grey suit jacket over a white shirt. The woman is wearing a white lace wedding dress. The baby is wearing a white lace dress and is looking directly at the camera.

Rechazaola **EN ALTAR**

J É S S I C A M A C E D O

J É S S I C A M A C E D O

Rechazada
EN ALTAR

Grupo Editorial
 **Portal**

Copyright ©2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra —física o electrónica —sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Portada y diseño

Jéssica Macedo

Consulte

Sonia Carvalho

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

[Capítulo treinta y dos](#)

[Capítulo treinta y tres](#)

[Capítulo treinta y cuatro](#)

[Capítulo treinta y cinco](#)

[Capítulo treinta y seis](#)

[Capítulo treinta y siete](#)

[Capítulo treinta y ocho](#)

[Capítulo treinta y nueve](#)

[Capítulo cuarenta](#)

[Capítulo cuarenta y uno](#)

[Capítulo cuarenta y dos](#)

[Capítulo cuarenta y tres](#)

[Capítulo cuarenta y cuatro](#)

[Capítulo cuarenta y cinco](#)

[Capítulo cuarenta y seis](#)

[Capítulo cuarenta y siete](#)

[Capítulo cuarenta y ocho](#)

[Capítulo cuarenta y nueve](#)

[Capítulo cincuenta](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

[Redes sociales \(del editor\)](#)

Sinopsis

Debería haber sido el día más feliz para una pareja, pero él le rompió el corazón...

Ian Gray es el director general del hospital San Rose, una institución que su familia fundó hace años. Detrás de su apariencia impecable y distante, esconde una herida profunda que lo ha sumergido en un mar de amargura.

Priscilla Menezes tenía el corazón hecho pedazos por el hombre que alguna vez creyó que era el amor de su vida. La dejó plantada en el altar, sin darle una sola explicación, dejándola con un vacío inmenso. Días después, descubrió que estaba embarazada, pero él no quiso escucharla, ni siquiera cuando intentó contarle que iba a tener una hija, fruto de ese amor con el que una vez se ilusionó, pensando que sería eterno.

Nunca imaginó que volvería a ese hospital, ni mucho menos que se reencontraría con el hombre que la destrozó. Sin embargo, un accidente con su bebé la dejó sin opciones, aunque sabía que no estaba preparada para enfrentarlo de nuevo, ni para lidiar con el dolor de su rechazo.

Para mi lectora Priscilla ♥



Priscilla
MENEZES

Prólogo

Hace un año...

Ese fue el día más feliz de mi vida.

Después de tres años de una relación feliz con Ian, por fin íbamos a casarnos.

No podría olvidar el día en que me propuso matrimonio durante un viaje que habíamos hecho a Nueva York en Navidad, ya que uno de mis mayores sueños era ver la nieve. Nací en Miami y aún no me había alejado mucho de la costa este. Estaba acostumbrada a Florida, donde era verano todo el año.

Aunque teníamos diferencias bastante obvias, Ian y yo nos llevábamos muy bien desde el momento en que chocó su coche contra el mío y me llevó a ser atendida en el hospital de su familia.

Bonita manera de conocerse...

Mis amigos se reían de ello, pero yo estaba segura de que él era el hombre de mi vida desde que no se apartó de mi cama mientras me recuperaba de las heridas, hasta que me dieron el alta y pude volver a casa. Incluso después de eso, seguía visitándome para asegurarse de que todo estaba bien.

Tras horas de conversación y algunas citas, antes de darme cuenta ya estábamos teniendo sexo por primera vez en mi sofá. Solo fue cuestión de tiempo para que pasara de ser un conductor distraído a convertirse en mi novio y el gran amor de mi vida.

Ian Gray era todo lo que siempre había deseado y soñado en un hombre y estaba absolutamente segura de que no quería estar en ningún otro sitio que no fuera allí, a punto de casarme con él.

Sonia, mi mejor amiga, me entregó el ramo de lirios y rosas blancas y me dio una palmadita en la espalda cuando di un paso adelante y salí de casa, pisando la playa de arena.

Estábamos en un lujoso salón de fiestas, con todo el esplendor que la fortuna de Ian podía

pagar, donde habían montado el altar para nuestra boda. Los invitados estaban sentados en sillas blancas colocadas a ambos lados de una alfombra roja. El cielo, completamente azul, brillaba, dejando claro que hasta el clima aprobaba nuestra unión.

Mi vestido era suntuoso, pero cómodo, y la falda se movía con la brisa fresca que entraba por las ventanas, acariciando el lugar de una manera suave, como una caricia entre amantes.

Mi padre me tomó del brazo y yo le sonreí. Todo era tan perfecto que no podía dejar de pensar en lo feliz que era.

Ian estaba de pie en el altar y mi sonrisa se hizo aún más amplia cuando lo vi con un traje gris claro, y con su rostro más guapo que nunca. Su barba estaba ligeramente recortada y perfectamente delineada, sus brazos estaban cruzados, pero los soltó al verme, pareciendo más relajado.

La única razón por la que no fui más rápida fue porque mi padre me retenía, pero el impulso de correr hacia él era inmenso.

Ian...

Di unos pasos más hasta que finalmente nos encontramos frente a frente. Ian tomó mis manos de las de mi padre. Esperé que se inclinara para besarme, pero en lugar de eso, solo me guió hacia el altar. Imaginé que estaba esperando el momento de "puedes besar a la novia" para darme un beso apasionado como siempre lo hacía.

—Priscilla, Ian... —El celebrante dijo nuestros nombres y mi sonrisa se ensanchó aún más.

No había otro lugar en el que quisiera estar que no fuera ese.

—Estamos hoy aquí reunidos para reafirmar la unión de esta joven pareja... —comenzó a decir, dirigiéndose a los invitados que allí se encontraban.

Eran amigos, familiares, compañeros de la agencia de publicidad donde trabajaba, y muchos empleados del hospital de la familia. Todos habían acompañado nuestra relación desde el principio.

El celebrante comenzó a hablar de nuestra historia, de cómo nos conocimos hasta llegar a ese día. Cada momento, las cosas que habíamos vivido, me llenaban los ojos de lágrimas.

Estaba segura de que a partir de ese día sería aún más feliz, pero no tenía ni idea de lo equivocada que estaba.

Nos miramos a los ojos, sosteniendo nuestras manos. Durante unos minutos me perdí en su mirada, aunque él parecía extrañamente inmutable. Esperaba su habitual sonrisa amplia, pero supuse que solo estaba nervioso por el matrimonio. No lo culparía si hubiera despertado con dolor de estómago, porque a mí también me había pasado.

Moví los labios para decirle "te amo", pero no me respondió. Imaginé que simplemente no me había prestado atención.

—Priscilla, ¿aceptas a Ian como tu legítimo esposo?

—Sí —no tardé ni un segundo en responder, con una sonrisa aún más amplia—. Por supuesto que sí.

—Ian, ¿tomas a Priscila como tu legítima esposa, para amarla, respetarla y cuidarla todos los días de tu vida?

No contestó tan rápido, solo me miró fijamente y mi corazón se aceleró de ansiedad.

¿Se ha detenido el tiempo y no me he dado cuenta?

—¿Ian? —Cuando el celebrante insistió, queriendo saber la respuesta de mi prometido, me di cuenta de que no era solo yo.

—¿Amor?

—No. —Soltó mis manos y respondió con un tono tan firme que me dejó sin aliento.

—¿Ian? —El celebrante estaba perdido.

—No, no la acepto. —Se apartó de mí.

—¿Cómo?

—No voy a casarme con ella. —Se alejó de mí, dándome la espalda y alejándose del altar y de nuestra boda.

Me quedé paralizada, sin aliento y sin reacción.

Estaba preparada para el día más feliz de mi vida, pero ese resultó ser el peor de todos. Quedé completamente atónita en el altar, hasta que Sonia me abrazó y me sacó de ahí. La

incredulidad era tan grande que tardé un buen rato en comenzar a llorar.



Priscilla
MENEZES

Capítulo uno

Tiempo presente...

Casi me caigo de la cama cuando desperté con el llanto de Lis. No tenía idea de cuánto tiempo había dormido, pero por lo cansada que me sentía, parecía que había sido muy poco.

Me arrepentía un poco de no haber aceptado la oferta de mis padres de irme a su casa y pasar los primeros meses de vida de mi hija allá. Creí que podría manejarlo sola, pero estaba resultando ser un desafío mucho más grande de lo que imaginaba. Al menos todavía tenía algunos meses más de licencia por maternidad.

—Hola, niña... —Me levanté y la recogí del moisés que había dejado junto a mi cama—. ¿Qué pasa esta vez? ¿Un cólico? ¿Pañal?

La puse en el centro de la cama y vi que el pañal estaba empapado. Fui con ella hasta el cambiador para ponerle uno limpio, pero Lis no paraba de moverse mientras se reía, mirándome con esos ojitos azules.

—Mi pequeña pulpo. —Le toqué la naricita con el pañal limpio, y Lis soltó una risita.

Mi bebita había heredado varios de mis rasgos, empezando por el color de los ojos, pero no podía mirarla sin pensar en su padre. Era como si el hecho de tenerla nunca me dejara olvidar a Ian.

Hubiera querido que fuera más fácil, pero definitivamente la palabra fácil no aplicaba a mi situación desde que el hombre de mi vida me dejó plantada en el altar y nunca más quiso volver a mirarme a la cara.

Me repetía todos los días que lo había superado, que no necesitaba de él para seguir adelante, pero el no saber siquiera la razón por la que había cancelado todo me volvía loca. Ian parecía tan decidido que ni siquiera quiso hablar conmigo después, y ni se molestó en darme una explicación.

Yo creía que él me amaba tanto como yo lo amaba, pero descubrí que ese amor se había convertido en odio, y ni siquiera sabía por qué.

—Volvamos a dormir, pequeña. —Volví a meter a Lis en el moisés y me quedé mirando

el techo de mi habitación, con la esperanza de dormirme en algún momento, pero siempre me resultaba difícil cuando volvía a pensar en Ian.

Por suerte, aún estaba de licencia por maternidad y no tenía que preocuparme por salir corriendo al trabajo al día siguiente.

Ian no sabía de Lis. Me enteré de que estaba embarazada días después de la boda cancelada. En lugar de estar disfrutando de nuestra luna de miel, lo único que conseguí fue un hombre que se negaba a hablar conmigo, que ponía a otros para mediar en cada contacto y ni siquiera se dignaba a verme la cara.

Él no sabía de nuestra hija.

No sabía que nuestro amor se había transformado en una pequeña personita con la sonrisa más encantadora del mundo.

A pesar de todo, del abandono, de la tristeza y del dolor al pensar que todo había acabado así, cada vez que miraba a mi hija seguía viéndola como el mayor regalo que me había hecho.

Sonia, mi mejor amiga y la madrina de mi bebé, siempre me decía que el que había perdido era él. Se dedicaba a hablar mal de Ian todos los días para hacerme sentir mejor, aunque en el fondo yo aún no sabía lo que realmente había pasado.

Esos pendejos ricos son así, cambian de opinión y a una la dejan tirada en la miseria, repetía ella como si eso fuera suficiente para arreglar las cosas.

Me hubiera gustado que fuera tan simple, pero el vacío en mi pecho seguía ahí, aunque ya hubiera pasado un año.



Ian
GRAY

Capítulo dos

—¿Señor Gray?

—Sí. —Mi hermano y yo nos giramos al mismo tiempo cuando una mujer apareció en el pasillo llamando.

Ella señaló hacia mí, e Iván esbozó una sonrisa incómoda.

—¡Tú eres el doctor Gray! —Le di un golpe en el pecho.

—¡Por supuesto! Tengo una cirugía en unos minutos, buena suerte con lo tuyo.

—Lo mismo digo.

Iván se alejó caminando hacia el ascensor, y yo seguí a la empleada de la administración que me esperaba con un montón de papeles en la mano.

—Señor, tengo la documentación que solicitó sobre las finanzas y proyecciones del hospital para que pueda analizar la posibilidad de ampliar la sala de oncología.

—Estaba esperando esto. —Le hice un gesto para que caminara delante de mí—. Vamos a mi oficina. Quiero revisar todo con calma.

—Por supuesto.

Me siguió mientras recorriamos el largo pasillo que conducía al ala administrativa del hospital.

—Buenos días, señor. —Helena, mi secretaria, me sonrió de oreja a oreja.

—Buenos días. —No respondí con el mismo énfasis, me limité a abrir la puerta y entré con la empleada, acomodándome en mi sillón de cuero detrás de mi escritorio—. ¿Cuál es tu opinión? —le pregunté.

—Necesitamos aumentar nuestro volumen de negocio un diez por ciento para disponer de un respiro financiero suficiente para llevar a cabo todas las obras previstas en el proyecto.

—Déjame ver. —Le tendí la mano para que me diera los papeles.

—Toma.

—Gracias. Puedes retirarte. Si necesito algo más, te lo haré saber.

—Sí, señor. —Asintió y se dio la vuelta, saliendo de mi despacho y cerrando la puerta tras de sí.

El San Rose era un hospital familiar que había comenzado como una pequeña clínica fundada por mi bisabuelo hace casi ochenta años, pero con el tiempo había crecido hasta convertirse en una de las principales referencias en Miami. Mi abuelo, mi padre, e incluso Iván, mi hermano gemelo, se convirtieron en médicos, perpetuando la tradición familiar, al menos hasta llegar a mí.

Desde niño, tuve claro que no quería ser médico. Aunque era bonito pensar en salvar vidas, nunca me impactó lo suficiente como para dedicarme a ello. Siempre preferí otra área: la parte burocrática, como Iván solía decir. Me gustaba el sector financiero, los números, las cuentas, y siempre pensé que así podría hacer un mejor trabajo que dando puntos a personas vivas o muertas.

La elección de la escuela de negocios surgió de forma natural y en el fondo mi familia acabó apoyándome, querían que hiciera lo que creían que era mejor para mí, aunque mi padre parecía un poco molesto por ello.

Pero al final, no me alejé del negocio familiar. El hospital, por mucho que su principal objetivo fuera atender a las personas, seguía siendo un negocio, una empresa y necesitaba gestión.

Tras la jubilación del anterior director general del hospital, mi padre, que seguía siendo jefe de cirugía, me designó para asumir este cargo. Al final, no estar tan alejado del negocio familiar había sido algo positivo.

Estaba con mi padre y mi hermano todos los días y seguía haciendo lo que más me gustaba, dirigir. Aunque era un reto constante.

Con el aumento de pacientes con cáncer, necesitábamos más camas y ampliar el ala especializada en el tratamiento de esas personas que pasan por un proceso tan delicado. Sin embargo, para eso necesitaba conseguir cerca de cuarenta millones para la reforma y la compra de nuevos equipos, lo cual no era nada fácil, aunque el retorno sería positivo en poco tiempo.

Saqué los papeles y empecé a analizar las finanzas y las previsiones de mi departamento

financiero. El 10% era optimista, necesitábamos al menos el doble para que todo saliera como esperábamos y no tuviéramos sorpresas durante las obras. Aun así, estaba decidido a establecer metas y hacer cronogramas para que la expansión fuera posible.

Oí que llamaban a la puerta.

—¿Quién es?

—¿Señor Gray? —Era la voz de mi secretaria al otro lado de la puerta—. ¿Puedo pasar?

—Sí.

Giró el picaporte y se acercó a mí, llevando una taza de café de la cafetería.

—Sin lactosa ni azúcar, tal como le gusta.

—Gracias, puedes dejarlo ahí. —Le indiqué la esquina de mi escritorio mientras mis ojos seguían clavados en el papeleo.

—¿Necesita ayuda con algo más?

Negué con la cabeza.

—Me las arreglaré yo mismo.

—Si necesita cualquier cosa, solo avíseme.

—Lo sé, Helena.

Ella mantuvo la sonrisa, destacando aún más sus labios pintados de rojo. Era joven y muy eficiente, llevaba trabajando conmigo cerca de un año y medio. Siempre dispuesta a ayudarme, incluso si eso significaba quedarse después de horario.

—Puedes irte.

—No olvide que tiene una reunión con los inversionistas a la hora del almuerzo. Hice una reserva en el restaurante de siempre, y debe encontrarse con ellos al mediodía.

—¡Buena memoria! No lo olvidaré.

—Siempre estoy aquí para eso.

—Haces un excelente trabajo.

Asintió con una sonrisa aún mayor y se toqueteó el pelo antes de mirarme fijamente. Como no dije nada más, se dio la vuelta y salió de la oficina, dejándome solo.

Intenté avanzar lo más posible con el análisis de documentos antes de salir a encontrarme con los inversionistas.



Priscilla
MENEZES

Capítulo tres

Me levanté del sofá cuando oí que llamaban a la puerta y esbocé una gran sonrisa al ver a Sonia al otro lado.

—¿Dónde está la niña más bonita del mundo? —Pasó junto a mí y fue directo al cochecito donde estaba Lis.

—Buenos días a ti también. —Resoplé ante su actitud.

—¡Ah, buenos días! Ya extrañaba a esta princesa. —Levantó a mi hija en brazos y la balanceó, haciendo que la bebé se riera.

—Gracias por venir a quedarte con ella esta mañana, especialmente siendo tu día libre. Tal vez tenías otros planes...

—No hay nada mejor que quedarse con esta belleza. No te preocupes, estaremos bien cuando vuelvas.

—Todavía no puedo creer que hayan clonado mi tarjeta de crédito. —Resoplé.

Odiaba tener que ir al banco, sobre todo por una situación tan desagradable como aquella. Algún desgraciado me había robado y tenía una factura de casi diez mil dólares por compras que no había hecho.

—Las compras se hicieron en otro estado, tendrán que solucionarlo.

—Espero que sí, porque con la licencia de maternidad, ni multiplicando el dinero mágicamente podría pagar esa factura.

—Todo va a salir bien.

—Gracias, Sonia.

—De nada. Despídete de mamá. —Tomó la manita de mi hija y me hizo un gesto con la mano.

—Adiós. —Besé su frente suave y perfumada—. Sonia, dejé leche, está congelada en el freezer. Encima del cambiador tienes todo lo necesario por si hay que cambiarle el pañal...

—¡Estaremos bien, Pri!

—Pero...

—Puedes irte.

—De acuerdo, gracias.

Mi pequeña tenía poco más de tres meses, y era la primera vez que salía de casa sin ella, o que me alejaba más de diez minutos. Se me hacía un nudo en el corazón solo de pensar que no estaría cerca si algo sucedía.

Todo irá bien...

Contuve la respiración y me repetí esa frase un millón de veces mientras me subía al coche y me dirigía a la sucursal bancaria que estaba a casi media hora del departamento donde vivía con mi hija.

Sabía que en algún momento tendríamos que separarnos. La licencia terminaría y tendría que volver al trabajo, pero como aún me quedaban unos meses, prefería no pensar en eso por ahora.

Conduje hasta la agencia y paré el coche en un aparcamiento no lejos del edificio. Aquella mañana hacía mucho calor y estaba sudando a pesar de llevar un vestido.

La gente pasaba a mi lado en bikini y llevando tablas de surf para cruzar a la playa, a unas manzanas de distancia. Aunque había nacido y pasado toda mi vida en aquella ciudad, nunca había sido muy aficionada a los deportes acuáticos ni a un poco más de adrenalina. Para ser sincera, a veces pensaba que tenía miedo de ahogarme.

Entré a la sucursal bancaria después de pasar por seguridad, y el gerente ya me estaba esperando tras la llamada que había hecho y el caos que había causado por teléfono.

—Señorita Menezes...

—Yo no hice esas compras —dije enseguida.

Los demás clientes en el banco voltearon a mirarme, curiosos por mi tono de voz y el pequeño escándalo.

—¿Por qué no me acompaña? —El gerente me hizo un gesto para que le acompañara y me acercó una silla para que me sentara frente a su escritorio—. ¿Le traigo un vaso de agua?

—No. Solo quiero resolver mi problema.

—Estoy seguro de que sí. Le puedo asegurar que la tarjeta ya fue cancelada y le emitiremos una nueva, que será entregada en su domicilio en unos días.

—Lo que me preocupa son las compras.

—Estamos llevando a cabo una investigación.

—¿Investigación? Las compras fueron en Virginia, yo nunca he pisado ese lugar.

—Tiene que darse cuenta de que se trata de un tema delicado.

—Delicada es la factura de diez mil dólares que me están cobrando.

—Vamos a suspender el pago hasta que termine la revisión de nuestro departamento de fraudes.

—¿Y qué pasa después de esa revisión?

—Anulamos las compras realizadas con la tarjeta clonada.

—¿Y si no las cancelan?

—Podemos negociar.

—¡Nada de negociar! No voy a pagar por cosas que no compré.

—Le aseguro que haremos todo lo posible por resolver esta situación lo antes posible.

—Eso espero.

Mi teléfono empezó a sonar, pero lo ignoré. Había venido al banco para resolver esa situación horrible y no me iba a ir de ahí hasta que lo hiciera.

El teléfono volvió a sonar, y decidí ver quién era. Al revisar, vi que era Sonia. Estaba tan segura de que podía cuidar a mi hija por unas horas, que no imaginé que me llamaría.

—Necesito contestar. Tengo una hija de pocos meses...

—No hay problema. —El gerente fue mínimamente comprensivo, aunque si no lo hubiera sido, probablemente ya le habría saltado al cuello.

—¿Qué pasa, Sonia?

—Priscilla, ha ocurrido algo terrible. —Su voz era débil y entrecortada al otro lado de la línea.



Ian
GRAY

Capítulo cuatro

Estacioné mi auto en uno de los lugares del hospital y le entregué la llave al valet después de regresar de la reunión con los inversionistas. Les había presentado la nueva ala de oncología y estaban emocionados con las proyecciones y el aumento significativo de ingresos para el hospital.

La primera entrada después del estacionamiento era la de emergencias, donde siempre había un caos de gente corriendo. Mi padre solía decir que ese era el corazón del hospital, aunque él pasara poco tiempo allí.

Ajusté las solapas de mi saco y entré, topándome con una mujer que gritaba. El problema era que no era cualquier mujer...

Priscilla...

Había pasado un año desde la última vez que la vi, un año desde que le dije que “no” en el altar y cancelé toda la boda, poniendo fin a nuestra relación, y nunca había tenido el valor de volver a mirarla a la cara. Solo pensar en esa mujer me hacía sentir muy enfadado.

—¿Dónde está mi hija? —gritó.

¿Hija? ¿Desde cuándo Priscilla tiene una hija?

—Señora, tiene que calmarse.

—No voy a calmarme, solo tiene tres meses...

Una parte de mí quería seguir de largo, hacer como si no la hubiera visto, pero la curiosidad fue más fuerte y me acerqué.

Sus ojos se abrieron aún más al verme.

—De todos los hospitales...

—Créeme, yo tampoco quiero estar aquí. —Apretó los dientes, claramente molesta.

—¡Priscilla! —Oí otra voz y vi a Sonia corriendo hacia ella.

Al parecer, las cosas seguían igual que antes, y las dos seguían siendo mejores amigas.

—Le estaba cambiando el pañal y aparté la vista dos segundos, solo dos segundos para recoger la pomada para la dermatitis del pañal que se había caído al suelo, juro que no pensé que se daría la vuelta y se caería del cambiador....

—¿Cómo está? —Priscilla parecía aún más afligida.

—No lo sé. Se la llevaron y dijeron que iban a hacerle unas pruebas.

—¿Por qué la trajeron aquí?

—Vinieron los paramédicos y dijeron que era el hospital más cercano.

Entonces, era cierto, Priscilla tenía una hija y eso me enfadó y confundió aún más.

—¿Quién es el padre de esa niña? —Me atreví a preguntar, a pesar de que probablemente recibiría un buen “no es asunto tuyo”.

Siempre fui bueno con los números, y haciendo cálculos rápidos en mi cabeza, para que tuviera una hija de esa edad, debió quedar embarazada mientras aún estábamos juntos o justo después.

—¿Tú quién crees? ¡Idiota! —Priscilla no dijo nada, pero la respuesta vino de su mejor amiga.

—Espera...

—Necesito saber cómo está mi hija. —Priscilla parecía no prestar atención a mi presencia, jalando de la mano a su amiga y yendo al mostrador de atención.

Me quedé completamente inmóvil, en shock, mientras todos en esa pequeña sala de espera me miraban, tratando de entender el motivo de la escena. A pesar de la influencia de mi familia, no éramos lo suficientemente famosos como para aparecer en periódicos o revistas, así que la mayoría de los presentes no tenía ni idea de quién era yo.

—¿Le ocurre algo, señor Gray? —El jefe de emergencias se acercó cuando me vio perdido, como si el que hubiera tenido un accidente fuera yo.

—¿Ha ingresado alguna niña en traumatología?

—Sí, una bebé de tres meses.

—¿Cómo es ella?

—Ojos azules, pelo castaño... Señor, ¿por qué el interés?

—¿Dónde está?

—En una tomografía para verificar si sufrió algún trauma por la caída.

—Quiero a mi hermano aquí abajo, ahora.

—Él generalmente no viene a emergencias, llamamos al neurólogo de turno.

—¡Que venga Iván ya!

—Por supuesto, señor.

—Manténgame informado.

En cuanto el médico se alejó, volví a mirar a Sonia y Priscilla sentadas en las sillas de espera. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas, y no había duda de que estaba devastada por lo ocurrido.

¿Tú quién crees?

Aunque Sonia no me respondió directamente, su comentario, junto con las fechas, dejó todo bastante claro. Había una posibilidad de que esa niña fuera mi hija, o tal vez no...

Apreté los dientes y los puños al recordar por qué había cancelado la boda y le dije que no.

No dejaría que Priscilla me volviera a tomar por estúpido.



Priscilla
MENEZES

Capítulo cinco

Estaba completamente aterrada, con el corazón a punto de salirse por la boca y unas ganas locas de llorar. Había dejado a mi bebé poco más de una hora y había ocurrido algo terrible.

—Lo siento mucho... —Sonia estaba llorando a mi lado—. Juro que la estaba mirando. Tardé dos segundos y rodó fuera del cambiador.

—¿Había sangre? ¿Se desmayó?

No era médico ni había hecho un curso básico de primeros auxilios, pero había pasado años de mi vida con una familia que vivía en un hospital y eso significaba que había aprendido un par de cosas.

—No, no hubo sangre, pero estuvo inconsciente unos minutos.

—¿Qué dijeron los médicos?

—Que teníamos que esperar.

—Quiero más que eso, Sonia.

—Lo siento, Priscilla.

Sabía que no lo había hecho a propósito y que esto podría haberle pasado a cualquiera, incluso a mí, pero no podía evitar sentirme enojada. El miedo me consumía de una manera imparable.

Giré la cabeza y vi a Ian todavía mirándome. Era la primera vez que lo veía desde lo de nuestra boda. Había intentado hablar con él otras veces, sobre todo para contarle sobre mi embarazo, pero su secretaria siempre inventaba excusas, diciendo que él no estaba, y otras personas hacían lo mismo. Con el tiempo, simplemente me rendí. Si ese imbécil no quería escucharme, era su problema.

No sé cuánto tiempo pasó, pero mi angustia crecía cada vez más hasta que vi a Ivan caminando hacia mí. No era suficiente tener que ver a Ian; ver el rostro de Ivan, tan parecido, en ese cuerpo de médico, solo reforzaba la imagen en mi mente.

Los dos eran gemelos, tenían la misma edad, los mismos gestos, y para colmo, solían llevar el mismo corte de cabello. Antes pensaba que Ivan era el más egocéntrico y narcisista de los dos, pero después de todo lo que pasó, probablemente solo me había engañado a mí misma.

—¿Priscilla? —Me levanté cuando Iván se detuvo delante de mí.

—¿Sabes algo de mi hija? —El hecho de que estuviera allí el mejor neurocirujano del hospital me ponía aún más ansiosa.

¿Qué podría haber pasado?

—Ella...

—Ella va a estar bien, Priscilla.

Sus palabras me hicieron soltar un largo y profundo suspiro de alivio.

—Yo mismo analicé el TAC y solo tenía una contusión. Puede que tenga un chichón, pero desaparecerá en unos días.

—¿Puedo llevármela a casa?

—Creo que es mejor que se quede aquí hasta mañana.

—Pero dijiste que estaba bien.

—Sí, pero por precaución es mejor que la observemos un poco más.

—Es solo una bebé, Ivan.

—Lo sé, pero pediatría la está vigilando.

—¿Puedo verla?

—Sí.

—Gracias.

Me hizo un gesto para que lo siguiera y nos dirigimos a un ascensor que llevaba a la planta de pediatría, donde mi hija estaba en una pequeña cuna blanca junto con otros niños que también parecían estar esperando una evaluación médica.

—¡Ay, Lis!

Estaba acostada en la cuna, mirándome con esos ojitos bien abiertos, igual que todas las mañanas cuando despertábamos.

—Nos diste un buen susto, princesa. —Sonia suspiró, pareciendo un poco más tranquila después de todo el estrés que habíamos pasado.

Metí la mano en la cuna, y ella envolvió mi dedo con sus diminutos deditos, apretándolos con fuerza.

—Mi amor... —Me incliné y le besé la frente.

No me movería de allí hasta que mi hija pudiera volver a casa conmigo.



Ian
GRAY

Capítulo seis

Estaba en el pasillo cuando Ivan salió de pediatría y chocó conmigo.

—¿Cómo está? —No esperé a que dijera nada para interrogarlo.

—Va a estar bien.

—¡Qué alivio! —Solté un suspiro.

—¿Y quién es esta bebé, Ian? —Mi hermano dijo en voz alta la pregunta que me venía carcomiendo desde que Priscilla mencionó las palabras *mi hija*.

—No sé... ¿Se parece a mí?

—Sí, no, tal vez... Sabes que los bebés tienen la cara como una rodilla. Pero sus ojos y su pelo son como los de Priscilla... ¿Crees que es tuyo?

—No me dijo que estaba embarazada antes de la boda.

—Tal vez sea de otra persona.

—Quiero saber. ¿Puedes hacer una prueba?

—Técnicamente, no sin su autorización.

—Estamos en un hospital, puedes arreglártelas.

—¿De verdad quieres que el equipo haga una prueba de ADN sin el permiso de la madre?

—Solo necesito saber si es mi hija, Ivan.

—¿No es más fácil preguntarle a Priscilla? —Se encogió de hombros.

—No confío en ella después de lo que pasó.

—¿Y qué piensas hacer si la niña es realmente tu hija?

—No lo sé... —Todavía no había pensado en eso—. Primero necesito saber la verdad.

—Veré lo que puedo hacer.

—Gracias, hermano.

Mi hermano pasó junto a mí y me dio una palmada en el hombro antes de dirigirse al

ascensor y probablemente de vuelta a la sala de cirugía.

Me quedé un rato en el pasillo, observando la puerta donde sabía que estaban Priscilla y la bebé, pero no me atreví a acercarme, mucho menos a entrar.

Todavía había demasiada amargura para querer hablar con ella otra vez.



Priscilla
MENEZES

Capítulo siete

La enfermera de guardia me dejó tomar a mi bebé en el regazo y darle el pecho, pero tuve mucho cuidado de no moverla demasiado. Sujeté a Lis como los primeros días de su nacimiento, como si fuera a romperse al menor movimiento mío.

Aunque Ivan me había asegurado que todo estaría bien, siendo él un experto en neurología, no podía sacudirme el miedo que me carcomía. Cada vez que cerraba los ojitos, me llenaba de angustia.

Sonia se fue a casa, aunque había insistido en quedarse conmigo. Solo permitían un acompañante, así que le prometí que le daría noticias y que pronto estaríamos de vuelta. Aún no había llamado a mis padres ni avisado a nadie más sobre el accidente; estaba tan enfocada en mi bebé que no quería perder tiempo explicando nada, solo quería estar con ella hasta estar cien por ciento segura de que no había más riesgos.

—Señora, disculpe... —Una enfermera me tocó el hombro, haciéndome girar.

—¿Qué ocurre?

—He venido a sacarle sangre a tu hija.

—¿Sangre? —Abrí mucho los ojos—. ¿Por qué quieren sangre de mi bebé?

—Vamos a hacer algunos exámenes.

—¿Por qué? ¿No se pondrá bien?

—La dirección nos pidió tener un cuidado especial con ella y asegurarnos de que todo esté en orden antes de darle el alta.

—¿Es realmente necesario?

—Será rápido.

—De acuerdo. —Me levanté del sillón donde estaba con mi hija y la coloqué en un cambiador, permitiendo que la enfermera pinchara el brazo de Lis y le sacara un poco de sangre.

Me sorprendía el trato tan especial que la familia Gray le estaba dando a mi hija, incluso después de todo lo que había pasado. Aunque esperaba que Ian apareciera y dijera algo más,

cualquier cosa que rompiera el silencio del último año. Pero, en el fondo, era mejor así. Después de lo que me había hecho, no necesitaba escuchar sus explicaciones.

Si él decidió apartarse de mí, era mejor que se quedara lejos. Mi hija y yo estábamos perfectamente bien sin él.

—Ya está. —La enfermera sonrió a mi bebé—. Los resultados patológicos estarán listos dentro de unas horas, pero cualquier cambio preocupante será comunicado a un pediatra.

—Gracias.

—Pronto esta cosita linda podrá volver a casa.

—Eso es todo lo que quiero.

La enfermera asintió y abandonó la sala, dejándome con mi bebé.

Había otras dos madres con sus hijos, pero no habíamos hablado mucho. Sus bebés parecían estar mucho más enfermos que los míos y todas estaban desesperadas.

Después de que naciera mi pequeña, sentí como si mi corazón hubiera empezado a latir fuera de mi pecho.



Ian
GRAY

Capítulo ocho

—¿Necesita algo más, señor? —preguntó Helena, parada en la puerta de mi oficina, mirándome fijamente.

Negué con la cabeza.

—Puedes irte a casa.

—¿Está seguro? Aún no ha recogido sus cosas...

—Me quedaré un poco más.

—¿Algún asunto urgente? Puedo ayudar...

—No, no puedes. —Interrumpí su frase antes de que continuara haciendo gala de su increíble buen humor.

—¿Seguro?

—Sí, es una cuestión personal, familiar.

—Lo entiendo, pero si hay algo que pueda hacer, solo avíseme.

—Gracias, Helena, pero puedes irte.

—Que tenga una buena noche, señor.

—Tú también.

Se despidió y cerró la puerta.

Sabía que la bebé, al igual que Priscilla, estaba en la sala de pediatría. Nunca habíamos estado tan cerca después de terminar nuestro compromiso. Sin duda, había hecho todo lo posible por alejar a esa mujer de mi vida y esperaba no volver a cruzármela, aunque siguiéramos viviendo en la misma ciudad.

Lo que realmente no esperaba era que en este reencuentro estaría con una hija que podría ser mía.

Antes de todo lo demás, antes de que mi vida se viniera abajo, no había nada que deseara más que construir una vida con esa mujer. Llegar después de un largo día de trabajo y ver a mis

hijos construyendo castillos de arena en una casa junto al mar. Encontrar la sonrisa de Priscilla y tener sexo con ella toda la noche, aunque estuviéramos agotados.

Hice muchos planes, imaginé cientos de escenas como esa, pero entonces, el día de nuestra boda, todo se fue al carajo...

Salí de mi ensoñación cuando escuché la puerta de mi oficina abrirse de golpe, y mi padre entró como una tormenta, con su típico abrigo blanco. Esa era la imagen que tenía grabada en mi mente desde que era un niño.

—¡Ian!

—Hola, papá.

—Me enteré de que has solicitado una prueba de ADN. —Se acercó aún más a mi mesa y se detuvo frente a mí.

—Se suponía que era un secreto.

—¿A quién estás analizando, Ian?

—A la hija de Priscilla.

—¿Priscilla tiene una hija?! —Abrió los ojos sorprendido.

—Lo he descubierto hoy.

—¿Y quieres saber si es tuya?

—Sí.

—Pensé que ya no tenías nada con esa mujer.

—No lo tengo, pero tampoco es como si no hubiéramos tenido sexo suficiente como para que quedara embarazada.

—Ah... —Mi padre terminó aceptando—. ¿Y qué piensas hacer?

—Primero, esperar el resultado... —Reflexioné unos instantes—. ¿No deberías haberte ido ya a casa?

—Hoy he tenido una operación que ha durado más de lo esperado.

—¿Fue Iván quien te lo dijo? —Volví sobre el tema, queriendo tener a alguien a quien culpar de que la noticia hubiera llegado tan rápido a mi padre.

—No, pero sabes que en este hospital nada es un secreto, especialmente cuando se trata de nuestra familia.

—Malditos chismosos. —Bufé.

—Podría demandarnos por un examen no autorizado...

—Honestamente, papá, esa es mi menor preocupación ahora, y no estaba dispuesto a discutir con ella antes de saber si la niña es mía o no. Además, como no soy médico, no tengo ninguna licencia que perder, y los empleados solo estaban siguiendo órdenes.

—¿Realmente crees...?

—No lo sé. —Me incliné hacia delante, sujetándome la cabeza con las manos y masajeándome las sienes.

Oímos que llamaban a la puerta y mi padre se giró hacia ella.

—Adelante —autoricé.

Uno de los encargados del hospital entró, sosteniendo un sobre blanco que esperaba que contuviera el resultado que había estado aguardando desde que Priscilla llegó con una bebé.

—Señor Gray, me han dicho que traiga este resultado urgentemente.

—Dámelo, por favor. —Extendí la mano, ansioso, y él se acercó para entregármelo.

—Bien, buenas noches señores. —Nos saludó con la cabeza a mi padre y a mí antes de salir de la habitación y cerrar la puerta.

Mi padre ni siquiera esperó a que el encargado desapareciera de nuestra vista antes de acercarse y mirar juntos el resultado de la prueba. No soy médico, no sé cómo leer análisis, y mucho menos uno de ADN, algo que no solíamos hacer con frecuencia, pero había un informe claro que indicaba la compatibilidad de los alelos paternos.

—¡Es tu hija! —Fue mi padre quien exclamó con fuerza.

—Sí, lo es... —Dejé que los papeles se cayeran sobre la mesa y me quedé mirándolos.



Priscilla
MENEZES

Capítulo nueve

Estaba somnolienta, inclinada sobre la cuna donde dormía mi hija en la sala del hospital mientras escuchaba a otra madre cantar una nana a su hijo.

Tuvimos que quedarnos allí hasta la mañana siguiente para que los pediatras pudieran controlar cualquier posible complicación en el estado de mi bebé. Sin embargo, ver que aparentemente estaba bien me tranquilizó un poco.

Lis solo tenía tres meses y fue un susto que no le desearía a ninguna otra madre.

—¡Deberías habérmelo dicho!

Me sobresaltó la voz gruesa que resonó detrás de mí, haciendo que Lis se removiera en su cuna.

Me di la vuelta y vi a Ian de pie detrás de mí, con las dos manos en la cintura y una expresión furiosa. Parecía un perro a punto de atacarme y no solo me asustó a mí, sino también a las otras madres que estaban allí.

—¿Qué? —Negué con la cabeza, confusa.

—¿Cómo pudiste ocultármelo? —Apretó aún más los dientes.

—Señor Gray... —Una de las enfermeras apareció entre nosotros y le llamó la atención sobre el pequeño escándalo que estaba montando en plena noche en una sala con bebés.

—Vigile a la niña —le dijo a la enfermera, señalando a Lis. Luego se inclinó hacia mí, agarrándome del brazo.

Ian me arrastró fuera al pasillo y no se detuvo hasta que llegamos a un cuarto de suministros, lejos de las miradas curiosas, donde podía gritarme sin que los demás pacientes nos oyeran.

—¡Ay! —Intenté liberar mi brazo—. ¡Suéltame!

Cuando finalmente me soltó, retrocedí tambaleándome unos pasos, casi chocando contra una estantería de materiales desechables.

—¡Es mi hija! —Sacó un trozo de papel y me lo tiró.

Tuve que agacharme para recoger la hoja del suelo y me di cuenta de que era una prueba de ADN. No me preocupaba cómo la había conseguido, nunca fue mi intención ocultarle a Lis.

—Sí, lo es. —Me encogí de hombros.

—¿Y por qué no me lo habías dicho hasta ahora?

Solté una carcajada amarga que lo sorprendió, dando un paso atrás con los ojos abiertos de par en par.

—¿Cómo iba a decírtelo, si después de abandonarme en el altar nunca más me volviste a ver ni me diste una explicación de por qué lo hiciste? Pensé que me amabas, Ian, pero me dejaste como si fuera basura. Intenté hablar contigo varias veces, pero siempre estabas ocupado, no contestabas mis llamadas y cada vez que venía al hospital mandabas a alguien a despacharme. ¿Cómo demonios iba a contarte sobre mi embarazo?

—Deberías haber... —vaciló, sin encontrar las palabras adecuadas para replicar.

—Con el paso de los meses, me di cuenta de que tenía que seguir adelante y preocuparme por cuidar de mi hija, ya que su padre nos había dado la espalda.

—¿Darle la espalda? —Soltó una risa sarcástica.

—Eso es exactamente lo que hiciste, Ian.

—¿Ahora te comportas como una víctima? —Gruñó, con una furia renovada. No entendía de dónde venía su enojo.

—Soy una víctima. —Era mi turno de alzar la voz—. Me dejaste en el altar, Ian, destruiste mis planes de futuro y me rompiste el corazón.

—¿Tu corazón? —Su incredulidad me sorprendió—. ¿Quién eres tú para hablar de un corazón roto? Deberías haberlo pensado antes de engañarme, maldita puta.

¿Engaño?

—¿De qué estás hablando? —Estaba completamente confundida.

Si había algo de lo que estaba segura, era que jamás me había involucrado con otro hombre mientras estaba con Ian. Lo amaba, y no podía imaginar mi vida con nadie más.

—No te hagas la tonta...

—Eres tú el que está alucinando.

—¿Alucinando? Es difícil no perder la cabeza cuando el día de tu boda amanece con fotos de tu prometida con otro tipo.

—Eso no tiene sentido...

—Lamentablemente, yo veo muy bien.

—Nunca he estado con otro hombre, Ian...

—¿De verdad piensas que te voy a creer?

—¡Pero es la verdad!

—No soy idiota, Priscilla. No me importa lo que digas, pero esas fotos son incuestionables.

—¿Qué fotos?

Estaba muy confusa y al mismo tiempo quería saber más sobre ello. Me había pasado un año sin saber por qué Ian me había dejado plantada en el altar, y definitivamente no esperaba esa razón.

Había amado a ese hombre con todo mi corazón y no hice nada que pusiera en peligro lo que habíamos construido. Y mucho menos traicionarlo. Era imposible que eso ocurriera.

—No importa. —Se encogió de hombros.

—¡Claro que importa! Yo no te engañé.

—Ya basta, Priscilla. No quise escucharte entonces, y no pienso hacerlo ahora. Lo único que me interesa es mi hija.

—¿Ahora te importa?! —Estaba irritada y enfadada.

Me había gritado, insultado y acusado de traicionarlo. Todo eso después de dejarme en el altar, sin ninguna explicación, y no darme ninguna oportunidad para enmendar las cosas. No sabía qué fotos eran esas ni cómo habían llegado a sus manos, pero estaba segura de que no eran reales.

—Me hubiera importado antes si no me la hubieras ocultado.

—No tienes derecho a hablarme así —le gruñí.

—Después de lo que has hecho, sí.

—¡No he hecho nada!

—No quiero tus mentiras, Priscilla.

—¡Pues yo tampoco quiero seguir oyéndote! —Lo empujé para apartarlo y salir de allí.

En resumen, había sido mejor que no hubiéramos hablado después de la ruptura del matrimonio y me hubiera ahorrado una situación tan desagradable.

—¡Priscilla! —Me agarró de la muñeca, impidiéndome alejarme tan rápido como hubiera querido...

—¡Suéltame! —Intenté liberarme de su agarre.

—¡Un momento! No hemos terminado aquí.

—¿Sabes qué? Mejor no hablemos más.

—¿Ahora huyes?

—Me he dado cuenta de que mi hija y yo estamos mucho mejor sin ti.

—Apuesto a que no me dijiste nada porque pensabas que podía ser hija del otro.

Me enfureció tanto lo que dijo que no me contuve, giré la mano que me quedaba libre y le di una bofetada.

Yo no había hecho nada y él no tenía derecho a ofenderme así. Siempre supe quién era el padre de Lis, pero no era él quien la merecía.

—¡Idiota! —Lo empujé con aún más fuerza y logré liberarme, saliendo hacia el pasillo.

No iba a quedarme ahí delante y escuchar todas esas ofensas.

Después de todo el dolor que Ian me había causado, no merecía sufrir más. Ya había llorado mucho por culpa de aquel hombre y, después de las groseras palabras que había escuchado en aquel momento, era difícil contener otra oleada de lágrimas.

Si no hubiera sido por mi bebé, habría sido un reto aún mayor seguir adelante, pero había descubierto mi fortaleza al convertirme en madre soltera y no iba a permitir que el reencuentro con Ian fuera una recaída en mi tristeza.



Ian
GRAY

Capítulo diez

Pasó a mi lado enfadada y se dirigió al pasillo.

Me incliné y recogí del suelo el examen de ADN que había dejado caer, lo guardé arrugado en el bolsillo. Era mejor que otros empleados del hospital no lo encontraran, para que no avivaran aún más la fogata de rumores que crecía rápidamente cuando se trataba de mi familia.

Regresé a la sala pediátrica y encontré a Priscilla sacando a Lis del cuna; la bebé soltó algunos quejidos al ser despertada de golpe.

—Vámonos de aquí, pequeña.

—¡Señora! —Saltó una enfermera, intentando detenerla—. Es mejor que permanezca en observación durante unas horas. No queremos complicaciones.

—Yo tampoco lo quiero y prometo que la llevaré a otro hospital, solo que no podemos quedarnos aquí.

—Solo por unas horas más...

—¡No!

La enfermera levantó la cabeza, encontrándose con mi mirada en la puerta y yo me limité a asentir.

Aunque la niña era mi hija, aún no tenía ningún poder legal sobre ella y no podíamos oponernos a la decisión de un responsable si quería cambiar de hospital. Por más furioso que estuviera con toda la situación, sabía que era lo mejor; no quería un escándalo con otros empleados comentando.

Priscilla pasó junto a mí, como si no estuviera ahí, y las seguí con la mirada hasta que desaparecieron.

—¿Qué ocurrió, señor Gray? —preguntó la enfermera al acercarse a mí.

—Concéntrate en tu trabajo.

Tragó saliva ante mi tono áspero.

Era cuestión de tiempo para que todos en el hospital supieran lo que realmente había ocurrido, pero no sería por mi boca. Además, creía que mi vida personal no les incumbía, por más que pensarán lo contrario.

Salí del área pediátrica y caminé hacia el elevador que me llevaría a mi oficina. Al salir del cubículo metálico, me encontré con mi hermano esperándome en la puerta de mi sala.

Aunque era mi gemelo y mi mejor amigo, no era un momento en el que quisiera hablar con nadie, ni siquiera con él.

—Nos vemos en casa —refunfuñé al pasar junto a él.

—Hoy estoy de guardia.

—Hasta mañana, entonces. —Fui al salón y abrí un cajón de mi escritorio, sacando mi celular y mi billetera.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿No quieres hablar?

—No. —Fui directo y cortante.

—¿La niña es realmente tu hija?

—Sí.

—¿Has hablado con Priscilla?

—Ella dijo que no me lo contó porque no la dejé.

—¡Maldita perra!

—¡Que se vaya al carajo! —resoplé. Todo lo que había ocurrido aquel día había bastado para enfadarme mucho.

—¿Y qué vas a hacer?

—No sé... Todavía no lo sé.

—El bar de Jack debe estar abierto.

—¿No estabas de guardia? —Levanté la ceja para mirarlo.

—No tengo prevista ninguna intervención quirúrgica en las próximas horas y espero que no llegue nadie con un traumatismo neurológico de urgencia.

—Prefiero que vayamos en otro momento.

—Tú decides. —Se encogió de hombros.

—Hasta luego. —Le di una palmada en la espalda.

—Chau.

Salí de mi oficina y mi hermano se fue inmediatamente, cerrando la puerta. Aunque unas rondas de cerveza parecieran una buena idea, sabía que no sería así como resolvería mis problemas.

Después de dejar a Priscilla en el altar, creí que nunca más se cruzaría en mi camino, había trabajado duro para ello y pensé que estaba haciendo lo correcto después de sentirme tan engañado y agraviado por ella.

Le había entregado mi corazón a esa mujer, lo había hecho todo por ella, y me sentí apuñalado de la peor manera. Nunca le perdonaría su traición, hiciera lo que hiciera, pero saber que tenía una hija sacudió todo mi mundo y puso a prueba una estructura que había aceptado tan bien.

Con una hija entre nosotros, ya no podía simplemente olvidar la existencia de Priscilla en mi vida ni fingir que nada de lo que habíamos pasado había sucedido realmente.



Priscilla
MENEZES

Capítulo once

—Está bien. Pero ante cualquier cambio en su sueño, llanto o comportamiento deberás traerla de vuelta para una consulta. —Garantizó la pediatra mientras examinaba a Lis en un hospital que estaba mucho más lejos de mi casa que el San Rose. Pero salir de la vista y del control del padre de mi hija me parecía la mejor decisión, aunque confiaba en el equipo que trabajaba allí, así como en el diagnóstico de su hermano.

Afortunadamente, la caída de Lis no había causado ningún daño y pudimos volver a casa.

Regresé con mi hija al estacionamiento del hospital y abrí la puerta trasera de mi auto, acomodándola en el asiento para bebés. Verifiqué que todo estuviera bien ajustado y seguro antes de sentarme en el asiento del conductor.

Saqué el móvil del bolso y vi que ya eran más de las tres de la madrugada. Había sido un día mucho más ajetreado de lo que me hubiera gustado, pero afortunadamente mi hija estaba bien y eso era lo único que importaba.

Había algunos mensajes de mi mejor amiga. Sonia estaba desesperada por lo que había pasado y muy preocupada por Lis. Estaba segura de que había sido un accidente y de que no había dejado a mi hija desatendida, pero si yo fuera ella, también me estaría culpando mucho.

Sonia:

Priscilla, ¡por favor, dame noticias!

¿Cómo está?

¿Qué dijeron los médicos?

Priscilla:

Estamos de camino a casa.

Está bien, solo tengo que vigilarla los próximos días para asegurarme de que no haya complicaciones, pero las pruebas no han mostrado nada y el propio Iván me lo ha asegurado.

Sonia:

¡Oh, gracias a Dios!

Menos mal que estaba el neurocirujano de la familia.

Priscilla:

Sí...

Sonia:

¿Y cómo fue reencontrarse con Ian después de tanto tiempo?

Priscilla:

¡Una mierda!

Sonia:

Lo siento.

Priscilla:

Él dijo que me dejó en el altar porque lo engañé.

Sonia:

¿Hablas en serio?

Priscilla:

No hay forma en que yo haría eso.

Sonia:

Querías demasiado a ese tipo.

Priscilla:

Así es. Se presentó como si tuviera toda la razón y se puso a pelear conmigo por no haberle contado sobre Lis, como si alguna vez me hubiera dado la oportunidad de hacerlo.

Sonia:

Fue un idiota.

Priscilla:

Sigue siéndolo.

Sonia:

Lo siento.

Priscilla:

Ya está.

Sonia:

¿Crees que ahora querrá tener algo que ver con Lis?

Priscilla:

No lo sé, pero hizo una maldita prueba de ADN, como si mis palabras no fueran suficientes.

Sonia:

¿Y?

Priscilla:

No quiero pensar más en ello.

Sonia:

Entiendo.

¿Ya has vuelto a tu casa?

Priscilla:

No, todavía estoy en el estacionamiento.

Sonia:

Entonces hablamos después.

Cualquier cosa, solo llámame.

Priscilla:

Gracias.

Metí el celular de nuevo en mi bolso y lo dejé caer sobre el asiento del pasajero antes de

encender el auto y manejar de regreso a casa. Tenía un poco de sueño, pero estaba segura de que pasaría la noche en vela, no solo por la preocupación por el bienestar de mi hija, sino también por todo lo que había ocurrido ese día.

El San Rose ya había sido escenario de muchos recuerdos felices en mi vida, pero se estaban volviendo cada vez más lejanos con el tiempo y siendo reemplazados por otros en los que preferiría no pensar.



Ian
GRAY

Capítulo doce

No podía dormir, di vueltas en la cama toda la noche. Hacía tiempo que no dormía tan mal, pero teniendo en cuenta lo que había pasado, no era para menos.

Volver a ver a mi ex, descubrir que tenía una hija y enfrentarme a ella por algo que llevaba un año atascado en mi garganta.

Pensé que lo había superado y que todo había quedado en un pasado lejano, pero quedó claro que no era así.

Ni siquiera había sonado el despertador cuando me levanté de la cama y fui al baño para echarme agua en la cara y lavarme los dientes.

Generalmente, el hospital era más mi hogar que esa residencia con habitaciones acogedoras y una hermosa piscina donde mi madre pasaba la mayor parte de sus días tomando el sol. Mi padre nos llevaba allí desde que tengo memoria, pero ese día pensar en ir me generaba un poco de ansiedad por los murmullos que sabía que estarían circulando.

Si todos los empleados aún no sabían que mi ex había aparecido con una hija, era solo cuestión de tiempo para que el asunto se esparciera rápidamente y pronto todos estuvieran comentando sobre una niña cuya existencia desconocía hacía menos de veinticuatro horas.

Elegí una camisa blanca entre las muchas que tenía y me puse un par de gemelos de oro. Me preparé para salir como cualquier otro día, porque en el fondo sabía que huir de los problemas no los resolvía.

Bajé al comedor y me encontré con mis padres alrededor de la mesa del desayuno. La primera cosa que hizo mi madre fue levantar la vista hacia mí, y supe que mi padre le había comentado algo.

—¿Cuándo conoceré a mi nieta?

Me giré hacia ella con el ceño fruncido y mi padre se encogió de hombros como si él no tuviera la culpa de la situación.

—Es complicado —respondí, sujetando el respaldo de mi silla de siempre y considerando si debía sentarme o no a comer algo.

—¿Qué quieres decir? Tu padre dijo que hicieron una prueba de ADN y que la niña realmente es tu hija.

—Pero yo no la registré, mamá. Tendría que presentar una demanda si Priscilla no está de acuerdo.

—¿Por qué no estaría de acuerdo?

—Como he dicho, es complicado.

—Pero no puedes simplemente no ser parte de la vida de esta niña.

—Hola, familia. —Iván apareció en nuestro campo de visión, distrayéndonos por unos instantes del tema que estábamos tratando y eso me alivió un poco.

Mi hermano bostezó, se sentó en su silla habitual, sacó un plato pequeño y se sirvió huevos revueltos y tocino.

—Tuve un gran lío. Hubo un accidente con un tráfico espantoso, múltiples víctimas. Pensé que esta noche no se acabaría nunca.

—¿Muchos golpes en la cabeza? —pregunté.

—No tienes ni idea —respondió antes de meterse un trozo de tocino en la boca.

—Tú estás llegando del hospital y yo tengo que irme. ¡Hasta más tarde! —Aproveché la oportunidad para escapar de mis padres.

—¡Ian! —gritó mi madre y yo fingí no oírla—. Ian, no puedes salir así sin comer.

Di media vuelta y agarré un croissant de una cesta de pan.

—Hasta luego.

—¡Ian!

Dejé a mi madre hablando sola y me dirigí al garaje donde había dejado mi descapotable deportivo. Una de las ventajas del clima de Miami era poder pasear por la ciudad con el viento soplándote en la cara mientras el calor solía ser tan intenso.

Seguí por la ciudad, viendo a la gente en las calles, muchos de ellos en ropa de baño o cargando tablas de surf y otros equipos acuáticos. Aunque la playa no era algo que amara tanto, era el principal destino de las personas que venían de otras partes de Estados Unidos o incluso

del mundo. Me detuve en un semáforo y algunas personas cruzaron frente al coche, entre ellas un hombre que llevaba a su hija de la mano. Ella debía tener al menos cinco años, y eso me hizo pensar en Lis y en lo que probablemente me estaba perdiendo al estar ausente en su vida.

Esto me enfureció aún más con Priscilla, porque gracias a ella no éramos la familia que deberíamos haber sido. No podía soportar la idea de que hubiera tirado por la borda todo lo que yo había hecho por ella.

Pensar en ello me enfureció aún más.

Después de renunciar a la boda, había borrado todas las fotos de ella de mi móvil, todas las referencias a nuestra relación. Me deshice de vestidos, fotos o cualquier cosa que ella hubiera dejado entre mis pertenencias. Pensé que sería fácil eliminarla de mi vida, despojarme de las malas sensaciones y del dolor que me provocaba pensar en todo, pero el destino parecía decidido a jugar conmigo.

Mi móvil empezó a sonar y la llamada sonó en el multimedia del coche.

Respondí mediante un botón en el volante.

—Eva, no es un buen momento.

—Ok, cariño. Hasta parece que no querías escuchar mi voz, pero voy a pensar que algo pasó en el hospital y eso es lo que te tiene de mal humor.

—Más o menos...

—Me lo imaginaba.

Hablando de ex, Priscilla no era la única con la que lidiaba. Eva había sido mi primera novia, con quien terminé al darme cuenta de que no era el tipo de mujer que quería para mí, por más que se pareciera a mi madre. Sin embargo, en el último año, desde que cancelé mi matrimonio con Priscilla, ella había estado haciendo todo lo posible para que volviéramos.

Lo que nunca entendió es que la razón por la que no estábamos juntos había surgido mucho antes del accidente que trajo a Priscilla a mi vida.

—Estoy llegando al hospital y no puedo hablar. Tengo una reunión importante dentro de unos minutos —mentí.

—¿Podemos organizar el almuerzo entonces? En el restaurante de siempre.

—Hoy no.

—¿Y para cenar? Si no me equivoco, sales después de las seis del hospital.

—Solo si no tengo ningún asunto importante que resolver.

—Seguro que puedes arreglártelas hoy.

—No va a ocurrir.

—Ian...

—Eva, no insistas.

—¿Hasta cuándo vas a inventar excusas para darme chance? Sé que podemos superar lo que pasó, solo necesito una oportunidad para demostrarte eso.

—Somos parte del pasado del otro desde hace mucho tiempo.

—Pero cuando rompiste con esa mujer...

—Sabes que eso no significa nada en nuestra relación.

—Puedo demostrarte que estás equivocado...

—No, Eva, no insistas. Que tengas un buen día. —Desconecté la llamada antes de que pudiera continuar su discurso.

Lo nuestro era un pasado aún más lejano que mi romance con Priscilla y, a diferencia de la madre de mi hija, nunca había pensado en casarme con Eva. Ella era una muchacha que había crecido conmigo en el mismo círculo social, pero nunca fuimos realmente compatibles.

Estacioné el coche en mi lugar habitual y bajé, caminando hacia la entrada del hospital. No tenía compromisos a esa hora, pero esperaba encontrar un poco de paz en mi oficina sin tener que hablar con nadie.

—Buenos días, señor Gray —comentó alguien en la recepción y yo no dije nada, solo asentí con la cabeza.

—¡Buenos días!

Me dirigí al ascensor y pulsé el botón de mi planta, metiendo las manos en los bolsillos y perdiendo la mirada en los espejos.

Había pasado la noche en vela y todavía tenía la mente un tanto perdida, sin saber

exactamente qué hacer o cómo encontrar una alternativa para estar cerca de mi hija sin cruzarme con Priscilla.

Podía negarlo todo lo que quisiera, pero no había nada más vívido en mi mente que aquellas fotos que habían llegado a mi móvil la mañana de nuestra boda. Me arruinaron, me destruyeron y me hicieron odiar a la mujer que más había amado antes.

Solo de pensarlo me daban ganas de apretar los dientes y los puños.

—Señor Gray... —Mi secretaria se levantó en cuanto aparecí en su campo de visión.

—Buenos días.

—Llegó temprano.

—Estaré en mi oficina, llámame si hay algo urgente.

—De acuerdo.

Ni siquiera la dejé decir otra palabra antes de encerrarme y cerrar la puerta.

Sería un día largo...



Priscilla
MENEZES

Capítulo trece

Casi me caigo del sillón de lactancia cuando oí el llanto de mi hija. Me di cuenta de que el cansancio me había vencido y me enfadé conmigo misma por haberme quedado dormida.

¿Y si pasaba algo y yo estaba dormida?

Me puse de pie junto al moisés y la tomé en brazos, abrazándola contra mi pecho mientras respiraba hondo.

—Estoy aquí, mi amorcito...

Frotó su cabecita contra mis pechos y me di cuenta de que el motivo de su llanto era simplemente el hambre. Me senté con ella en el sillón y me abrí la blusa, sacándome el pecho del sujetador de lactancia, y mi hija no se lo pensó dos veces para chuparlo. Le acaricié la carita y ella me devolvió la mirada, como si no hubiera motivo para que yo estuviera tensa, y ella tampoco.

Respiré hondo y dejé que mi hija tomara su leche a sorbos, alimentándose mientras yo me limitaba a contemplarla.

Aunque mi vida había dado un vuelco después de que Ian me dejara en el altar y de todo el dolor que ese momento me había causado, no podía negar que también me había dado todo lo más preciado. Era imposible medir el amor que sentía por Lis y cómo ella completaba mi mundo.

Haría cualquier cosa por ella, y mi hija me daba una fuerza que ni siquiera podía explicar.

Aunque no lo había planeado y ser madre soltera era un reto diario, estaba segura de que volvería a pasar por todo eso solo por tenerla a ella.

Tal vez nunca entendería de dónde Ian había sacado esa idea de traición, y probablemente mi vida seguiría igual, con él o sin saber de su hija, pero no importaba, porque yo la tenía a ella. Si alguien estaba perdiendo al no darle valor a esa pequeña hermosa, era él.

Me sobresalté cuando sonó el intercomunicador. Aún era de día, pero ya estábamos cerca de la hora del almuerzo, y pensé que Sonia podría haberse escapado del hotel donde trabajaba para ver cómo estábamos.

Me levanté con mi hija en brazos, todavía mamando, y fui a la sala, abriendo la puerta sin pensar mucho, pero lo que no esperaba era encontrarme con él.

—¡Ian!

—Parece que sigues viviendo en el mismo sitio.

—¿Qué haces aquí? —Apreté los dientes, furiosa.

Mi hija se asustó y soltó mi pecho, buscando al hombre que acababa de irrumpir en nuestra paz.

—He venido a ver cómo está.

—¿Te hiciste médico en este último año? —le pregunté con sarcasmo.

—No, sigo en la administración del hospital.

—Entonces no te necesitamos.

—Pero yo soy su padre...

—Hasta ahora nos hemos arreglado muy bien sin ti.

Lis ignoró nuestra discusión y volvió a mamar. Para ella, Ian era un completo desconocido, ya que no estuvo presente ni durante mi embarazo ni en los primeros momentos de su vida.

—Imagino que sí.

—Entonces puedes irte.

—¿Ella ha vuelto a enfermarse?

—No.

—¿La llevaste a otro hospital?

—Sí, me dijeron que todo estaba bien y que solo tenía que estar muy atenta.

—Por esas ojeras parece que no has dormido.

—Es lo normal cuando cuidas sola a una bebé de este tamaño.

—Hablas como si las hubiera abandonado. —Su tono mostraba molestia.

—¿No es eso exactamente lo que pasó?

—Tú...

—¡Yo nada! —No lo dejé terminar la frase. No iba a permitir que llegara a mi casa y comenzara a insultarme—. Ni siquiera te molestaste en hablar conmigo.

—Me prometí no volver a mirarte a la cara.

—Pues estás fallando miserablemente en cumplir esa promesa.

—No es tan fácil cumplirla cuando tenemos una hija.

Me encogí de hombros. Habría hecho falta algo más que aquel discurso para convencerme, pero me estaba dejando llevar por todo el dolor y la tristeza del último año. Había cultivado mucho dolor pensando en aquel hombre y en la forma en que me había abandonado.

—¿Y ahora crees que puedes aparecer y ser el padre del año?

—Es más que un sentimiento, es mi responsabilidad. Puede que tú no me quieras cerca y yo tampoco te quiero a ti, pero la mayor perdedora, si me alejo, será Lis.

El hecho de que tuviera razón me enfureció aún más. Ian siempre había sido un hombre sensible, protector y cariñoso. El hecho de que creyera que realmente podía haberlo traicionado empeoró aún más mi dolor.

—¿Me vas a dejar aquí afuera? —Sacó las manos de los bolsillos.

Me quedé mirando el pasillo vacío detrás de él y consideré la posibilidad de cerrarle la puerta en las narices, pero sabía que si lo hacía solo conseguiría que mi ira se apoderara de mí. Al final, asentí y retrocedí unos pasos para dejarlo entrar en mi casa.

Ian cruzó la puerta y la cerró tras de sí.

Lis dejó de mamar y la puse sobre mi hombro para que pudiera eructar. La sujeté firmemente con una mano y me ajusté el sujetador con la otra. Aunque Ian ya había visto mis pechos innumerables veces, igual fue algo incómodo. Toda la intimidad que habíamos tenido durante años parecía haberse esfumado.



Ian
GRAY

Capítulo catorce

Al principio, presentarme así en su departamento me pareció una idea terrible. Sabía que todo ese torbellino de sensaciones, mezcladas con rabia y rencor, podía arruinarlo todo y hacerme perder la cabeza. Sin embargo, al mirar a mi hija, era como si nada de eso importara.

Tenía los ojos y el pelo de Priscilla, pero aún podía reconocerme en otros rasgos, como la forma de su nariz.

—¿Puedo tomarla? —Extendí los brazos.

—Necesita eructar.

—Solo dime cómo lo hago.

Priscila dudó, pero finalmente asintió con la cabeza. Colocó a mi hija sobre mi hombro y acomodó mis manos para que la sujetara bien. Lis era tan pequeña y frágil que sentí un miedo terrible de poder lastimarla, pero si quería ser un buen padre, lo mínimo que debía hacer era poder sostener a mi hija.

Unos instantes después, oí un ruido y Priscilla se echó a reír.

—¿Qué pasa? —Fruncí el ceño sin comprender.

—Te vomitó en el saco.

—No pasa nada. —Me eché a reír.

Priscila se levantó, desapareciendo por unos segundos, y regresó al instante con una toallita.

—Ya puedes devolvérmela... —Extendió la mano hacia mí.

—No, quiero quedarme con ella un poco más.

—Si quieres, bájala del hombro.

—De acuerdo. —Sostuve a Lis en mis brazos, de forma que pudiera pasarme una eternidad mirando su carita—. Es tan hermosa...

—Sí.

Me lloraban los ojos y tardé en darme cuenta.

Siempre tuve la idea de ser padre, imaginaba formar una familia con Priscila cuando le propuse matrimonio. Lo que no esperaba era que las cosas terminaran de esta manera.

Ella no debió haberlo arruinado todo.

—¿Puedes cuidarla un momento mientras voy al baño?

—¡Claro que sí!

No tenía experiencia con bebés, pero sostener a mi hija por unos minutos estaba lejos de ser un problema. Además, el tiempo que pasó en mis brazos, mirándome, mientras yo la observaba de vuelta, parecía crear una conexión indescriptible entre nosotros.

La magia de ese momento fue lo más intenso que había sentido en mi vida. Ella solo era un bebé y no hizo más que devolverme la mirada, pero a la vez, era como si hubiera encendido algo dentro de mí.

—¡Listo, ya volví!

—Está bien conmigo.

—¿No tenías que estar en el hospital? —Priscilla torció los labios.

—Nadie va a morir porque me ausente unas horas.

—Ventajas de no ser médico.

—¡Exacto!

—Ya que estás aquí, voy a preparar algo para comer.

—De acuerdo.

Nunca pensé que pudiera ser tan extraño y a la vez tan natural estar cerca de Priscilla después de todo aquel tiempo y de la incomodidad que sentía ante la idea de la traición. Creo que el hecho de que se pareciera exactamente a la misma mujer a la que me había declarado lo hacía todo más extraño.

¡Cuidado, Ian!

No quería dejarme llevar por ninguna emoción y terminar más frustrado. Solo estaba ahí por mi hija. Independientemente de lo que su madre hubiera hecho, sabía que ella era mía, y el

test de ADN lo confirmaba.



Priscilla
MENEZES

Capítulo quince

Solo me di cuenta de lo hambrienta que estaba cuando puse las hamburguesas en la plancha y el olor a carne inundó la pequeña cocina de mi departamento.

Amamantar me drenaba mucha energía, pero me encantaba ese momento y la conexión que tenía con mi hija mientras lo hacía.

Preparé una ensalada, lavando las hojas de lechuga y cortando algunas rodajas de tomate. Aunque no se lo merecía, hice una hamburguesa para Ian también, recordando las veces que habíamos comido hot dogs juntos, viendo el atardecer desde la playa que quedaba cerca del hospital.

Muchas veces nos habíamos sentado en el capó de su coche en silencio, simplemente observando el momento y disfrutándolo juntos. Me había disgustado tanto la forma en que me había dejado que había hecho todo lo posible por borrar esas escenas de mi mente, pero en el fondo seguían ahí.

Saqué una jarra de jugo de naranja que había comprado en el supermercado el día anterior, serví dos vasos, los coloqué en una bandeja junto con las hamburguesas y volví a la sala, donde Ian estaba sentado con Lis en brazos, mirándola como si estuviera paralizado. No podía culparlo, porque yo había perdido la cuenta de las veces que me había quedado igual, simplemente observándola.

—Te hice una también —dije con firmeza, rompiendo el trance en el que él estaba y haciendo que se girara hacia mí—. No tienes que comer si ya almorzaste...

—Gracias, yo también tengo hambre. —Me interrumpió.

Dejé la bandeja sobre la mesa de centro, entre el sofá y el mueble de la televisión, y me acerqué para tomar a mi hija de sus brazos. A regañadientes, Ian me la entregó, y la coloqué en el cochecito que estaba en una esquina de la sala. Lo acerqué para poder tenerla a la vista mientras comíamos.

Ian se inclinó hacia delante y tomó la otra hamburguesa para él, sin decirme ni una palabra.

Habíamos compartido tantas cosas antes, pero en ese momento parecía que éramos completos extraños el uno para el otro. Quizás porque nunca me imaginé que nuestro “para siempre” tendría un final. Solo pensar en eso hacía que mi corazón volviera a romperse.

Nada me había dolido más en el último año que pensar en ese hombre. Ya había pasado por varios desafíos en la vida, pero ser abandonada en el altar por él fue lo que más me destruyó. Sufrí tanto, que después de eso no pude acercarme a ningún otro hombre. Mi vida se había convertido en puro trabajo y en la espera de la llegada de mi hija, hasta que finalmente nació.

Tener a Lis me demostró que nada más importaba, ni siquiera lo que su padre me había hecho. Ya había aceptado que Ian no volvería a formar parte de mi vida, pero tenerlo allí de nuevo, tan cerca, me incomodaba mucho y hacía aflorar viejas heridas que me hacían sufrir.

Ya había sufrido demasiado con aquel hombre y pensaba que su presencia solo empeoraría las cosas.

¿Engaño? ¡Por favor!

Lo amaba tanto que ni siquiera podía mirar a otro hombre en la calle. Había pasado un año desde nuestra separación y todavía no lo había superado.

—Podrías haber inventado una excusa mejor si no querías seguir conmigo —solté con un murmullo, aunque era más un pensamiento.

—¿Qué? —Se detuvo a medio camino antes de dar un mordisco a su hamburguesa y se giró hacia mí.

—Para echarme la culpa a mí y cancelar la boda.

—¿De qué estás hablando, Priscilla?

—Sabes que nunca te traicionaría.

—No es lo que sé, es lo que he visto.

—¡¿Qué viste?! —Solté un gritito que asustó a mi hija, haciéndola saltar en su cochecito —. Debió ser una ilusión.

Ian bufó, dejó la hamburguesa en la bandeja y sacó su celular del bolsillo, buscando algo hasta que lo encontró y prácticamente me lo restregó en la cara.

—¿Te parece una ilusión?

Yo también aparté mi hamburguesa cuando vi la foto.

No reconocí la habitación, ni al hombre que estaba conmigo en la cama, pero la cara era idéntica a la mía. Ni siquiera me importó manchar su celular con salsa mientras miraba esa imagen que no tenía ningún sentido para mí.

—Esa no soy yo.

Él negó con la cabeza y comenzó a reírse, guardando el celular.

—Que yo sepa, el que tiene un hermano gemelo soy yo, no tú.

—No conozco a ese tipo ni ese lugar.

—Eso es exactamente lo que no quería oír. —Resopló.

—Es la verdad.

—¡Por favor, Priscilla! No soy idiota.

—No importa lo que creas o no. No soy yo. Nunca estuve en ese lugar, ni con ese hombre.

Ian negó de nuevo, dejando claro que no me creía, lo que me enfureció aún más.

—Creo que es suficiente.

—¿Cómo?

—Será mejor que te vayas.

—Vine a quedarme con mi hija.

—Podemos planificar visitas programadas después, si el juez lo considera oportuno.

—¿Visitas programadas?! ¿Juez? ¡Priscilla!

—¿No es así como lo hacen las parejas divorciadas?

—No es nuestro caso.

—Exacto, ni siquiera nos casamos, pero esa no es la cuestión, solo no quiero que vuelvas a aparecer de repente. Podría estar acompañada —dije eso último con rabia, recordando que ni siquiera confió en mí lo suficiente para preguntarme sobre la foto.

Después de todo lo que habíamos pasado, merecía un mínimo de consideración, pero él

me trataba como si nada importara.

—Priscilla...

—Vete, Ian.

Apretó los dientes, resopló y terminó de pie, mirando a nuestra hija en el cochecito y luego de nuevo a mí.

—Está bien. Me imagino que tu número sigue siendo el mismo.

—Sí, sigue igual.

—Te llamaré.

—De acuerdo.

Esperé a que saliera de mi departamento y no aparté la vista de él hasta que Ian desapareció en el ascensor.

Quería no tener que volver a mirarlo a la cara, el problema era que estaba segura de que no sería tan sencillo.



Ian
GRAY

Capítulo dieciséis

Volví al hospital después de mi poco amistosa visita al departamento de mi ex prometida. Afortunadamente, había pasado unos minutos con mi hija y eso parecía haber hecho que todo mereciera la pena. Aunque Lis se parecía mucho a su madre, el vínculo que tenía con ella era increíble y me hacía sentir cosas que nunca había experimentado antes.

En medio de una mezcla de felicidad e irritación, me apoyé en las barandas de hierro del entresuelo del área administrativa, donde pasaba la mayor parte de mi tiempo en ese hospital. Incliné la cabeza hacia adelante y me masajee las sienes.

Había jurado que podría sacar a esa mujer de mi vida de una vez por todas. Pensé que sería capaz de ignorarla, así como todo lo que había pasado entre nosotros, pero estaba claro que no sería tan fácil. Iba a tener que revivir todo y encontrar un equilibrio para poder formar parte de la vida de mi hija.

—¿Dolor de cabeza?

Me giré y vi a mi hermano apoyarse a mi lado. Llevaba puesto un uniforme azul y una gorra quirúrgica, probablemente acababa de salir del quirófano.

—Ojalá fuera solo eso. —Dejé escapar un suspiro agudo.

—Podemos hacerte una tomografía...

—Solo si es en la unidad psiquiátrica, porque mi problema no es físico.

—Entonces ya sabes la causa.

—No hace falta ser un gran médico para eso...

—¿Quieres hablar de ello?

Sacudí la cabeza, queriendo negarlo, pero acabé asintiendo. Iván no era solo mi gemelo, era mi mejor amigo y no había nadie con quien me sintiera más cómodo desahogándome.

—Fui al departamento de Priscilla a ver a mi hija.

—Parece que no salió como esperabas.

—Para nada...

—¿Te echó?

—Más o menos. Estuve un rato con la niña, pero cuando empezamos a hablar de la traición, me mandó a volar y dijo que podíamos organizar visitas según lo que el juez determinara.

—¿Juez? ¿Lo dice en serio?

—Eso me hizo encabronar.

—¿Crees de verdad que va a llevarte a juicio para que puedas estar en la vida de tu hija?

—No lo sé, espero que no, pero sigue negando lo de la traición, incluso después de que le mostré la foto que recibí el día de la boda. Jura que no es ella, que no conoce ni al tipo ni el lugar. ¿Cómo puede negar lo que le mostré?

—¿Tienes esa foto? —quería saber mi hermano.

—Sí...

—Nunca me la enseñaste, ¿puedo verla?

Asentí y saqué el teléfono, buscando la imagen en la galería antes de entregárselo.

Se quedó mirando la imagen durante interminables segundos hasta que me la devolvió.

—¿Ves? ¡Es ella! —Apreté los dientes.

—Sí, se parece a ella.

—¿Se parece? —Quería darle un puñetazo a mi hermano por lo que dijo.

—Soy neurocirujano, acostumbrado a los detalles más pequeños. Un milímetro mal y podría causar la muerte cerebral de mi paciente.

—¿Y qué tiene que ver eso con que mi prometida se haya acostado con otro hombre?

—Su nariz es más redonda y su cara un poco más delgada. Son los detalles más pequeños los que me llaman la atención. Tal vez si me hubieras mostrado esta foto antes...

—¿Qué insinúas, Iván?

—¿Has pensado alguna vez que en realidad podría no ser ella?

—¿No estás viendo la misma foto que yo? —dije con un profundo aire de indignación—. Claro que es ella.

—¿Has oído hablar de "deepfake"?

—¿Qué es eso? —Fruncí el ceño, confundido, como si mi hermano estuviera hablando un idioma que no conocía.

—Una vez oí a unos pacientes hablar de ello, no lo sé exactamente, pero parece que hay algunas apps y programas que pueden poner la cara de una persona en otra, en fotos o vídeos. No estoy seguro, pero eso podría explicar esas pequeñas diferencias que noto en su rostro.

—¿Me estás diciendo que cancelé mi boda por una farsa?

Iván no dijo nada, solo se encogió de hombros.

Estaba tan furioso que no sabía si golpear la pared o gritar.

—¿Cómo puedo saber si esta foto ha sido falsificada?

—Hermano, soy médico, no un experto en informática.

—Pero...

—Deberías poder encontrar a alguien que te lo compruebe. Habla con los de tecnología, no sé...

—¿De verdad crees que... —El suelo se desmoronaba bajo mis pies.

—No lo sé, pero es una posibilidad.

—Me perdí el nacimiento de mi hija...

—¡Doctor Gray! —Una enfermera apareció en el pasillo llamando a mi hermano, que se alejó de mí, encogiéndose de hombros.

¡Mierda!



Priscilla
MENEZES

Capítulo diecisiete

Dudé antes de volver a abrir la puerta, pero dejé escapar un suspiro de alivio cuando Sonia pasó junto a ella y vino hacia mí, tomando a mi hija de mis brazos.

—¿Cómo está la princesita de la madrina? —Le hizo una mueca a mi hija, tratando de interactuar con ella, pero Lis la ignoró por completo.

—Está bien, no ha mostrado ningún signo preocupante que me haga llevarla de nuevo al hospital.

—¡Qué maravillosa noticia! Priscilla, lo siento mucho... —Mi mejor amiga empezó a disculparse de nuevo.

—No pasa nada, Sonia —interrumpí—. Podría haberle pasado a cualquiera.

—Nunca volveré a apartar la vista de esta princesa, lo prometo.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué sigues pareciendo tan preocupada?

—Ian apareció aquí.

—¿De verdad?

Asentí con la cabeza. Luego me alejé unos pasos de ella y dejé caer mi cuerpo sobre el sofá, hundiéndome en el respaldo.

—¿Qué quería? —Se sentó a mi lado con Lis todavía en su regazo, también mirándome fijamente.

—Ver a Lis.

—¿Lo dejaste entrar?

—Sí, pero me arrepiento.

—¿Qué ha dicho ese imbécil?

—Me enseñó la foto que había recibido, donde estaba yo engañándolo con otro hombre.

—¿Y qué viste?

—Era una habitación de hotel, conmigo desnuda en la cama y un hombre que nunca había visto antes. No sé cómo sucedió, pero no soy yo la de esa foto, Sonia.

—¡Claro que no! Siempre has estado loca por ese tipo, nunca lo traicionarías.

—Pero Ian prefirió creer esa foto antes que a mí. Después de todo lo que habíamos pasado, ni siquiera se molestó en darme una explicación.

—Fue un idiota.

—¡Demasiado!

—¿Y qué van a hacer con respecto a Lis?

—No lo sé... honestamente, estoy tan molesta que preferiría que siguiera lejos, pero no sé si eso es lo mejor para Lis.

—¿Que su papá imbécil no esté cerca?

—Aún es su papá...

—Que por poco no la conoce por culpa de una foto.

—No tengo ni idea de cómo ha podido pasar esto, Sonia...

—Eres inocente, Priscilla. Fue él quien no te tuvo en cuenta. Ian lo estropeó todo.

—Encima salió con el cuento de que él tiene un hermano gemelo.

—¿Por qué no lo despellejaste con las uñas?

—Ese era mi deseo.

—Deberías haberlo hecho. —Sonia hizo una mueca y consiguió arrancarme una carcajada.

—Todavía soy pacífica.

—Con tipos como él, hacemos una excepción.

—Lo amaba...

—¡Eh, no empieces! Él es el que lo estropeó todo.

—Sí, fue él... —Solté mientras mi mente daba vueltas, entre la tristeza y la completa indignación.

Lis empezó a llorar y yo alargué la mano para agarrar a mi hija en brazos.



Ian
GRAY

Capítulo dieciocho

—¡Señor Gray! —Uno de los técnicos de informática del hospital se asustó cuando aparecí detrás de él y tiré de su silla, haciéndolo girar hacia mí, y casi hace que un paquete de dulces se le cayera al regazo y al suelo.

Nunca había ido a esa sala donde tres operadores se encargaban de toda la parte computacional del hospital: sistemas, archivos de pacientes, bases de datos... Antes de ese momento, solo eran más que números para mí, pero eran fundamentales para el funcionamiento del lugar.

—¿Podemos ayudarlo en algo? —Estaban confundidos y con los ojos bien abiertos. A pesar de que no conocía sus nombres, ellos sabían perfectamente quién era yo.

—Pues sí. —Saqué el móvil y les enseñé la foto.

Soltaron una risita al ver la imagen de una pareja en la cama después de tener sexo, y yo fruncí el ceño, lo que los hizo retroceder y arrepentirse de esa mirada traviesa.

—Disculpe, señor, no entendí —dijo el que estaba más cerca de mí.

—Quiero saber si esta imagen es falsa.

—¿Si es un montaje? —Fruncieron el ceño.

—Me dijeron que podría ser un deep fake. Como ustedes entienden de estas cosas de computadoras, pensé que podrían determinarlo.

—¿Puedo? —Extendió la mano para tomar el celular.

Asentí y le entregué el aparato.

Esperé mientras él mordía su labio inferior y analizaba la imagen. Pareció pasar una eternidad antes de que dijera algo.

—Sí.

—¿Sí qué? —Mi tono salió un poco más alto de lo que quise, pero me fue difícil controlarlo.

—Es falsa, señor. —Me devolvió el móvil.

—¿Seguro?

—Absolutamente. Si observa bien, se puede notar una diferencia en el tono de piel de la mujer. La cara no es esa, le pusieron otra. Hay varias inteligencias artificiales que hacen eso. Puedo recomendarle algunas, si quiere.

—No hace falta. —Me alejé tambaleándome, como si me hubieran dado una patada en el pecho.

—¿Necesita algo más?

—Eso es todo. —Se me escapó el móvil del bolsillo y casi se me cae al suelo—. Gracias, buen trabajo.

—De nada.

Parecían un poco confusos, pero no insistieron y salí de allí sintiéndome aturdido, anestesiado, como alguien que acaba de salir de la sala de recuperación tras una operación.

Entré en el ascensor y apoyé ambas manos en el espejo, inclinándome hacia delante, sin aliento.

Las puertas metálicas se abrieron en otro piso y entró una de las doctoras, mirándome detenidamente.

—¿Va todo bien? —Me puso la mano en el hombro.

—Sí. —Me giré hacia ella y forcé una sonrisa—. Estoy bien, gracias, doctora Clark.

—No es lo que parece. Quizá deberías ir a urgencias...

—Estoy bien.

—De acuerdo. —No insistió más y salió unos pisos después.

Continué hasta el piso de administración y fui a mi oficina, pasando por el escritorio de mi secretaria sin decir nada.

—Señor...

—No quiero que me interrumpas. —Le cerré la puerta en las narices, sin preocuparme de si estaba siendo grosero o no.

Estaba tan desorientado que no me importaba nada.

—¡Lo he estropeado todo! —dije con una mezcla de desesperación y culpa.

Iba a ser el día más feliz de mi vida, en el que intercambiaría lazos eternos con la mujer que amaba.

Estaba de pie frente al espejo, ajustando la corbata abultada del traje gris que había elegido para el momento. Una boda que se celebraría durante el día en la playa privada de la mansión donde había crecido.

Por supuesto, el hospital había sido el lugar donde había pasado la mayor parte de mi infancia, pero me habrían tomado por loco si hubiera querido celebrar la boda allí. La mansión era más acogedora y tenía una vista hermosa; además, mi madre podía hacer las extravagancias que quisiera durante los preparativos, siempre y cuando lograra manejar los gustos y opiniones de mi novia.

Dejé escapar un suspiro, pensando en el futuro perfecto que tendría por delante cuando finalmente intercambiáramos aquellos votos. Busqué a tientas en mi bolsillo, asegurándome de que el papel arrugado con mi breve discurso estuviera allí.

Estaba invadido por una mezcla de nerviosismo y ansiedad. Feliz y, al mismo tiempo, irritado con mi hermano, que creía que estaba siendo apresurado al comprometerme con una mujer para el resto de mi vida. Si él no había encontrado a alguien a quien realmente amara, eso no era mi problema.

Mi celular vibró en el bolsillo y lo saqué, casi instintivamente poniendo el modo "no molestar", pero me sorprendí al ver una foto enviada por una app de mensajería.

Debajo de la imagen de mi novia en la cama con otro tipo, había un texto que decía: "¿Estás seguro de que quieres casarte con esta mujer?"

En ese momento no pensaba en nada, solo en la rabia y la tristeza que me consumían al pensar que Priscilla había tirado por la borda todo lo que habíamos vivido.

Un año después, las sensaciones que experimenté en ese momento eran casi las mismas que me dominaban mientras caía sobre mi silla de cuero. Estaba furioso, me sentía engañado, como un idiota, y lleno de rabia.

Alguien había hecho esa montaje, diseñado para mí, y había logrado destruir mi matrimonio. No solo eso, había hecho que perdiera el embarazo y los primeros meses de mi hija.

—Golpeé la madera de la mesa que tenía delante.

Estaba completamente desestabilizado y furioso.

Fui un idiota, un imbécil...

Le dije que no a Priscilla y no tuve el mínimo de consideración, creyendo ciegamente que tenía razón, pero me había equivocado.

La había estado culpando todo el tiempo, pero yo era el equivocado. No solo había fallado el gol, sino que la había pateado demasiado lejos.

Me había metido en la cabeza tan ciegamente que me había engañado que cuando me di cuenta de que era un montaje me sentí como una basura.

—¡Mierda!

Rugí de rabia y me eché hacia atrás. Dejé caer la cabeza sobre el respaldo de la silla.

—¿Qué demonios he hecho?



Priscilla
MENEZES

Capítulo diecinueve

—Entonces, el gatito dijo: "Señora rata, ¿podemos ser amigos?".

Detuve la lectura para mi hija cuando escuché otro golpe en la puerta. Sonia ya se había ido hacía unas horas y no parecía haber razones para que regresara, así que me sentí aún más tensa.

Intenté ignorar el interfono, pero quien fuera, volvió a tocar.

Mi hija estaba acurrucada en su cuna y movió la cabeza, mirándome como si cuestionara si iba a hacer algo.

Me preguntaba si debía ir allí o no, pero solo porque existía la posibilidad de que fuera Ian, no quería moverme.

Después de todo lo que había pasado, prefería evitar el riesgo de volver a verlo. Además, ya eran más de las siete de la noche y podía usar la excusa de que yo estaba durmiendo. Después de todo, las personas sabían lo agotador que era cuidar a una bebé sola. Aunque aún estuviera en mi licencia de maternidad, éramos solo Lis y yo el noventa por ciento del tiempo.

Mi mamá se había ofrecido a quedarse conmigo los primeros meses, pero prefería tener mi espacio sin que ella estuviera husmeando y dando su opinión sobre todo. Normalmente llevaba a la nieta a visitarla los fines de semana, y eso parecía suficiente.

—¿Priscilla?

Me dio un susto enorme cuando Ian apareció en la puerta del cuarto de Lis. Por suerte, no estaba sosteniendo a mi hija y solo dejé caer el libro.

—¿Qué demonios haces aquí? —Apreté los dientes.

—Parece que no solo sigues en el mismo departamento, sino que no has cambiado la cerradura, porque la llave que me diste sigue abriendo la puerta.

—Será mejor que te vayas antes de que llame a la policía y te acuse de invasión a la propiedad.

—Tenemos que hablar... —Bajó la cabeza y parecía disgustado, como un cachorro que lo han abandonado, pero fuera cual fuera el motivo, no era mi problema.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Pero...

—Sal de aquí, Ian.

—Sé que actué como un idiota.

—¿Sabes? —Mis ojos se abrieron de sorpresa, pero sus palabras no bastaron para borrar todo lo que había pasado.

—Sí...

—Bien, entonces es suficiente para dejarme en paz.

—Actué sin pensar...

—¿De verdad?

—Debería haberte enseñado la foto. Nuestra boda...

—Es cosa del pasado —le corté con un tono duro y firme.

—Por una mierda.

—Eso no es lo que decías ayer o esta mañana.

—Descubrí que la foto era un montaje.

—Un año después...

—Cometí un error. —Dió unos pasos hacia mí, pero me levanté rápidamente, levantando las manos en señal de alto para que no se acercara más.

—¡Quédate ahí!

—Priscila, mira...

—Mira, ¡nada! Me dijiste que no en el altar, nunca quisiste volver a mirarme, me trataste como si todo lo que vivimos no valiera nada.

—Cometí un error...

—¿Un error? No, Ian, me destruiste.

—Lo siento.

—¿Crees que puedes entrar en mi casa, decir que lo sientes y que todo está bien? ¿Que la forma en que destrozaste mi corazón no significó nada?

—Yo también sufrí.

—¿Sufriste? —Sus palabras me irritaron aún más—. ¡Por tu culpa! Preferiste creer en una foto falsa y ni siquiera me diste la oportunidad de defenderme. ¿Sabes qué? Lis está mucho mejor sin ti.

—Eso no es verdad...

—¡Sí lo es!

—Priscilla, sé que estás enfadada.

—No, no tienes idea. Porque preferiste dejarme sola, sufriendo, en lugar de pensar en cuánto importaba. En cuánto IMPORTÁBAMOS. Fue mucho más que un "no" en el altar; fue destruir mi corazón, mis sueños y todos mis planes para el resto de mi vida. Preferiste destruir nuestro "para siempre".

—Estuve fuera de mí...

—¿Crees que con decirme eso es suficiente?

—Sé que no lo harás.

—Entonces, ¡vete!

Liz comenzó a llorar en su cuna y yo le di la espalda, levantando a mi hija para calmarla.

—Priscilla...

—Vete, Ian.

—Pero...

—Fuera de aquí.

Llevaba un año sin escucharme, ¿por qué tenía que perdonar lo que me había hecho como si no hubiera pasado nada?

Dudó unos instantes y finalmente salió de la habitación y oí la puerta de la sala cerrarse de golpe unos instantes después. Tendría que llamar a un cerrajero y pedirle que cambiara la

llave de la puerta para que no volviera a ocurrir.

En cuanto me di cuenta de que Ian no iba a volver, al menos por un tiempo, acurruqué a mi hija aún más entre mis brazos y me eché a llorar. Descubrir que me había hecho todo esto por una foto falsa me dejó aún más destrozada. Prefirió destruir todo nuestro futuro juntos a creer que jamás lo traicionaría.

Pensaba que había superado ese intenso dolor durante unos meses, pero volvió con todo en ese momento y la única razón por la que no caí al suelo fue porque tenía a mi hija en brazos.

Sin duda, ella era la que me había mantenido en pie todo ese tiempo en el que la decepción y el dolor intentaban abrumarme. Me había sentido manipulada, engañada y puesta en ridículo, pero en ese momento, parecía que tenía la certeza de todo eso.

Volvió a doler y parecía que se intensificaba aún más.



Ian
GRAY

Capítulo veinte

Arrojé la llave de mi auto sobre la mesa que estaba en el vestíbulo de la mansión y solté un bufido mientras avanzaba hacia la sala con pasos firmes. Escuché la puerta cerrándose detrás de mí y me di cuenta de que mi hermano también había llegado.

—¡Ey, hermano! ¿Cómo estás? —Se acercó y puso una mano en mi hombro para llamar mi atención.

—Me siento como una mierda.

—¿Por qué?

—Priscilla está enfadada conmigo.

—No es para menos.

—Oye, tú ni siquiera me apoyaste cuando dije que me iba a casar.

—Yo pensaba que estabas cometiendo un error, pero eso no significa que creyera que ella podía traicionarte. Además, fuiste tú quien se echó atrás en el último minuto, solo pensé que habías decidido lo que era mejor.

—Lo he arruinado todo.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No sé...

Había perdido momentos de la vida de mi hija, rechazado a la mujer que amaba y ahora me sentía como un completo estúpido.

—¿Tienes idea de quién te envió esta foto?

—Era un número desconocido.

—Me gustaría saber quién lo hizo.

Me pareció una gran idea averiguar a quién debía culpar, aunque al final fuera yo el mayor responsable.

—Todo va a salir bien. —Mi hermano solo trataba de animarme.

—Está enfadada conmigo...

—¿Quién está enfadada? —preguntó mi madre al aparecer en nuestro campo de visión.

—Priscilla.

—Pero fue esa perra la que...

Mi madre se detuvo a mitad de la frase cuando Iván empezó a hacerle gestos para que parara, insinuando que había mucho más en la historia de lo que nuestra madre sabía.

—¿Qué es lo que pasa?

—Creo que necesito una ducha. —Pasé junto a ella y fui a mi habitación.

Estaba tan afectado por todo que sentía una necesidad enorme de estar solo y poder absorber el hecho de que toda la seguridad que había tenido el último año solo me había hecho ver aún más estúpido.



Priscilla
MENEZES

Capítulo veintiuno

Me quedé mirando el monitor de la cuna que mostraba a Lis dormida plácidamente en su moisés. Me dejé caer en la cama y traté de cerrar los ojos, pero a diferencia de lo que había pasado en los últimos meses, mi hija no era la razón de mi insomnio, sino su padre.

Lo que más deseaba desde hacía un año era saber por qué había cambiado de opinión sobre casarse conmigo. Prefería que se hubiera rendido, que simplemente cambiara de opinión y dejara de quererme. Sonaba mejor que la loca historia de que había recibido una foto falsa y creía que yo lo había engañado.

Definitivamente no era la villana de esta historia, pero eso era exactamente en lo que parecía haber creído, o tal vez era solo la mentira que decidió contarme cuando se enteró de Lis, ya que no me dejó espacio para cuestionarlo antes.

Con el insomnio dándome vueltas en la cama, tomé el móvil y envié un mensaje a Sonia.

Priscilla:

¿Estás durmiendo?

Sonia:

Todavía no.

¿Cómo está mi angelito?

Priscilla:

Ella está bien, pero no sé si puedo decir lo mismo de mí.

Sonia:

¿Sigues pensando en esa estúpida foto?

No eres tú, amiga. Solo mándalo a la mierda. Ese idiota no merece interrumpir tu paz después de todo lo que te ha hecho.

Priscilla:

Parece que por fin se ha dado cuenta de que la foto es falsa.

Sonia:

No me estarás diciendo que vas a volver con él como si nada hubiera pasado, ¿verdad?

Priscilla:

Por supuesto que no.

Sonia:

Eso está bien.

No es justo lo que te hizo.

Priscilla:

En absoluto.

Solo me preocupa Lis en medio de todo esto.

Sonia:

No es culpa suya que su padre sea un estúpido.

Priscilla:

Pero sigue siendo el padre.

Sonia:

Él ni siquiera la registró, no debería tener derecho a nada.

Priscilla:

Pero hay una prueba de ADN.

Sonia:

¿Tú lo autorizaste?

Priscilla:

No.

Sonia:

Es dueño de un hospital, puede falsificar cualquier cosa.

Priscilla:

Sabes que Lis es su hija.

Sonia:

Solo estoy pensando en los argumentos que un abogado podría usar.

Priscilla:

No quiero que esto llegue a la justicia.

Sonia:

¿Recuerdas lo destrozada que estabas cuando te dejó?

Priscilla:

¡Claro que me acuerdo!

Sonia:

No dejes que vuelva a ocurrir.

Priscilla:

No lo haré.

Sonia:

Estupendo.

Priscilla:

Te dejaré dormir, sé que mañana tienes que trabajar temprano.

Sonia:

Estoy aquí siempre que me necesites.

Priscilla:

Gracias, amiga.

Coloqué mi celular junto al monitor de la cuna y volví a hundir la cabeza en la almohada. Solo quería que el dolor en mi pecho se aliviara. Sería una mentira decir que mi corazón estaba soportando el golpe. Tenía mucha rabia, aunque era difícil no pensar en cuánto había amado a

ese hombre.

Probablemente aún lo amaba...



Ian
GRAY

Capítulo veintidós

Me recosté hacia atrás mientras pasaba la mano por mi cabello, y el borde de la cama sostenía mi espalda.

Estaba sentado en el suelo, con una vieja caja sobre la alfombra. Dentro había cosas que nunca logré tirar, por más enojado que estuviera. Fotos que había tomado con Priscilla, la entrada del primer partido de béisbol que fuimos a ver juntos, su ropa interior que robé después de nuestra primera vez, algunos regalos y una tarjeta de San Valentín de cada año que pasamos juntos.

Todos esos recuerdos que me hicieron sentir aún peor por renunciar a la boda.

Tuve algunas novias, incluida Eva, pero ninguna a la que amara tanto como a Priscilla, y aún así, la había perdido por una estupidez.

Iván apareció en la puerta de mi habitación y no llamó antes de entrar.

—Ah, hermano, guarda eso —murmuró, torciendo los labios al verme desplomado en el suelo en medio de los recuerdos.

—Déjame...

—La depresión no resuelve nada.

—Lo he jodido todo...

—Lo entiendo.

—Pero ella...

—O lo solucionas o lo dejas atrás, porque darle vueltas así es sinceramente patético.

—Gracias por tu sinceridad. —Resoplé.

—Estoy a tu disposición —se encogió de hombros—. Por eso no me relaciono con nadie por más de veinticuatro horas.

—Como si eso fuera un logro.

—Al menos no parezco un payaso.

—¡Ah, vete a la mierda!

—Quien no está cogiendo eres tú —se rió y eso me irritó aún más—. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste sexo?

—Ivan, ¿no tienes nada mejor que hacer?

—Tal vez...

—Entonces sal de mi vista.

—Tú decides, pero realmente estás patético...

—¡Fuera!

Se encogió de hombros y desapareció por el pasillo.

Me incliné hacia atrás y exhalé con fuerza.

Mi hermano no entendía lo que yo sentía, quizá nunca entendería por qué, a diferencia de mí, Iván nunca se había permitido enamorarse. Prefería coleccionar números de teléfono a los que nunca llamaría que vivir de verdad una pasión como había sido la mía con Priscilla.

Estuve tan ciego por la rabia, pensando que ella había despreciado todo el amor que le había dado, que terminé por romperlo todo sin pensarlo dos veces. Descubrir que la foto era falsa y que yo había sido un completo idiota me enfureció aún más.

Alguien lo había hecho para destruir mi relación, o simplemente era una broma de muy mal gusto. No podía dejar de pensar en lo precipitado e inmaduro que me había mostrado.

Me pasé un año culpando a Priscilla, pensando que había cometido un terrible error y haciéndome la víctima, pero el verdadero culpable era yo.

Además de haber perdido un año de matrimonio con la mujer que amaba, tenía algo aún peor de lo que culparme: no haber estado presente durante el embarazo y los primeros meses de mi hija.

Priscilla estaba enfadada, y lo que es peor, tenía razón.

Todo fue culpa mía.

Ni siquiera me molesté en decirle por qué la había apartado de mi vida. Solo había actuado por rabia y en ese momento estaba empezando a pagar el precio.

Saqué el móvil y le envié un mensaje.

Ian:

Fui un idiota.

No pensé con claridad y actué con la cabeza caliente, pero por favor, perdóname.

Tardó tanto tiempo en responder que pensé que iba a ignorar mi mensaje, como yo hice con ella antes.

Priscilla:

¿Crees que es fácil borrarlo todo?

Ian:

Sé que no, pero lo siento mucho por todo.

Priscilla:

Lo sientes, ¿verdad?

Ahora sí lo sientes...

Ian:

Debería haberte escuchado.

Priscilla:

Deberías.

Ian:

No es tarde para arreglarlo.

Priscilla:

Sí, lo es, Ian. Tú mismo lo dijiste.

Yo traté...

Quería una explicación, necesitaba entender por qué me dejaste así en el altar,

pero pensaste que ni siquiera me merecía eso.

No sabías nada de Lis porque ni siquiera querías mirarme a la cara. Preferiste creer en esa foto antes que en mí.

Tiraste mi amor como si no valiera nada.

Ian:

No fue exactamente así.

Priscilla:

Así fue exactamente.

Me tiraste como si no valiera nada.

Ian:

Estaba enfadado y lo siento por todo lo que has pasado.

Reaccioné de forma exagerada, me comporté de forma impulsiva, pero no fue por falta de amor.

Priscilla:

No me amabas de verdad. Si lo hubieras hecho, no habrías hecho eso.

Ian:

Sí te amaba, Priscilla. Aún te amo.

Priscilla:

Es demasiado tarde, Ian.

Ian:

Por favor...

Priscilla:

Tuve que arreglármelas sola. Y un año me bastó para darme cuenta de que puedo vivir muy bien sin ti.

Ian:

Ya no tienes que estar sola.

Priscilla:

La foto era mentira, pero tu abandono era muy real.

El dolor que sentía era real.

Por no hablar de la humillación de recibir un "no" frente a todos mis amigos y familiares y no tener una explicación que darles.

Ian:

Sé que has sufrido.

Priscilla:

No tienes ni idea.

Ian:

Si me das una oportunidad, te juro que puedo arreglarlo todo.

Priscilla:

Las cosas rotas nunca vuelven a ser como antes.

Ian:

Tenemos una hija. Quiero formar parte de su vida.

Priscilla:

No lo harás porque lo estropeaste todo, Ian.

Ian:

Solo quiero arreglarlo.

Priscilla:

No es posible.

Ian:

Por favor...

Priscilla:

Eres su padre, no puedo cambiar eso, pero por lo demás, se acabó.

Ian:

¿Qué estás diciendo?

Priscilla:

Que tendremos que encontrar una forma amistosa de convivir por ella, pero eso es todo.

Ian:

No puede ser así.

Priscilla:

Hiciste cosas peores durante un año.

Ian:

Y mira lo que nos ha costado.

Priscilla:

Todo. Terminaste con nosotros.

Ian:

No tiene por qué ser así.

Priscilla:

Ya es así.

Estoy cansada, Ian. Necesito dormir.

Ian:

Podemos salir y hablar en persona.

Priscilla:

No vamos a hablar de nada que no sea Liz.

Ian:

Por favor.

Priscilla:

Buenas noches.

No contestó a más mensajes y dejé que el móvil se deslizara hasta el suelo. Las lágrimas se me agolparon en los ojos, rodando por mis mejillas sin que pudiera evitarlo. Nunca me había sentido tan enfadado conmigo mismo en ningún otro momento de mi vida.

El dolor me estrangulaba el cuello y el pecho me pesaba, causándome una terrible dificultad para respirar. Hacía mucho tiempo que no sufría un ataque de ansiedad como aquel y no pude evitar la sensación, porque sabía que la reacción de Priscilla era lógica y que, si yo fuera ella, habría hecho algo aún peor.

Me sentía fatal y no sabía qué hacer para superarlo.

El sentimiento que me devastaba era tan intenso que quería que fuera sencillo solucionarlo de un solo golpe. Sin embargo, Priscilla tenía razón, no era algo que simplemente pudiéramos borrar.

No había sido un error cualquiera, literalmente lo había jodido todo y por culpa de una puta foto perdí al amor de mi vida.



Priscilla
MENEZES

Capítulo veintitrés

Pasé otra noche en vela dando vueltas en la cama y quería decir que era por los cólicos de Lis, pero mi pequeña dormía como un angelito. Afortunadamente, aún era demasiado pequeña para entender el caos que se estaba produciendo entre su padre y yo.

Me juraba a mí misma que lo había superado, creía que nunca más tendría que volver a mirar a Ian a la cara. Me había dicho una y otra vez que era muy fuerte y que podría superarlo todo sin él, pero lo que no podía negar era que no esperaba que apareciera en mi vida diciendo que se arrepentía.

Por mucho que intentara mantenerme firme y decidida, negar que me estaba haciendo sentir influenciada era una idiotez. Esa sensación me hizo sentir enfadada conmigo misma.

Ian había sido un completo idiota conmigo, me había despreciado y había rechazado mi amor, porque no había sido capaz de ver la verdad y se había dejado llevar. No podía perdonarlo. ¿Dónde estaba mi amor propio?

Me levanté de la cama cuando oí que llamaban a la puerta y respiré hondo. No era posible que estuviera allí otra vez.

Miré por la mirilla y dejé escapar un suspiro de alivio al ver que era mi madre y finalmente abrí la puerta.

—¡Buenos días, cariño!

—Buenos días.

—¿Todo bien? —Me miró fijamente mientras entraba y dejaba su bolso en mi sofá.

Asentí con la cabeza. Preferí no contarle que Ian había vuelto a aparecer en mi vida y desordenado todo. Ni yo sabía cómo lidiar con ello, y no necesitaba a más personas metiéndose, especialmente porque no sabía cuál sería la opinión de mi madre al respecto.

—¿Cómo está mi nieta más hermosa?

—Sigue durmiendo.

—Perezosa como tú.

—Sí...

—Tienes cara de...

—Estoy bien, mamá. —Mentí.

—No tienes que seguir ocultándome cosas, cariño.

—¿Ocultándote? —Fruncí el ceño, intentando comprender qué podía estar pasando por su cabeza.

—Sí, me imagino que no es fácil ser madre soltera. Eso...

—Estoy bien, mamá —la interrumpí antes de que empezara a hablar de Ian. No quería escuchar su nombre, o terminaría derrumbándome en lágrimas, especialmente después de los mensajes de anoche.

Me había jurado que estaba bien, que ya lo había superado, pero me di cuenta de que solo había puesto una máscara sobre mi dolor, y que un año no había sido suficiente para olvidarlo.

—Sabes que puedes quedarte con nosotros todo el tiempo que necesites.

—Aquí estamos bien.

—Tu padre y yo podemos ayudar.

—Ya están ayudando. —Le acaricié el hombro cariñosamente.

—¿A qué hora tú y Sonia salen?

—¿Salir? —Fruncí el ceño, ni siquiera había pensado en eso.

—Sí, vine a quedarme con mi nieta para que pudieras irte.

—¡Ah, claro!

Tardé un rato en recordar que había quedado con mi mejor amiga ese sábado por la mañana, ya que era su día libre. Además, no habíamos tenido un buen programa de chicas desde la mitad de mi embarazo.

—Sonia llegará pronto.

—¡Qué bien! Te hará bien salir un rato.

—Sí.

—¿Está mi nieta en su habitación? —Se dirigió al pasillo antes de que pudiera responder a su pregunta.

Nos detuvimos junto a la cuna y observé a mi hija con los ojos muy abiertos, jugando con su piecito regordete como si fuera una especie de mordedor.

—¡Ay, qué cosita más linda! —exclamó mi madre mientras se inclinaba para cargarla.

Pensé en decirle que la dejara en la cuna, porque no quería que se volviera demasiado mañosa, pero estaba segura de que en cuanto me fuera mi madre se pasaría todo el día con su nieta en el regazo, oliendo ese acogedor olor a bebé.

—¡Qué preciosa!

—Lo es. —Suspiré.

—Vas a pasar un día estupendo con la abuela. ¿Verdad que sí? —Como la bebé no contestó, mi madre se volvió hacia mí y continuó—. Se parece tanto a ti cuando eras pequeña, me da hasta nostalgia.

—Hay algunas diferencias...

—Pero las similitudes son mayores.

—Sí.

Escuché otro golpe en la puerta y fui a ver. Esta vez era Sonia, frotándose el rostro como si acabara de untarse bloqueador solar en el ascensor.

—¡Buenos días! Te lo paso esta vez, ¿ok? Pero solo esta vez.

—Buenos días —respondí mientras nos abrazábamos, con ella rodeando mis hombros con sus brazos.

—¿Lista para salir?

—Voy a cambiarme, recoger algunas cosas...

—¡Priscilla!

—Lo siento, olvidé por completo que habíamos acordado ir a la playa.

—Te lo dejaré pasar esta vez, ¿ok? Pero solo esta vez.

—Gracias.

—Mientras tanto, voy a ver a mi ahijada más hermosa. —Pasó junto a mí y entró en la habitación de la bebé, donde estaba mi madre.

Los dos se pusieron a charlar y yo fui a prepararme para irme. Una gran parte de mí no quería ir a ninguna parte. Sobre todo después de lo de anoche, pero decepcionarme por culpa de Ian solo empeoraría las cosas.

Me puse un bikini y un vestido ligero encima, luego tomé una bolsa grande para guardar la toalla, la crema solar y otras cosas que pudiera necesitar en la playa.

Cuando las dos estudiábamos juntas durante la secundaria, íbamos a la playa al final de casi todas las tardes, pero la vida adulta hizo que nuestro tiempo fuera cada vez más restringido.

—¡Ya estoy lista! —Salí acomodando la bolsa en mi hombro.

—Bien. —Sonia vino a mi encuentro en el pasillo.

—Mamá, hay leche congelada en la nevera, el número de teléfono de un restaurante en la puerta...

—Estaremos bien, cariño. —Ella apareció con mi hija en brazos.

—Si pasa algo...

—Te llamaré.

—Gracias.

—Vámonos. —Sonia me puso ambas manos sobre los hombros y me dirigió hacia la puerta, empujándome hasta que llegamos a su coche, aparcado en la calle frente a mi edificio.

—¿Qué tal? —Mi mejor amiga apartó la mirada de mí para abrocharse el cinturón.

—Mal...

—¡Priscilla, es serio! Todo va a salir bien. Tu mamá tiene mucha más experiencia con bebés que yo y ese terrible accidente no volverá a ocurrir...

—No es por eso, sé que Lis estará bien.

—¿Sigues lidiando con lo del fraude de la tarjeta de crédito?

—El banco reembolsó el dinero y emitieron una nueva tras confirmar la estafa.

—¿Y cuál es el problema? —Arrancó el coche, pero no dejó que se acabara el tema, por

mucho que yo esperara que así fuera.

—Ian...

—Apareció de nuevo.

—Más que eso.

—¿A qué te refieres?

—Se dio cuenta de que cometió un error y ahora cree que puede borrar todo lo que me hizo y que volvamos a estar como antes.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó cuando nos detuvimos en un semáforo, atrayendo la atención de la gente de otro coche, que se volvió hacia nosotras para tratar de entender lo que había ocurrido.

—Así es... —Incliné la cabeza hacia delante, masajeándome las sienes mientras el coche volvía a ponerse en marcha.

—¿Cómo te sientes con todo esto?

—Me gustaría decir que no duele, que no me importa...

—Fue él quien te hizo todas esas tonterías, amiga.

—¡Ya lo sé! —grité demasiado alto, y me arrepentí de inmediato, no debía gritarle a ella —. Me da rabia conmigo misma solo de pensar que... —Mordí mi labio inferior sin atreverme a terminar la frase.

—Aún lo amas...

—Sí. Me dejó plantada en el altar por una foto falsa y ni siquiera tuvo el valor de decírmelo, prefirió evitarme por completo.

—Yo habría hecho lo mismo que tú.

—Ojalá fuera tan sencillo.

—No lo es...

Negué con la cabeza.

Sonia estacionó el auto en la orilla de la playa y empezamos a ver a la gente pasando de un lado a otro con trajes de baño, disfrutando el momento. Yo esperaba poder relajarme como en

los viejos tiempos.

Tomamos nuestras cosas y nos acomodamos en la arena sobre algunas toallas. Me puse un poco más de protector solar y me quité el vestido, quedando solo en bikini.

Sonia se sentó a mi lado después de comprar un agua de coco a un vendedor ambulante.

—Sería mucho más fácil sacarlo de mi vida si nouviéramos a Lis.

—¿Tú crees?

—Estoy segura de ello. —Me giré hacia ella, confundida porque mi mejor amiga ni siquiera cuestionaba la situación.

—No estamos hablando de Lis, Pri.

—Pero la única razón por la que sigo atada a Ian es esa. Por mucho que esté enojada, no puedo ser la que elimine al padre de mi hija de su vida, aunque él mismo lo haya hecho.

—Acabas de decir que aún lo amas.

—¡Pero eso no importa!

—¿No?

Su pregunta me hizo reflexionar, y terminé encogiéndome de hombros. Quería afirmar con seguridad que ya nada más importaba, pero solo estaría mintiendo.

—Me destrozó el corazón. —Sollocé, derrumbándome más rápido de lo que me hubiera gustado.

—Oye... —Extendió su brazo para acariciar el mío—. No es para tanto.

—A veces pienso en cómo hubiera sido nuestra vida juntos, en el "vivieron felices para siempre" si no me hubiera dejado plantada en el altar.

—No fue culpa tuya...

—¿Qué importa quién tenga la culpa si, al final, mis planes se destruyeron igual?

—Se merece una patada en las pelotas.

—Le daría varias si eso resolviera algo.

—Bueno, no sé si lo solucione, pero podría hacerte sentir mejor.

—¿Tú crees?

—Puedes intentarlo y averiguarlo.

—Señoritas... —El socorrista se nos acercó—. ¿Está todo bien aquí?

Me miró bien y me di cuenta de que aún debía de estar llorando y tenía los ojos humedecidos por las lágrimas. Me los froté con el dorso de la mano yforcé una sonrisa.

—Sí, todo bien —le aseguré.

—En realidad, no tanto —comentó Sonia—. Mi amiga necesita respiración boca a boca, no hay problema si usas la lengua.

—¡Sonia! —grité y él se rió.

—No creo que pueda ayudar con eso. —Parecía un poco avergonzado y yo quería estrangularla.

—Creo que sí puedes...

—Perdón por mi amiga —dije, sintiéndome completamente incómoda.

—No pasa nada. —Me sonrió de forma carismática y acogedora—. Si tiene alguna urgencia, estaré en esa silla alta. —Me indicó.

—Gracias.

En cuanto se fue el socorrista, le di un fuerte codazo a Sonia que la hizo gritar.

—¡Ay!

—¿Te has vuelto loca?

—Para nada. ¿Viste lo guapo que era? Apuesto a que si te hacía un boca a boca, dejabas de pensar en Ian rapidísimo.

—Sabes que no es así.

—Al menos podrías intentarlo.

—No quiero más confusión, Sonia.

—Si hubieras tenido otro novio...

—Tengo una hija de tres meses a la que cuidar.

—Ya pasaste el tiempo de recuperación, más vale que vuelvas a echarte un polvo.

Me llené la mano de arena y se la lancé.

—¡Eh!

—Deja de decir tonterías.

—Intento ayudarte. —Se encogió de hombros.

—No me ayudas diciendo cosas como esas. Cambiando de tema, ¿y tu novio? ¿Cuándo piensan fijar la fecha de la boda? Ya están tardando.

—¿Vas a cambiar de tema así nada más? Estás huyendo.

—Tal vez, pero no quiero hablar más de Ian.

—Por eso creo que el socorrista es una gran opción.

—¡Sonia!

—Está bien, no se diga más.

—¡Perfecto!

Me eché hacia atrás y cerré los ojos, sintiendo cómo el sol me daba en la cara. Solo quería fingir que todo iba bien.



Ian
GRAY

Capítulo veinticuatro

Llamé a la puerta y esperé.

Era muy posible que Priscilla no quisiera hablar conmigo, pero sentí que rendirme en ese momento solo empeoraría las cosas entre nosotros.

Lo había estropeado todo, pero en el fondo pensaba que podía hacer algo para compensar aquel terrible error. Lo que me parecía terrible era aceptar que nunca volveríamos a estar juntos. No solo quería formar parte de su vida, pensaba que debíamos ser una familia, como lo habríamos sido si yo no hubiera renunciado al matrimonio.

Estaba a punto de llamar de nuevo cuando por fin alguien abrió la puerta. Esperaba que fuera Priscilla, pero me topé con su madre. Los ojos de la mujer se abrieron de par en par al verme, como si estuviera frente a un fantasma.

—Señora Menezes...

—¿Qué haces aquí?

En lugar de responder a su pregunta, le hice otra.

—¿Está Priscilla?

—No.

Oímos un grito y ella se dio la vuelta, dejándome ver a mi hija en el cochecito detrás de ella.

—¿Puedo pasar?

—Mejor no.

—Puedo ayudar con ella.

—Crié a tres niños, muchacho.

—Por supuesto, señora.

—¿Qué haces aquí? —Parecía muy confundida e imaginé que Priscilla no le había dicho nada a su madre sobre nuestro reencuentro.

—Tendrías que ser un verdadero imbécil para aparecer después de lo que le hiciste a mi hija.

—Lamento mucho lo que pasó...

—¿Lo lamentas? —Resultó que Priscilla no era la única enfadada conmigo—. Le dijiste que no en el altar.

—Fue un terrible error.

—No sé qué haces aquí, pero a mi hija no le gustará volver a verte, así que será mejor que te vayas.

—He venido a ver a mi hija.

—¿Desde cuándo te interesa la vida de Lis?

—Solo supe de ella hace unos días.

—Mi hija me dijo que te buscó, que intentó hablarte de tu hija, pero no quisiste saber nada.

—Cometí muchos errores... Por favor, ¿puedo entrar?

—Es mejor que no. Espera a que mi hija vuelva.

—¿Adónde ha ido?

—Salió con su amiga.

—¿Sonia?

—Sí.

—Puedo esperar afuera.

—Donde mejor te parezca.

Lis gritó más fuerte y la mujer cerró la puerta de un tirón.

—Necesito cuidar de mi nieta.

—De acuerdo.

Me cerró la puerta en la cara, y aunque estaba molesto, sabía que me lo merecía.

Todavía quería encontrar a quien había causado todo esto, al responsable de haber

arruinado uno de los momentos más felices de mi vida.

¿Por qué alguien podía ser tan cruel como para hacerme algo así el día de mi boda, dispuesto a destruir mi felicidad? Solía ser una persona tranquila y no tenía enemigos, al menos eso pensaba. Sin embargo, había alguien que había decidido hacerme esa broma de mal gusto, o peor aún, con la intención de arruinar mi matrimonio.

Mi móvil vibró y tuve la remota esperanza de que fuera Priscilla, pero mis labios se torcieron en una expresión de desdén cuando vi que era Eva. Esa no era la ex con la que quería hablar.

Eva:

¿Estás hoy en el hospital? Sé que no vas todos los sábados y pensé que te habías tomado el día libre. Quizá podamos vernos, almorzar o cenar juntos.

Tenemos muchas cosas de las que hablar.

Ian:

No va a ocurrir.

Eva:

¿Tan ocupado?

Ian:

Tengo otros planes.

Eva:

Podrías incluirme en ellos.

Ian:

Sabes que es mejor no insistir.

Eva:

Sigues soltero, así que tengo una oportunidad.

Ian:

Espero volver con Priscilla.

Eva:

¿Qué? ¿Cómo que volver con ella? ¡Ella te engañó!

Ian:

¿Cómo lo sabes?

Eva:

Tu madre me lo dijo.

Ian:

Ella no me engañó y yo fui un idiota.

Eva:

No me digas que le crees ahora, ¿en serio, Ian? Volver con ella es una tontería.

Ian:

Sinceramente, tu opinión no es válida.

Eva:

Te amo, Ian.

Ian:

Sabes que no tenemos nada más.

Eva:

Te merezco mucho más que ella.

Ian:

Estoy ocupado.

Dejé de responder porque sabía que no llegaríamos a ningún lado. Eva y yo no habíamos funcionado mucho antes de que Priscila apareciera en mi vida. No estábamos juntos desde hacía años, pero aun así, ella seguía insistiendo, confiada en una posibilidad inexistente de volver a estar juntos.

Por un momento, pensé que quizás yo estaba haciendo lo mismo con Priscila, insistiendo en una relación que ya no funcionaba, pero la situación era completamente distinta. No había sido ella quien me había dejado porque sentía que ya no estábamos bien juntos.

Fui un idiota.

Le rompí el corazón.

Todo lo que necesitaba era que me perdonara para que pudiéramos continuar donde lo dejamos.

Oí abrirse la puerta del ascensor, me levanté de la pared donde estaba apoyado y me coloqué frente a la puerta cuando Priscilla apareció en mi campo de visión. Tenía la cara ligeramente enrojecida, probablemente por el sol, y llevaba un vestido ligero y floreado que me recordó el aspecto que tenía siempre en un día de verano.

—¡Ian! —Abrió mucho sus ojos azules en cuanto me vio—. ¿Qué haces aquí?

—Tu madre no me dejó entrar.

—Deberías haberte ido.

—No, necesitaba verte.

—¿Has pensado que quizás no quiero verte?

—Sé que estás enfadada.

—Es mucho más que estar enfadada. —Se dirigió hacia la puerta, pero antes de que pudiera abrirla y dejarme fuera como había hecho su madre, tiré de su muñeca y la obligué a mirarme.

—Priscilla...

—¡Suéltame!

En lugar de dejarla escapar, tiré de ella y la acerqué a mi pecho. Con la otra mano, le sujeté la cara y sus ojos se abrieron aún más.

—Sabes que aún te amo.

—¡Ian, no!

Antes de que pudiera esquivarme, acorté la distancia entre nuestros labios y la besé. Me

di cuenta de que anhelaba desesperadamente aquel contacto cuando mi lengua se hundió hambrienta en la suya y mis brazos cayeron para rodear su cintura, atrayéndola aún más hacia mí.



Priscilla
MENEZES

Capítulo veinticinco

¡No! No puedes...

Mi racionalidad gritó desesperada mientras mi lengua envolvía la suya y lo único que cada célula de mi interior deseaba era responder al beso y hacerlo aún más intenso.

Mis manos subieron hasta los hombros de Ian, pero en lugar de apartarlo, lo único que ocurrió fue que apreté su piel y rodeé su cuello con mis brazos. No quería demostrar que estaba cediendo, pero aquel deseo incontrolable era mucho más fuerte que yo.

Me pareció mal, como si no fuera capaz de tener una pizca de amor propio, pero mi lógica quedó barrida cuando Ian me apretó contra la pared e intensificó aún más el beso, bajando sus manos hasta mis nalgas y apretándolas mientras su boca recorría mi cuello, provocando una peligrosa secuencia de escalofríos.

Por un instante, recordé que había cámaras en el pasillo y eso fue lo único que me hizo empujarlo.

—¡Alto!

—Priscilla...

—Vete, Ian.

—Lis...

—Quedamos en que la visita era otro día. —Entré en mi departamento y di un portazo.

Jadeaba mientras miraba a mi madre sentada en el sofá, empujando el cochecito de un lado a otro.

—Imagino que viste a Ian afuera.

Afirmé con la cabeza.

—No sabía que habían vuelto.

—No es tan así como parece.

—¿Sabe lo de Lis?

—Desde que Lis acabó en el hospital de su familia al caerse hace unos días.

—¿Y ahora qué?

—Sinceramente, no lo sé, mamá. —Todavía podía saborear los labios de Ian en los míos y eso parecía empeorarlo aún más.

—Te dijo que no en el altar.

—¡Ya lo sé, mamá! De hecho, nadie me deja olvidarlo.

Me acerqué y tomé a mi hija en mi regazo, aunque estaba dormida en su cochecito. Solo quería olerla y sentir la suavidad de su piel para sentirme mejor.

Pensé que decir que no a que Ian volviera a mi vida sería una tarea mucho más sencilla.

—¿Ya has comido? —Mi madre cambió de tema y yo lo agradecí mucho internamente.

—Prepararé algo para nosotras. —Se levantó y se dirigió a la cocina.

—Gracias.

Me senté en el sofá con mi hija en brazos y ella no tardó en despertarse, pero no lloraba, solo mantenía los ojos abiertos, mirándome fijamente. Me acerqué y besé su suave frente. Llevaba un fino lazo de seda que la hacía aún más preciosa.

—Te quiero mucho, pequeña.

Lo peor era que yo quería a su padre y eso me hacía sentir aún peor. En el fondo, tenía demasiado miedo de volver a pasar por todo ese dolor y sufrimiento. Antes imaginaba que Ian nunca sería capaz de hacerme algo así y, cuando ocurrió, me destrozó.

¿Por qué él no desaparecía ahora como lo hizo hace un año?



Ian
GRAY

Capítulo veintiséis

Me quedé sentado en el auto, estacionado en la calle durante largos minutos. Sabía que volver a tocar la puerta podría aumentar su enojo, pero al mismo tiempo me negaba a irme y dejarla otra vez.

Estaba lleno de rabia conmigo mismo, frustrado por todo, como si el peso del mundo estuviera sobre mis hombros. La culpa me devoraba, y haría cualquier cosa para que me perdonara.

—¡Qué imbécil fui! —Golpeé el volante, haciendo que la bocina sonara por toda la calle y llamara la atención de los transeúntes.

Sonreí por un instante al recordar el rostro de mi hija, tan hermosa como su madre, pero eso solo aumentó mi ira y me hizo sentirme aún más culpable.

Si no fuera por aquella maldita foto, si no hubiera optado por creer en la posibilidad de una traición en vez de buscar la verdad, estaría casado desde hace un año. Habría celebrado la alegría de un embarazo y compartido cada momento con Priscilla. Pero por mi propia estupidez, lo perdí todo.

No saber exactamente qué hacer me desesperaba aún más.

¿Y si nunca me perdonaba?

No estaba seguro de poder manejar eso. No quería ser solo el tipo que visitaba a su hija de vez en cuando. Quería ofrecerle mucho más que eso. Quería estar a su lado todos los días, ser su padre, su esposo, volver a tener a Priscilla como novia y amante.

Mi móvil empezó a vibrar y lo ignoré hasta que volvió a sonar.

Resoplé cuando contesté al ver que era un número de la administración del hospital.

—¿Qué pasa? —Mi mal humor era evidente.

—Señor Gray, tenemos un problema.

—¿No puede esperar hasta el inicio de la semana?

—La familia de un paciente decidió demandar al hospital por un pequeño incendio en la

sala de enfermería.

—¡Maldita sea! —Resoplé.

Lo único que no quería era enfrentarme a más problemas en ese momento.

—Voy para allá. Llama a nuestro abogado.

—Ya está en camino.

—¡De acuerdo!

Puede que no fuera médico, pero eso no significaba que no tuviera mis batallas que ganar. Gestionar un hospital con tanto personal y la posibilidad de errores humanos solía ser mucho trabajo, y me quitaba algunas noches de sueño.

De alguna manera, aquel lío podía quitarme algo de foco en mi relación con Priscilla, necesitaba pensar con más calma y encontrar una solución para recuperar a la mujer de mi vida y ser el padre que mi hija merecía.



Priscilla
MENEZES

Capítulo veintisiete

Mi mamá se fue cuando ya estaba oscureciendo. Quiso asegurarse de que Lis y yo estaríamos bien, aunque se lo dije mil veces. Podía cuidar de Lis sola, como lo había hecho durante los últimos tres meses.

Nosotras estábamos bien, al menos físicamente, porque no podía decir que la vuelta de Ian a mi vida no me había desestabilizado por completo. Podía gritar a los cuatro vientos que ya no me importaba, que su presencia no hacía ninguna diferencia, pero era mentira.

—¡Ah, niña! —dejé escapar un profundo suspiro mientras colocaba a Lis en su cuna después de bañarla y me incliné para darle un beso en la coronilla.

No tardó en dormirse.

Ajusté la cámara del monitor de bebé, apagué la luz del cuarto y me fui a tomar una ducha. Aunque ya me había bañado después de salir de la playa, seguía sintiendo arena en las partes más incómodas.

Quizá ya estaba muy vieja para disfrutar la playa como lo hacía en la época de la escuela con Sonia y mis otros amigos.

Era otra mujer ahora, con planes, con esperanzas...

El problema era que, aunque lo había planeado, todo había salido mal. Se suponía que iba a estar felizmente casada, pero Ian lo estropeó todo.

Que llamara a mi puerta y me dijera que quería rehacer la relación lo hizo aún peor, porque yo tenía demasiado miedo de volver a hacer el ridículo.

Después de que me dejara en el altar, había hecho todo lo posible por comprender, había intentado encontrar respuestas que él no me había dado. ¿Cómo podía simplemente confiar en él sin tener miedo de volver a pasar por lo mismo? Mi corazón ya había recibido suficientes golpes y no necesitaba hacerme más daño.

Inhalé bruscamente e incliné la cabeza hacia atrás, soltándola al sentir el agua caliente de la ducha correr por mi cara.

Quería decir que no volvería a aceptar a ese hombre en mi vida, que ya no sentía nada y que un año había sido más que suficiente para expulsarlo de mi corazón. Pero la verdad era exactamente lo contrario.

—¡Ah, Ian! —Me volví hacia la pared de azulejos y le di un puñetazo.

—*Tan hermosa... —Me estremecí al oír su voz firme contra mi nuca en medio de aquel recuerdo.*

Me tiró del pelo mojado, lo enrolló alrededor de su mano y acercó aún más mi cabeza a la pared de azulejos, mientras con la otra mano me sujetaba la cintura y apretaba mi cuerpo contra la pared.

Me estremecí mientras cada parte de mí se retorció al contacto piel con piel y el agua de la ducha corría por nuestros cuerpos mientras él me dominaba.

Su boca se posó en mi nuca y dejé escapar un fuerte gemido. Me estremecí cuando su mano se deslizó desde mi cintura hasta la unión de mis muslos para tocar mi vulva...

—¡No! —negué con la cabeza, haciendo todo lo posible por apartar ese recuerdo de mi mente.

Recordarme a mí mismo el sexo definitivamente no me ayudaría a lidiar mejor con la situación.

Racionalmente, sentía que tenía que luchar con todas mis fuerzas contra la necesidad de tenerlo de nuevo en mi vida, pero pensar en cada beso que me había dado, cada vez que sus pesadas manos habían recorrido mi cuerpo y todos los momentos en los que, desnudo, había encajado en mí...

Aquel día me había besado y el sabor de su boca seguía en la mía, lo que hacía aún más difícil no pensar en él. Había una necesidad dentro de mí que me asfixiaba y parecía más difícil evitar pensar en él.

No debía perdonarlo por lo que me había hecho, no podía, y sin embargo no podía dejar de pensar en lo mucho que lo seguía queriendo y eso me destrozaba por dentro, en un conflicto injusto entre la racionalidad y el deseo.

Todo el mundo decía que no debía volver con él y que era lo correcto. Entonces, ¿por qué seguía siendo tan difícil?

Si él seguía insistiendo, acabaría volviéndome loca.

Cerré la ducha y salí del cuarto de baño envuelta en una toalla. Fui a mi habitación y tomé el móvil, que había dejado sobre la colcha.

Había borrado todas las fotos de los dos en mi galería, pensando que así sería más fácil superar la situación, pero seguían en la nube y conseguí encontrarlas rápidamente. Años de una relación feliz, momentos en los que juraba tener a mi lado al hombre más perfecto del mundo. Había vivido un sueño increíble hasta el día de nuestra boda, cuando él mismo me despertó...

—¡Basta ya! —Luché conmigo misma mientras tiraba el móvil a un lado y resoplaba.

No debería extrañarlo...

No debería querer que volviera.

Me abandonó en el altar, rechazó nuestro amor como si no significara nada por una mentira. Evitó hablarme durante un año, no estuvo presente en la vida de Lis porque no creía en mí.

No debería sentirme así, a punto de volverme loca, pero era inevitable, como si él me hubiera echado una maldición que no me permitiría arrancarlo de mi corazón.

Mi teléfono móvil empezó a sonar y contuve la respiración, con el corazón atascado en la boca, cuando vi su número en el identificador de llamadas.

¿Por qué Ian no me deja en paz?

Desconecté la llamada pulsando el botón rojo y caí de espaldas, rebotando en la cama sin molestarme en mojar la colcha con el pelo.

Insistió y volví a colgar.

Me llegaban mensajes y tampoco contestaba.

Por un momento, parecía completamente imposible encontrar una forma de convivir pacíficamente al menos por nuestra hija.



Ian
GRAY

Capítulo veintiocho

Estuve casi dos horas insistiendo, mandando mensajes y llamando hasta que mis intentos fueron directo al buzón de voz. Pensé que ella podría haber bloqueado mi número.

Priscila no quería hablar conmigo, y eso me tenía cada vez más angustiado. Necesitaba desesperadamente arreglar esta situación, pero ya me estaba quedando sin opciones y no sabía qué decir o hacer para que me perdonara.

Imaginaba que no podría sufrir más de lo que sufrí el día que recibí esa foto, pero ahora estaba aún más destrozado, porque sabía que todo era mi culpa. Quería poder retroceder en el tiempo, hacerlo todo diferente y evitar ese sufrimiento innecesario.

Si ella me aceptara de vuelta, juraba que nunca más pasaríamos por algo así, pero había perdido la confianza de Priscila y no sabía cuánto tendría que arrastrarme para recuperarla.

Estaba tan distraído que me sobresalté cuando alguien entró en mi despacho tras llamar a la puerta y sin esperar a que yo le diera permiso.

—¿Ian?

—Papá. —Fruñí el ceño al verlo acercarse a mi mesa.

—¿No deberías estar de descanso, cenando con mamá o con alguno de tus amigos del club de golf?

—Lo estaba, pero uno de mis pacientes tuvo una complicación y tuve que venir a verlo. —Se detuvo frente a mí y apoyó ambas manos sobre mi escritorio.

—Parece que hoy no he sido el único con complicaciones.

—Presentaron una demanda contra el hospital, pero ya se ha resuelto con un acuerdo que nuestro abogado ofreció a la familia.

—Unos cuantos miles de dólares siempre hacen cambiar de opinión a la gente.

—Generalmente, sí...

—Pero parece que sigues teniendo otro problema.

—Ese otro problema no lo puedo resolver con un acuerdo legal.

—¿Priscilla?

Asentí con la cabeza.

—¿No quiere que estés con tu hija? Bueno, eso se puede resolver con un acuerdo también. Como padre, tienes derecho.

—Con Lis, sí, pero no con su perdón.

—¿Perdón? —Mi padre abrió los ojos, confundido. No sabía toda la historia, así que le hice un breve resumen.

—¿Estás seguro de que la foto es falsa?

—Sí...

—¿Y acabas de descubrirlo?

—Actué con la cabeza caliente, papá. Acabé estropeándolo todo.

—Ella puede entenderlo.

—¿De verdad?

—No es imposible.

—Lo he arruinado todo.

—Recibiste una foto de ella en la cama con otro tipo.

—Pero asumí que era verdad sin siquiera cuestionarlo. Me alejé durante un año y ni me preocupé por mi hija.

—Es una situación complicada, no cabe duda.

—No tengo ni idea de cómo arreglarlo.

—Tal vez nunca lo hagas.

—¡Gracias, papá! —resoplé—. Era exactamente lo que necesitaba oír —dije en tono sarcástico.

—Las mujeres son complicadas, cuando se les mete algo en la cabeza...

—Es el amor de mi vida.

—Aún eres joven, hijo. Yo, a mis treinta y tantos, no me preocuparía tanto.

—Tenemos una hija, deberíamos estar casados...

—Tal vez sea mejor así.

—Estoy seguro de que no.

—No puedo decidir eso por ti. —Se encogió de hombros.

—No... no puedes.

Se quedó en silencio unos minutos, mirándome fijamente, hasta que cambió de tema.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—No. Voy a quedarme aquí un rato más.

—Como prefieras.

—Hasta luego, papá.

—Adios.

Salió de mi oficina, dejándome solo. Me incliné hacia adelante, respirando con dificultad, mientras pensaba cada vez más angustiado. Me acordé de mi propia relación con Eva, de cuánto insistía ella y de cómo yo no veía ninguna posibilidad de volver. ¿Sería ese mi destino con Priscila, pasar años rogándole por su perdón mientras ella se negaba a regresar?

No sabía si podría lidiar con eso, porque en ese momento ciertamente no estaba logrando hacerlo.

Saqué el celular nuevamente, ninguno de mis mensajes había recibido respuesta. Llamé una vez más, y de nuevo cayó en el buzón de voz.

Ella realmente no quería hablar conmigo, y ni siquiera podía decir que no me lo merecía. La cagué por completo, y las consecuencias me estaban destrozando.



Priscilla
MENEZES

Capítulo veintinueve

Fue otra noche en vela, otra noche dando vueltas en la cama y luchando contra el impulso de responder a sus mensajes que se acumulaban en mi aplicación.

Debería ser una pérdida de tiempo que siguiera intentando convencerme, pero sabía que había un límite hasta el que podía mantenerme firme, y ese límite parecía cada vez más cercano.

Ian:

Priscilla, por favor...

¿Por qué seguir alimentando toda esa rabia se estaba volviendo un desafío cada vez más difícil?

Tenía todas las razones del mundo para odiarlo para siempre, pero no parecía tan sencillo.

Priscilla:

¿Por qué insistes tanto?

Ian:

Sé que he cometido un gran error.

Priscilla:

No pensabas así antes.

Ian:

Idiota es poco para describir lo que fui.

Priscilla:

¿Y qué me garantiza que no harás lo mismo de nuevo?

Ian:

Prometo que esto no volverá a ocurrir.

Priscilla:

Tus palabras no me dan mucha confianza.

Ian:

Lo sé, pero piensa en todo lo que hemos vivido, solo quiero recuperarlo.

Priscilla:

No pensaste en eso cuando me dejaste en el altar.

Ian:

Lo sé...

No tienes idea de lo arrepentido que estoy.

Priscilla:

Sigamos con nuestras vidas y dejémoslo así.

Ian:

Sabes que no es así y tú también lo sabes. No has puesto a nadie en mi lugar, y creo que eso es suficiente para darme alguna esperanza.

Priscilla:

¿Tienes idea de lo difícil que es pensar en salir con alguien cuando estás embarazada y luego con una bebé pequeña? Los hombres no están interesados en una mujer en esa situación. Además, yo estaba demasiado frágil como para involucrarme con alguien y ver qué pasaba. Lis era mi única prioridad.

Ian:

Solo quiero ser el padre que Lis se merece.

Priscilla:

Nunca dije que no pudieras serlo.

Ian:

Y también el esposo que ya debí ser hace un año.

Priscilla:

¿Hasta que recibas otra foto?

Ian:

Prometo no volver a cometer el mismo error.

Priscilla:

¿Al menos sabes quién te envió esa foto?

Ian:

No.

Priscilla:

Solo lo creíste sin pensar en nada más.

Ian:

El error que cometí fue terrible, pero solo necesito que me perdones.

Priscilla:

No te engañé, Ian, y sin embargo me abandonaste.

Ian:

Lamentaré el año que perdimos el resto de mi vida. Debería haber estado a tu lado durante todo el embarazo y el parto de Lis. Me perdí todo eso por mi culpa y no importa lo que diga o haga, ese tiempo nunca volverá.

Dime ¿cuántos momentos más tengo que perder a tu lado para que me perdones?

Su frase me destrozó, me tocó de una forma para la que no estaba preparada.

Me quedé mirando el móvil, incapaz de encontrar algún argumento para defenderme.

¿Era realmente necesario alimentar toda esa rabia si en el fondo sabía que seguía queriéndolo con la misma intensidad que el día de nuestra boda?

Priscilla:

No sabes cuánto me dolió.

Ian:

Lo imagino, porque duele mucho ahora.

Sé que no puedo cambiar lo que hice, pero puedo cambiar lo que aún puedo hacer.

Priscilla:

No tengo fuerzas para pasar por eso de nuevo, Ian.

Ian:

Te juro que nunca volveré a dejarte.

Priscilla:

Quisiera poder creer en eso.

Ian:

Sabes que puedes.

Priscilla:

¿De verdad?

Ian:

Deja que te lo demuestre.

La tentación de aceptar su propuesta era fuerte, aunque mi sentido de autopreservación me gritaba que no cayera en su juego.

Pero cuando mi corazón tomó el control de mis dedos, supe que podría arrepentirme mucho de lo que estaba haciendo, pero ya era tarde.

Priscilla:

Ya sabes dónde vivo.

Ian:

Estaré allí lo antes posible.

Solté el móvil y volví a desplomarme.

Quería que fuera más fácil sacarlo de mi vida, con toda su insistencia, pero mi corazón ya no podía seguir luchando, aunque no quisiera volver a ser una tonta.



Ian
GRAY

Capítulo treinta

Estaba sin aliento cuando golpeé la puerta de su departamento. Ni me molesté en esperar el ascensor, subí los seis pisos por las escaleras, saltando los escalones de dos en dos hasta llegar al pasillo que compartía con otros departamentos.

Pareció una eternidad hasta que finalmente abrió la puerta y sus ojos claros se cruzaron con los míos.

—Ian... —Mi nombre salió susurrado a través de sus labios.

Tenía el cabello castaño húmedo, envuelta en una toalla, parecía recién salida de la ducha, y no lo pensé mucho; acepté su apariencia como una invitación. Extrañaba tanto estar con ella que avancé como un nómada hambriento, y ella era el oasis en medio del desierto abrasador.

Le rodeé el cuello con una mano, subiendo los dedos hasta su cabello y agarrándolo con firmeza mientras acercaba su cabeza a la mía. Mi lengua se deslizó entre sus labios suaves y ella tembló en mis brazos.

Todo ese escalofrío en el estómago por estar cerca de ella se convirtió en un calor familiar cuando mi otra mano arrancó su toalla.

Mordí su labio inferior y tiré de su cabeza hacia atrás, bajando mi boca por la suave piel de su cuello, respirando el delicado aroma de su crema de flores. Estaba hambriento por ella, completamente desesperado.

Parecía aún más hermosa después de todo ese año.

Cuánto había extrañado sentir su piel contra la mía, su boca y las curvas de su cuerpo. Sus pechos parecían más grandes, seguramente por la lactancia.

Probando su cuello y explorando su cuerpo con mis manos, la empujé hacia la sala y crucé el departamento hasta ponerla sobre la mesa del comedor, acomodándome entre sus muslos mientras sus manos recorrían mi pecho.

Tiré mi saco al suelo mientras la miraba, y Priscilla empezó a desabotonar mi camisa. Sus labios estaban hinchados y morados de tanto que los había besado y mordido, pero tenía pensado hacer mucho más.



Priscilla
MENEZES

Capítulo treinta y uno

Mi lucidez se había evaporado incluso antes de que se colocara entre mis muslos. Podría culpar solo a la necesidad humana de tener sexo después de tanto tiempo sin hacerlo, pero era mucho más que eso.

Empujé la camisa de Ian por sus anchos hombros, y él terminó de quitársela, tirándola al suelo. Su cuerpo seguía siendo exactamente el mismo manjar que recordaba. Supuse que continuaba haciendo natación y otros deportes.

Dejé de pensar cuando volvió a besarme, sujetando ambos lados de mi rostro con sus manos y enredando su lengua con la mía. La urgencia salvaje de nuestro contacto iba adquiriendo un tono cada vez más intenso de necesidad. La forma en que frotaba su cuerpo contra el mío, dejándome sentir el bulto en su pantalón, me dejaba claro que no era la única desesperada por que nos volviéramos uno solo.

Deslicé una mano por su abdomen tonificado hasta encontrar la hebilla de su cinturón, desabrochándola lo más rápido que pude. Él me ayudó, quitándose los pantalones y los boxers, y frotando su pene erecto contra mi vulva, cada vez más palpitante.

—¿Dónde está Lis? —Por un momento se preocupó por nuestra hija.

—Durmiendo en su habitación.

—¡Genial! —Me agarró de la cintura con ambas manos.

Me miró profundamente con sus ojos marrones mientras movía su cintura hacia delante y me metía su enorme verga.

Dejé escapar un gemido más fuerte con una mezcla de placer y ligero dolor. Era de esperar cierta incomodidad después de tanto tiempo transcurrido, pero pronto el éxtasis se hizo tan grande que no sentí nada más que eso.

Ian volvió a besarme la boca con desesperada necesidad, su varonil pecho rozaba mis sensibles tetas mientras entraba y salía de mí, haciéndome poner los ojos en blanco.

No quería gemir demasiado, ni mucho menos alertar a mi hija de nada de lo que pudiera estar ocurriendo, pero tanto mi cuerpo como el suyo estaban desesperados, en una ciega

necesidad de encontrar placer.

Deslizó sus manos por mis muslos y me tomó sobre su regazo, levantándose y llevándose hasta una de las paredes, apretando mi cuerpo mientras su verga se deslizaba deliciosamente dentro de mí.

Clavé las uñas en sus hombros, frotándome por la pared en un delicioso movimiento de vaivén.

—¡Cómo extrañaba esto...! —Dejó escapar un gemido.

—Sí...

Me agarré a su pelo mientras me acercaba cada vez más al clímax y él aumentaba la velocidad de sus movimientos, apretándome contra la pared hasta que sentí cómo eyaculaba dentro de mí. No tardó en estallar toda la tensión que crecía en mi bajo vientre en una deliciosa cascada de placer.

Jadeando, caí hacia delante, apoyando mi cabeza en la suya e Ian buscó mis labios, besándome más suavemente esta vez, también recuperándose del orgasmo.

Unos instantes después me bajó y yo tambaleé unos pasos, equilibrándome en la pared porque las piernas me flaqueaban por completo.

—Te amo... —dijo mientras me acariciaba la mejilla.

—No sé si las cosas volverán a ser como antes —dije, aún atenazada por el miedo.

—Haré todo lo que pueda para recuperarte.

Quería creer que sería así de sencillo.

Ian me besaba cada vez más, alternando entre simples besos y movimientos más intensos con la lengua.

En cuanto recuperé el control de mis piernas, fui al baño a asearme.

Pronto Lis empezó a llorar y pensé que podría tener hambre. Por suerte o no, acabó por no interrumpir mi momento de placer con su padre. Tener sexo con él solo servía para recordarme lo perfectos que éramos juntos y ese podía ser un camino muy peligroso.

Me puse un top de lactancia y entré en su habitación, la tomé en mi regazo y me acosté en el sillón, dejando que mamara de mi pecho. Le acaricié la carita y le besé la mejilla.

—Mi princesa...

—Es tan hermosa como tú.

Me giré en la dirección de la voz y encontré a Ian de pie en la puerta del dormitorio.

—Ella es más hermosa.

Se limitó a sonreír en señal de acuerdo.

Nos quedamos mirándonos unos instantes hasta que Ian cambió de tema.

—No hay más de mis pantalones cortos en tu armario.

—Los tiré todo.

—Bueno... Me lo merecía.

—Apuesto a que tampoco hay nada más mío en tu habitación.

—Lo guardé todo en una caja en el garaje, esperando el día en que tuviera el valor de devolvértelo.

—Pero no lo hiciste.

Negó con la cabeza.

—Estaba herido.

—Porque elegiste creer una mentira.

—Créeme, nunca me lo perdonaré.

—¿Y esperas que te perdone?

—Sabes que estamos mucho mejor juntos.

—Ya no estoy tan segura de eso.

—Recuperaré tu confianza, te lo prometo.

Seguía asustada, tenía miedo, pero no podía negarme.

Ian se acercó y se quedó en silencio, observando a nuestra hija mientras mamaba. Me acarició el hombro y apoyó la cabeza en la mía.

Por un instante pude olvidar ese año de ausencia y soledad y centrarme en lo feliz que me hizo ese momento.



Ian
GRAY

Capítulo treinta y dos

Me desperté temprano y me escabullí de la cama sin despertarla. Fui a la cocina y abrí el refrigerador, listo para preparar el desayuno. Los huevos, la harina y hasta la mermelada seguían exactamente en el mismo lugar. Sabía dónde estaba cada cosa, como si no hubiera pasado tanto tiempo desde la última vez que usé esos gabinetes.

Siempre fui un chico bastante mimado, rodeado de empleados, así que nunca tuve que preocuparme por hacer mi propia comida. Pero Priscila siempre llevó una vida más sencilla, y terminó enseñándome una que otra cosa, como hacer panqueques y dejar el tocino bien crujiente.

—¿Qué estás haciendo?

Me di la vuelta y la vi de pie en la puerta de la cocina.

—¡Vuelve a la cama!

—Ya era hora de cambiarle el pañal a Lis, y pronto va a llorar para que le dé de comer.

—Quería llevarte el desayuno a la cama.

—¿De verdad?

—Como en los viejos tiempos. —Le sonreí.

—Espero que no arruines los panqueques.

—¿Vas a volver a la cama a esperarme?

—No. Voy a amamantar a Lis, pero puedes poner la mesa.

—De acuerdo.

Desapareció de mi vista y volví a concentrarme en los panqueques, tratando de recordar cómo se hacían.

Esa mañana me sentía muy bien, como hacía mucho tiempo que no me sentía.

Había perdido muchas mañanas así con Priscilla y no volvería a cometer el mismo error.

Preparé los panqueques, calenté un poco de leche y exprimí jugo de naranja en uno de los aparatos que estaba en un gabinete. Puse todo en la mesa del comedor antes de ir al cuarto, donde

estaba ella con nuestra hija en brazos.

—Parece hambrienta.

—Lis siempre tiene hambre. —Soltó una pequeña risa.

—¿A quién crees que salió?

—Un poco de ambos.

—Sí.

Me acerqué y acaricié la cabecita de mi hija. Siguió mamando unos minutos más hasta que soltó el pecho de su madre y giró la cabeza para mirarme. Verla me llenó de sentimientos completamente nuevos que me proporcionaron una felicidad indescriptible.

—¿La puedes cargar? —Priscilla me tendió a la bebé.

—Sí.

Sostuve a mi hija en brazos, pero Priscila la acomodó sobre mi hombro y le puso una toallita para que eructara.

—Voy al baño —dijo.

—El desayuno ya está listo.

—Estupendo.

Se fue al pasillo, y me quedé solo con mi hija, paseando por el cuarto mientras esperaba que eructara.

—Papá lamenta no haber estado contigo antes. —Acaricié su cabecita, apoyando la mía en la suya.

Cada vez que pensaba en que no estuve ahí desde el principio, me sentía peor.

Qué idiota había sido...

En cuanto eructó, la puse en el cochecito y la llevé al comedor, colocándola junto a la mesa, y Priscilla salió del baño unos instantes después.

—Vamos a ver qué tal quedaron esos panqueques —dijo mientras jalaba una silla y se acomodaba en la mesa.

—Si quieres, puedo pedir algo de una pastelería.

—¿Y dejarme esperando? Ni loca. No tienes idea de cuánto hambre me da después de amamantar. —Tomó una tira de tocino y la masticó mientras untaba mermelada de frutos rojos en su panqueque.

Esperé a que diera el primer mordisco.

—No está tan mal —hizo una mueca—. Pero tampoco está bueno.

—Menos mal que no cocino para vivir.

—Voy a recordártelo. —Hice una mueca y ella soltó una carcajada.

Serví algunos panqueques en mi plato y noté que estaban completamente insípidos. Por suerte, la mermelada ayudaba a disimular la falta de sabor. Pensé que sería fácil volver a cocinar para ella, pero parece que no todo es como andar en bicicleta.

—¿Qué quieres para el almuerzo?

—¿Almuerzo? ¿Te vas a quedar?

—Por favor, no me echas.

Ella hizo una mueca y yo me reí.

—Pienso quedarme aquí el resto del día.

Priscilla me miró fijamente, pero acabó asintiendo.

—¡Perfecto! —Comí un poco más de mi panqueque desabrido, esperando que al menos fuera nutritivo.

Priscila también terminó de comer antes de que cambiara de tema.

—¿Les hace falta algo? —Fue la mejor manera que encontré de abordar la conversación. Sabía que había estado ausente mucho tiempo, y Lis pudo haber pasado por momentos difíciles que con mi ayuda y recursos no habría tenido.

—Estamos bien.

—No estás trabajando...

—Hice muchas horas extras y llegué a un acuerdo con mi jefe. Me quedaré en casa otros quince días, y después mi mamá cuidará de Lis por mí.

—No tienes que volver a trabajar si no quieres —dije demasiado rápido, y ella me miró

con seriedad.

—¿Y arriesgarme a que me abandones de nuevo?

—No voy a hacer eso, Priscilla.

—Aún no estoy segura.

—Recuerdo que habíamos hablado de que te quedaras en casa por al menos un año cuando tuviéramos hijos. Puedo encargarme de ustedes.

—¿Como lo hiciste antes?

Sentí como si me hubieran dado un golpe en el estómago, podría haberme ahorrado ese comentario, pero sabía que lo merecía.

—Ahora estoy aquí. —Extendí la mano para tocar la suya sobre la mesa, y me alegró que Priscila no la apartara.

—Voy a seguir con mi plan y volveré al trabajo.

—Está bien, como prefieras.

—Con respecto a lo otro, Lis necesita algunas cosas que no he podido comprar.

—Pásame una lista y yo me encargo.

—Gracias.

Me incliné sobre la mesa y le acaricié la mejilla.

—Ahora estoy aquí.

—Solo espero que no me dejes otra vez en la próxima foto.

—Te prometo que no. —Recorrí sus labios con la yema de mi pulgar—. Te amo, Priscila.

Ella no respondió de la misma manera como lo hacía antes, pero sabía que tenía razones para ello y que necesitaría tiempo hasta que volviera a confiar plenamente en mí.



Priscilla
MENEZES

Capítulo treinta y tres

Él me ayudó a lavar la ropa de Lis, preparó el almuerzo y pasó el día con nosotros hasta el momento en que le di un baño a nuestra hija y la puse a dormir.

Si Ian no me hubiera dicho que no en el altar, imaginaba que mi vida sería exactamente así, agradable, plena y feliz. Si no hubiera sido por todo el dolor y el miedo que aún sentía, habría sido muy fácil dejarme llevar por el momento y la posibilidad de vivir por fin lo que había soñado.

Escucharle decir que me amaba calentaba mi corazón, pero me guardaba las palabras en la punta de la lengua, sin atreverme a decirle ni siquiera un "yo también". Creía que si me mantenía firme, podría manejar mejor la situación si él decidía dejarme otra vez, aunque en el fondo sabía que no sería así.

Permitirle volver a mi vida era exponerme lo suficiente como para que me destruyera el corazón por segunda vez. Amaba demasiado a ese hombre, aunque no fuera racional.

Salí del cuarto de Lis y sentí sus manos rodeando mi cintura, empujándome contra la pared del pasillo.

—¡Ian!

—¿Cuánto tardará en despertarse? —Acercó su boca a mi cuello, erizándome los pelos del cuerpo.

—Unas horas, tal vez incluso hasta mañana...

—Perfecto.

—¿No deberías irte a casa? —Le agarré de los hombros antes de que se inclinara y me mordisqueara el cuello.

—¿De verdad quieres que me vaya?

—¿Y si dijera que sí?

—¿Puedo considerar que estás mintiendo? —Me agarró de la cintura con fuerza y contuve la respiración.

—Tienes que trabajar mañana.

—Mañana será otro día.

Solté sus hombros y él se inclinó más, frotando sus labios contra los míos. Terminé abriendo la boca, soltando un suspiro justo antes de que su lengua encontrara la mía.

Ojalá no deseara tanto a ese hombre, que su beso no fuera tan bueno o que sus manos recorriendo mis curvas no me pusieran tan caliente.

—Necesito una ducha. —Traté de esquivarlo.

—Eso es una invitación...

—No exactamente...

—Entonces supongo que la ducha puede esperar hasta más tarde. —Su mano subió por mi nuca y me agarró del pelo, sujetándome con fuerza antes de rendirse en un beso más intenso.

Quizá si quisiera podría escapar, pero la verdad era muy distinta.

Rodeé su cuello con mis brazos y correspondí el beso, volviéndolo más intenso mientras mi cabeza se movía, buscando el encaje perfecto para nuestras bocas. La necesidad que sentía por ese hombre parecía incontrolable, como si nunca se hubiera apagado.

Me sentía una tonta, al mismo tiempo que era invadida por la necesidad de que esta vez funcionara.

Sus firmes manos recorrieron el costado de mi cuerpo, rodearon mi cintura hasta agarrarme el culo. Solté un gemido ahogado por el beso y mordí su labio inferior, mientras él subía mi camisón para tocar mis nalgas directamente. Por impulso, moví mi cuerpo en sus manos, pidiendo más mientras el calor dentro de mí se volvía aún más intenso.

La boca de Ian se separó de la mía y sus labios me chuparon el cuello, haciéndome echar la cabeza hacia atrás y golpearla contra la pared del pasillo. Mientras dejaba chupetones y mordiscos en una parte tan sensible de mí, sus dedos bajaron hasta mis bragas, explorando la tela hasta apartar el elástico.

—¡Ah! —Un gemido más fuerte llenó el pasillo mientras me penetraba con sus dedos, moviéndolos dentro de mí y excitándome aún más.

Rodé sobre su mano, suplicando más mientras cerraba los ojos con fuerza, agotada por la

oleada de sensaciones cada vez más intensas.

Sin quitar los dedos de mí, Ian tiró de las tiras de mi camisón, dejando mis pechos al descubierto. Lamió el valle entre ellos y me hice más presente contra la pared, siendo tomada por aún más deseo.

Podría decir que toda esa necesidad desenfrenada era solo porque llevaba mucho tiempo sin sexo, pero estaba segura de que esa no era la única razón. Ambos siempre habíamos sido muy compatibles y parecía que seguíamos siendo así.

Sus dedos salieron de mí y solté un gruñido antes de que él agarrara mis nalgas y me llevara a la cama, dejándome en el centro del colchón.

Lo miré fijamente a los ojos y él me devolvió la mirada, con una sonrisa traviesa en los labios, antes de agarrarme las piernas y colocármelas sobre sus hombros. Ian me bajó la tanga y me la quitó de los pies antes de inclinarse y acomodar la cabeza entre mis muslos.

Sentí su aliento rozando mi vulva y me giré, poniendo los ojos en blanco y agarrando la sábana, retorciéndola entre los dedos. Su aliento era caliente y al mismo tiempo me producía escalofríos.

—¡Ian! —Dejé escapar su nombre y me pasó la lengua, abriéndose paso entre mis labios mayores hasta encontrar mi clítoris.

Apreté la sábana con más fuerza y usé la otra mano para agarrar su cabello oscuro y suave, tirando de él más hacia el centro de mis piernas. Sus dedos firmes presionaron mi culo y contuvieron el movimiento de mi cintura mientras su boca me provocaba, exploraba y me volvía loca.

Era difícil contener los sonidos de placer mientras me dejaba llevar por una deliciosa ola, creciendo más y más mientras él me chupaba y lamía hasta que todo estalló en un delicioso éxtasis. Sentí su lengua un poco más antes de que se apartara y me besara el montículo.

Ian estaba sin camisa y había pasado el día solo con un pantalón, pero se lo quitó antes de inclinarse sobre mí y cubrir mi cuerpo con el suyo.

Le toqué la cara, sujetándole ambos lados de la mejilla, y tiré de él hacia mí, besándole de nuevo mientras se acomodaba encima de mí. Rodeé su cintura con las piernas y su suave piel se frotó contra la mía.

Ian apoyó una mano en el colchón y la otra fue a mi pecho, presionándolo, antes de bajar de nuevo a mi nalga.

—Cuánto extrañaba sentirte desnuda —murmuró mientras mordía mi labio y volvía a besarme, mientras su miembro rozaba mi entrada, haciendo que mi deseo por él volviera a crecer.

—Ian... —Pasé mis uñas por su espalda, rogándole.

Su mano abandonó mi culo y agarró con fuerza mi muslo mientras su verga entraba en mí. Esta vez fue como si no hubiéramos dejado de coger, sentí ese encaje perfecto y una sintonía que me hizo trascender.

Cuando nuestras lenguas se cruzaron, él aceleró el ritmo, moviéndose cada vez más fuerte y rápido contra mis caderas, haciéndome vibrar con cada delicioso impacto. Mi excitación me llevó a contraer mi cuerpo en torno al suyo, apretándolo cada vez más y aumentando el placer para ambos.

Estaba a punto de alcanzar el clímax de nuevo cuando Ian me sacó y me hizo girar, poniéndome a cuatro patas sobre la cama. Clavé las uñas en la almohada mientras él se deslizaba dentro de mí por detrás, juntando de nuevo nuestros cuerpos. Pronto volvió a acelerar el ritmo y pude oír el golpe de su pelvis contra mis nalgas.

—¡Ay! —dejé escapar un gritito cuando él me dio una nalgada antes de hundir los dedos en mi culo.

Ian soltó una risa provocativa al tirar de mi cabello con la otra mano y hacer que me erguiera, mordiendo mi cuello. Si ya estaba disfrutando, esto aumentó aún más cuando el sexo se volvió más intenso. Mis pechos saltaban con cada movimiento rítmico de Ian entrando y saliendo de mí.

Ya casi había llegado y solo me moví sobre él, disfrutando del clímax mientras cada célula de mi cuerpo estallaba en un orgasmo delicioso que dejaba mi piel hormigueante y me robaba el aliento.

Me soltó el pelo y caí hacia delante, apoyando las manos en la almohada mientras Ian me agarraba por ambos lados de la cintura y se movía más deprisa en una intensa búsqueda de su propio placer.

Sentía mi cuerpo entero vibrar, intensificando mi propio placer con cada golpe del suyo hasta que Ian se quedó inmóvil, apretando mi cintura con más fuerza, y lo sentí llenándome con su líquido.

Permanecimos en esa posición unos minutos más hasta que él se puso de lado, jadeando, y yo me incliné, tomando pañuelos de una caja que había en la mesita de noche antes de que el semen me manchara la sábana.

—Creo que ya puedo bañarme.

—Me encantaría acompañarte.

—¿No tienes otro sitio donde ir?

—La verdad que no.

Me levanté, tirando el papel en el cesto de basura y entrando en la ducha. Ian vino detrás de mí y antes de que pudiera decir algo, su boca ya estaba pegada a la mía.

No podía negar que lo había extrañado.



Ian
GRAY

Capítulo treinta y cuatro

—¿Pasó algo inesperado, señor? —preguntó mi secretaria cuando me vio aparecer por el pasillo, caminando hacia mi despacho.

—¿Inesperado? —Fruncí el ceño.

—No suele llegar tarde.

—¡Ah!

Miré la hora en mi reloj de pulsera. Llevaba algo más de media hora de retraso.

—¿Me he perdido alguna cita?

—No, señor.

—Estupendo.

—¿Había mucho tráfico?

—No. Simplemente no dormí en casa.

—¡Ah!

—Voy a revisar mis correos electrónicos. —Pasé junto a ella y entré en mi despacho.

No tenía ganas de dar explicaciones, a pesar de que mi fin de semana había sido maravilloso, pasándolo con Priscilla y mi hija. Tal vez me habría atrasado un poco más si ella no me hubiera echado de la cama por la mañana, y eso no me importaba.

Finalmente, todo parecía estar tomando su rumbo y me sentía increíble por ello. A pesar de que había perdido un año con ellas, quería concentrarme en el futuro, en lo que podríamos vivir y en el tiempo que aún tendríamos juntos.

Abrí el cajón, guardé mi celular y mi billetera, y encendí la computadora.

Después de haber solucionado el problema con la posibilidad de un juicio, imaginaba que ese día sería tranquilo, analizando informes, demandas de los departamentos y respondiendo correos. Hasta donde sabía, no había ninguna reunión importante o encuentro con inversionistas.

A medida que avanzaba el día, me sorprendí pensando en cómo habría sido si nos

hubiéramos casado. Regresaría a casa todos los días y me encontraría con ellas, aunque sabía que luego saldría corriendo hacia el apartamento de Priscilla, aun así era diferente.

Habíamos elegido una hermosa casa frente a la playa, con un espacio para niños y un hermoso jardín. Más pequeña que la mansión de mis padres, pero aún así, una hermosa propiedad para construir una familia. Sin embargo, después de renunciar al matrimonio, devolví todo y deshice el trato. Sabía que no podría vivir allí solo, pensando en cómo sería si nos hubiéramos casado.

Ahora me sentía como un idiota por haberlo estropeado todo.

Levanté la vista cuando escuché un golpe en la puerta de mi oficina. Dado que mi secretaria no me había avisado, supuse que solo podía ser mi padre o mi hermano.

—Pasa.

—Te has desaparecido. —Ivan sacó las manos de los bolsillos de su abrigo al mirarme.

—Estaba con Priscilla. —Una amplia sonrisa se formó en mis labios.

—Parece que has pasado un buen fin de semana.

—No tienes ni idea.

—Solo asegúrate de que no hagan otra niña.

—¿Quién dice que no quiero otro bebé?

—Apenas has descubierto que tienes esta, amigo.

—Siempre he querido ser padre. Ya lo sabes.

—Sí, lo sé. Y luego hay gente que se atreve a decir que somos iguales.

—Definitivamente, no somos iguales. —Me encogí de hombros.

—Solo espero que no vuelvas a decepcionarte.

—No fue una decepción, Iván. Actué con cabeza caliente y lo arruiné todo. Eso casi me cuesta la mujer de mi vida y a mi hija.

—¿Sabes quién hizo esta foto falsa?

Negué con la cabeza.

—¿Lo dejarás pasar?

—No... Todavía quiero averiguar quién me jodió la vida, pero mi principal preocupación era recuperar a Priscilla.

—Lo has conseguido.

—Creo que sí.

—¿Crees? —Entrecerró los ojos, sorprendido por mi respuesta.

—Ella sigue desconfiando de mí.

—No es para menos.

—Sé que lo que hice no fue correcto. Yo...

—Basta, hermano. —Mi hermano levantó la mano en señal de alto—. Estoy cansado de que digas que metiste la pata. Lo entendí. Recuperaste a tu chica, eso era lo que tenías que hacer.

—No puedo dejar de pensar que perdí un año...

—Hagas lo que hagas, no hay vuelta atrás.

Negué con la cabeza.

Escuché un bip y Ivan volvió a meter la mano en su abrigo, sacando su localizador digital.

—Me necesitan, es urgente.

—¡Adelante!

—Hablaré contigo más tarde. Eso si vuelves a casa.

—Me verás por ahí.

—Me voy. Hasta luego. —Iván me saludó y salió de mi despacho.

Abrí el cajón y saqué el móvil, mirando la maldita foto que me había hecho perder la cabeza y arruinado mi futuro.

Una farsa...

Una broma de muy mal gusto, por no decir otra cosa.

Ivan tenía razón, necesitaba averiguar quién había hecho eso. Aunque no cambiaría el hecho de que había actuado de manera impulsiva, aún me daría a alguien a quien culpar.

El mensaje podía proceder de un número desconocido, pero tenía que haber alguien que pudiera rastrearlo.

Dejé el móvil sobre la mesa y tomé el teléfono para llamar a mi secretaria.

—¿Señor Gray? —respondió rápidamente.

—Necesito que me hagas un favor.

—Lo que desee.

—Encuentra un especialista en rastreo de mensajes.

—¿Especialista? —Estaba confusa.

—Necesito identificar un número desconocido que me envió una foto.

—¿Y es posible hacerlo? —Sonaba sorprendida al otro lado de la línea, como si nunca se le hubiera pasado por la cabeza.

—No lo sé, pero apuesto a que hay alguien que sí.

—Veré lo que puedo hacer.

—Espero que lo consigas.

—Por supuesto, señor.

—Estupendo. —Desconecté la llamada antes de esperar algún mensaje suyo.

Quería averiguar cuanto antes quién era el responsable de haber arruinado mi matrimonio.



Priscilla
MENEZES

Capítulo treinta y cinco

Coloqué a Lis en su cuna después de amamantarla. Mi hija estaba con los ojitos abiertos, bien despierta y con la atención completamente en mí.

—Mi princesa. —Le sonreí y tuve la sensación de que ella me devolvía la sonrisa.

No había nada más importante en mi vida que esa pequeñita. Tenía la certeza de que solo había superado ese año gracias a ella. Después de enterarme de que estaba embarazada, poco después del trágico abandono en mi boda, saber que ella venía en camino me dio fuerzas para sobrellevarlo todo.

Puede que Ian nunca volviera a mi vida, pero me mantendría firme por ella.

—¿Vas a dormir, niña?

Me miró fijamente y murmuró sonidos que no pude entender.

—Al parecer no. —Sonreí al volver a tomarla en mis brazos y la coloqué en el cochecito.

La empujé hasta la cocina y la dejé en la entrada, lo suficientemente lejos de la estufa como para poder preparar mi almuerzo sin miedo a que se lastimara.

Mi celular comenzó a vibrar en el bolsillo y lo saqué para ver quién era, con la remota posibilidad de que fuera Ian. Aunque en el fondo aún tenía miedo de dejarme llevar por mis sentimientos, no podía negar que estaba feliz de tenerlo de regreso en mi vida.

Sin embargo, la expectativa fue en vano, el mensaje no era de Ian, probablemente estaba ocupado con asuntos en el hospital.

Sonia:

¡Hola! ¿Cómo están tú y mi princesa?

Priscilla:

Bien.

Sonia:

Desapareciste completamente ayer.

Priscilla:

Ian estuvo aquí.

Sonia:

¿Ian? ¿Vino a quedarse con Lis? ¿Un día de padre e hija?

Priscilla:

Sí y no...

Sonia:

¿Qué quieres decir? No me vas a decir que has vuelto.

Priscilla:

No sé, bueno, más o menos.

Sonia:

¡No me lo puedo creer!

¿Has olvidado lo que te hizo?

Priscilla:

No, pero es complicado.

Sonia:

¿Quieres que te pegue?

Priscilla:

¡Eh!

Sonia:

Sufriste mucho cuando él rompió tu matrimonio de esa manera.

Priscilla:

¿Crees que no me acuerdo?

Sonia:

No lo parece.

Priscilla:

Él solo sabe ser muy insistente y sí, aún lo amo con todo mi corazón. No es algo que pueda evitar.

Sonia:

Solo espero que no te lastime de nuevo.

Priscilla:

Yo también.

Sonia:

Apuesto a que tuvieron sexo todo el día.

Priscilla:

Solo cuando Lis dormía.

Sonia:

Ella hace eso todo el tiempo.

Priscilla:

Ian también pasó buen tiempo con ella, quería disfrutar con su hija.

Sonia:

Así hasta parece un buen tipo.

Priscilla:

Ian sigue siendo el mismo hombre del que me enamoré.

Sonia:

Sinceramente, espero que lo sea.

Priscilla:

Yo también.

Sonia:

Tengo que volver al trabajo, mándale besos a mi guapa de mi parte.

Priscilla:

Serán dados.

Sonia:

Gracias.

Después de todo lo que había pasado, de todas las lágrimas que había llorado por culpa de ese hombre, dejarlo volver a mi vida podía ser muy arriesgado.

Ian me había dejado plantada en el altar; aunque había recibido una foto, debió haberme creído en vez de abandonarme así. La cuestión era que el pasado no podía cambiarse y yo lo había aceptado nuevamente en mi vida.

Estaba atrapada en una delgada línea entre la felicidad y el miedo, pero deseaba con todas mis fuerzas no decepcionarme esta vez.

Salí de mi ensueño cuando mi estómago comenzó a sonar. Tomé un poco de carne deshebrada y ensalada para mi almuerzo y bebí un vaso de jugo verde que mezclaba varios ingredientes, pero lo que más se sentía era el sabor de la naranja.

Justo después de colocar los platos en el lavavajillas, Lis empezó a llorar y la saqué del cochecito para amamantarla de nuevo. Afortunadamente, mis pechos ya no estaban adormecidos, porque mi gordita parecía cada vez más hambrienta. Aún quería esperar un poco más antes de comenzar a darle biberón o algún otro tipo de alimento.

Me senté con ella en brazos en el sillón de su cuarto y acaricié su rostro mientras ella chupaba mi pezón.

Recordé la conversación con Ian del día anterior, los planes que habíamos hecho, sobre todo acerca de tener hijos. La casa en la que íbamos a vivir tenía fácil acceso a la playa, un jardín enorme e incluso un parque infantil.

Un sueño que había quedado atrás, porque apenas podía permitirme ese departamento.

La razón por la que me involucré con Ian nunca fue por su dinero, sino por la forma en que me había cuidado después del accidente, sin separarse nunca de mí. Creí ciegamente que ese hombre nunca me abandonaría.

Pero me abandonó...

Esta vez no estaba sola, teníamos a Lis. Por más que considerara importante su presencia en la vida de nuestra hija, ella era demasiado pequeña para lidiar con el abandono.

Esto no volverá a ocurrir, te lo prometo —la voz de Ian resonó en mi cabeza y lo único que quería era creerlo con todo mi corazón.

Todavía tenía esa foto...

Pensaba que no había nadie en el mundo que quisiera lo contrario a nuestra felicidad. Aunque su familia era muy diferente a la mía, especialmente en cuanto a recursos y educación, ya que ellos eran tradicionalmente médicos y mis padres se habían esforzado al máximo para pagar mi universidad vendiendo comida en la playa. Desde el primer momento fui bien recibida, aceptaban las elecciones de Ian y lo respetaban. Incluso su hermano gemelo, que siempre parecía su completo opuesto.

No imaginaba que fueran capaces de hacer algo así, pero tampoco me quedaban muchas opciones.

¿Quién sería tan cruel?



Ian
GRAY

Capítulo treinta y seis

Después del día en el hospital, lidiando con la burocracia habitual, solo podía pensar en volver con Priscilla.

Si estuviéramos casados, esa rutina sería mucho más natural, pero mi hermano tenía razón. No podía cambiar el pasado.

Tomé mis pertenencias del cajón y salí de la oficina tras apagar el aire acondicionado.

—¿Ya se va, señor Gray?

—Sí. ¿Logró conseguir al especialista?

—Todavía no, pero estoy buscando a alguien.

—Intenta hacerlo lo antes posible.

—Sí, señor.

—Perfecto. Buenas noches.

—Igualmente.

Pasé junto a ella y me dirigí al estacionamiento. Saludé a algunos empleados del hospital mientras caminaba hacia el vehículo.

—¡Ian!

Contuve la respiración cuando oí una voz extrañamente familiar.

Intenté fingir que no había oído nada hasta que unas uñas afiladas me agarraron el hombro y me hicieron girarme, de cara a los ojos verdosos de Eva.

—¿Qué haces aquí?

—No me has contestado.

Sentí un poco de lástima por ella, ya que en los últimos días había hecho exactamente lo mismo, persiguiendo y suplicando para que mi ex regresara conmigo.

—Estaba ocupado.

—Sé que es lunes, pero ¿qué te parece si salimos? Abrieron un nuevo restaurante de

mariscos que tienes que probar.

—No puedo.

—Te prometo que seré una gran compañía.

—Volví con Priscilla.

—¿Qué?! —Eva abrió los ojos como platos—. Esa mujer no te merece, Ian.

—Definitivamente soy yo quien no la merece, pero no quiero discutirlo.

—Ian, por favor. —Intentó agarrarme de la muñeca, pero la esquivé.

—Eva, vete a casa. —Traté de actuar pacíficamente, aunque ella me molestaba un poco.

—Pero...

—Sabes que no vamos a volver, esta insistencia tuya es una pérdida de tiempo.

—Solo lo dices ahora.

—Sabes que no es así. Priscilla es la mujer que amo y tenemos una hija.

—¿Hija? —Eva se quedó boquiabierta.

Aproveché su momento de sorpresa para escapar. Entré en el coche y arranqué el motor, dejándola parada en la acera.

Esperaba no tener que arrastrarme tras Priscilla como Eva hizo conmigo. Todo lo que necesitaba era ganarme su amor y su perdón.



Priscilla
MENEZES

Capítulo treinta y siete

Justo había terminado de bañar a Lis y de ponerla en la cuna cuando mi celular comenzó a sonar.

—¿Ian?

—¿Qué quieres cenar?

—Estaba pensando en hacer pescado... —Me detuve en medio de la frase cuando me cayó la ficha—. Espera, ¿estás viniendo para acá?

—Sí.

—¿No deberías irte a tu casa?

—Mi casa es donde tú estés.

—No empieces con eso —lo interrumpí.

Todavía tenía reservas, y eso me hacía actuar a la defensiva.

Cuando estábamos saliendo y prometidos, era muy común que pasara días, o incluso semanas, en mi departamento sin preocuparse por dormir en casa de sus padres. Me gustaba eso, llegar juntos del trabajo y pasar la noche amándonos.

Era precisamente esa vida la que anhelaba cuando acepté la propuesta de matrimonio. Seríamos los dos juntos felices para siempre, o al menos eso creí antes de que todo se derrumbara.

—¿Pescado, entonces? —preguntó desde el otro lado.

—Sí.

—De acuerdo. Voy a un restaurante a comprar algo y vuelvo enseguida.

—Ian...

—¿Cómo está nuestra hija? —Cambió de tema para no oír mi no.

—Durmiendo.

—Estoy deseando verla.

Sus palabras me arrancaron una sonrisa.

—Te estamos esperando.

—Pronto estaré allí.

Desconectó la llamada y recordé la conversación que había tenido antes con Sonia. Por mucho que hubiera motivos para sospechar, lo único que quería era volver a donde lo habíamos dejado, como si Ian nunca me hubiera rechazado.

Aproveché para meter algo de ropa de Lis en la lavadora y no tardé en oír que llamaban a la puerta.

Tan pronto como giré la manija, Ian me rodeó la cintura y me besó, tomándome completamente por sorpresa.

—¡Eh, cálmate! —dije contra sus labios, presionando sus hombros hacia atrás.

—Te extrañé.

—Como si no me hubieras visto esta mañana.

—Tengo muchos días para recuperar.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. —Me miró fijamente, haciendo que mis mejillas se sonrojaran.

—¿Trajiste nuestra cena? —Cambié de tema.

—Sí. —Levantó dos bolsas de papel—. Traje jugo de limón. Sé que no puedes beber por la lactancia.

—Así es, no puedo.

—¿Tienes hambre?

—¡Tengo mucha hambre! Ve poniendo en la mesa que yo traigo los platos y cubiertos.

—De acuerdo.

Fui hacia los gabinetes mientras Ian sacaba los envases de las bolsas de papel. El olor del pescado era delicioso y llenó todo mi departamento.

Tomé los dos platos, los cubiertos y los vasos y los puse sobre la mesa.

Preparamos la cena y nos sentamos uno frente al otro para comer. Ian había comprado salmón con salsa de hierbas, mi favorito. Era como si aún recordara cada detalle de nuestra relación, y eso me hacía suspirar.

Amaba demasiado a ese hombre, no podía negar que el sentimiento era el mismo, aunque me hubiera enfrentado a todo ese sufrimiento cuando me dejó.

Con una mano, Ian tomó el tenedor y lo llevó a su boca, mientras con la otra cubrió mi mano, que estaba sobre la mesa, haciendo que volviera a mirarlo.

—Estoy feliz de estar aquí contigo de nuevo.

—Yo también... —Lo dejé escapar, aún sintiendo su tacto y sin pensar demasiado.

—No hubiera querido pasar este año lejos de ti.

—Pero lo hiciste. —Aparté la mano sin controlar mi tono áspero.

—Fui un completo idiota.

—Más que un idiota.

—Lo siento.

—Tus palabras por sí solas no cambiarán lo sucedido.

—Lo sé... —Soltó un profundo suspiro como si realmente estuviera sufriendo; sin embargo, mi amor por él no era la única cosa que no podía negar; también había todo ese sufrimiento, un embarazo y los primeros meses de vida de nuestra hija sola.

—No me creíste, Ian.

—Fue mi mayor error. —Intentó tocarme de nuevo, pero lo esquivé, inclinando el cuerpo hacia atrás para que no pudiera llegar a él.

—Tuviste unos cuantos errores.

—Tienes toda la razón. —Ian bajó la cabeza, mirando al suelo como si no pudiera seguir mirándome.

—¿Sabes quién envió esa foto?

Ian negó con la cabeza.

—Es como si no te importara.

—Priscilla, no es así.

—Creo que es exactamente así.

—Priscilla... —Antes de que pudiera continuar, Lis empezó a llorar, distrayéndome de la discusión.

Me levanté y me fui a la habitación de mi hija sin decirle nada.



Ian
GRAY

Capítulo treinta y ocho

Era obvio que regresar a la vida de Priscilla no sería nada fácil, pero tenía razón, mi error había sido gigantesco.

También dejé la cena y caminé por el pasillo hasta encontrarla sentada en una butaca, al fondo de la habitación de la bebé.

Priscilla tenía a nuestra hija en brazos y la pequeña mamaba tranquilamente, como si no tuviera ninguna preocupación. De hecho, era demasiado pequeña para entender lo que había sucedido entre su madre y yo, o cómo mi pésima decisión había afectado su vida y la de su mamá.

—Es tan hermosa... —Me aventuré más cerca.

La bebé soltó el pecho de su madre y giró la cabeza hacia mí, mirándome fijamente con sus ojos azules.

—Sí, eres muy guapa. Como tu madre. —Me arrodillé y me incliné para besarle la cabeza.

Entonces levanté los ojos y miré a Priscilla, que me devolvió la mirada.

—Las amo a las dos.

Ella no respondió. Después de todo lo que había pasado, sabía que no tenía derecho a exigir nada.

—Sé que lo que hice no tiene justificación, pero prometo que haré todo lo posible, y lo imposible, para merecer estar en sus vidas de nuevo.

—Ian...

—Shhh... —Alargué la mano para cubrir sus labios—. No quiero que digas que me perdonas, sino que te des cuenta de que merezco tu perdón.

—Eso es cuestión de tiempo.

—Después de todo lo que te hice, creo que no puedo permitirme tener prisa.

—Qué bueno...

Se echó a Lis al hombro, esperando a que eructara, y se alisó la blusa.

—¿Quieres que te ayude?

—No sabes...

—¿No es solo cargarla hacia arriba?

—Sí, pero... —Su voz aún estaba llena de miedo.

—Tendré cuidado.

—Ian...

—También es mi hija.

—Lo es... —Dudó unos segundos más, hasta que finalmente colocó a nuestra hija en mis brazos, acomodando mis manos con todo el cuidado posible.

Lo más curioso era que no recordaba haber cargado un bebé antes, ni siquiera en el hospital, ni a algún otro en la familia. Sin embargo, todo fue extrañamente natural, como si hubiera aprendido en ese momento.

Incliné mi cabeza y acerqué mi nariz a la suya, suspirando con ese aroma tan suave y único de bebé, que no se comparaba con ningún perfume del mundo.

Podría quedarme así, con la nariz pegada a la cabecita de Lis, por el resto de mi vida y no me cansaría jamás. No había nada mejor que esa sensación.

Lis hizo un pequeño ruidito y Priscilla la tomó de vuelta de mis brazos. Quise protestar, pero para ganarme el derecho de estar en sus vidas, tendría que ser muy comprensivo.

Priscilla la acomodó en su cuna antes de girarse hacia mí.

—He estado... —Antes de que pudiera terminar la frase, la agarré de la cintura y la acerqué a mí.

Su mano se posó en mi hombro, pero en lugar de apartarme, Priscilla acabó presionando con las uñas y cedió en el momento en que nuestras lenguas se acercaron.

Podría haber tenido una gran razón para estar enfadada conmigo, pero por la forma en que me besó, no podía ocultar el deseo que latía entre nosotros.

Con Lis dormida en la cuna, la arrastré hacia el pasillo y la presioné contra la pared.

Apreté ambos lados de su cintura, hundiendo mis dedos en el tejido de su ropa, mientras mi boca descendía por su cuello, aspirando su aroma y saboreando su piel con mordiscos, besos y chupetones.

—Nuestra cena... —Intentó usar la primera excusa que le vino a la cabeza.

—Podemos calentarla en el microondas más tarde. —Mordí su yugular y Priscilla se estremeció, dejando escapar un fuerte gemido.

Mis manos subieron por los costados de su cuerpo y comencé a levantar su camiseta hasta que ella levantó los brazos para que se la quitara.

En algún momento pensé en tomarme mi tiempo, en ser paciente mientras exploraba su cuerpo, pero el deseo fue más fuerte y pronto perdí el control.

Deslicé mis dedos por su espalda, desabrochándole el sostén y arrojándolo a un lado.

Tomé sus muñecas y las levanté por encima de su cabeza, sosteniéndolas contra la pared del pasillo. Priscilla dejó escapar un gemido aún más fuerte cuando mordí la curva de sus senos, que subían y bajaban frenéticamente con su respiración entrecortada. Mi lengua se deslizó por el valle entre ellos, bajando hasta su abdomen, y liberé sus muñecas.

—El embarazo me ha dejado unas es... —Comenzó, avergonzada, pero la interrumpí mordiéndole el vientre y arrancándole otro gemido.

—Sigues siendo preciosa. —Me arrodillé frente a ella y busqué sus ojos mientras bajaba el cierre de su pantalón, deslizándolo junto con su ropa interior por sus muslos. Las prendas cayeron al suelo y Priscilla solo movió las piernas para quitárselas.

La agarré por el culo y hundí mis dedos, haciéndola suspirar mientras se arqueaba contra la pared. Mi boca se llenó de saliva cuando me acomodé entre sus piernas y Priscilla enterró sus dedos en mi cabello.

—¡Ahhh! —Su gemido llenó el departamento mientras deslizaba mi lengua entre sus labios mayores y buscaba el camino hacia su clítoris—. Ian...

Mi boca se inundó con su sabor, haciéndome salivar aún más, mientras la excitación crecía a tal punto que sentía que mi verga iba a explotar dentro de mis pantalones. La chupaba con empeño, jugando con su mayor punto de placer con la punta de mi lengua. Sus dedos tiraban de mi cabello con más fuerza a medida que mis manos se hundían en sus suaves glúteos,

controlando un poco sus movimientos.

Mi excitación se hizo cada vez más intensa mientras hundía mi lengua en ella, sintiendo cómo su excitación se deshacía en mi boca. Siguió tirándome del pelo hasta que me di cuenta de que su cuerpo estaba tenso y se deshizo en una cascada de gemidos mezclados con jadeos.

Me levanté y tomé su nuca, deslizando mis dedos hasta enredarlos en su cabello y tiré con más fuerza, inclinando su cabeza hacia atrás y mordiéndole el cuello.

—Ah, Ian...



Priscilla
MENEZES

Capítulo treinta y nueve

¡Mierda!

Una nueva ola de escalofríos me recorrió el cuerpo cuando Ian mordió mi cuello y rozó sus dientes perfectos contra mi piel suave y sensible. Cada vez que me besaba, me tocaba y exploraba, era como si nada hubiera cambiado entre nosotros desde antes de separarnos.

En medio de aquella deliciosa bruma de éxtasis y lujuria, llegué a olvidarme de todo lo demás y me dejé llevar completamente solo por el deseo.

Quería más.

Lo quería a él.

Ian podría haberme hecho llegar al orgasmo solo con ese oral tan delicioso, llevándome al borde del placer con su lengua, pero no era suficiente. Desesperada, empecé a quitarle la camisa, la hubiera arrancado si el tejido hubiera sido más débil. Deslicé la prenda por su abdomen bien definido y sus anchos hombros hasta que cayó al suelo.

Nuestras miradas se encontraron, y él sonrió, dejándome aún más atrapada en ese momento mientras se bajaba los pantalones y la ropa interior de una sola vez.

Eché mis brazos alrededor de su cuello y lo atraje hacia mí, juntando nuestros labios mientras sus manos firmes se aferraban a mis caderas y muslos, levantándome. Enlacé mis piernas alrededor de su cintura, tirándolo más hacia mí.

Con una mano sosteniéndome, Ian usó la otra para posicionarse, y un gemido agudo escapó de mí cuando se deslizó completamente adentro, penetrándome por completo. Me seguía sorprendiendo lo perfectamente que encajábamos, como si fuéramos piezas exactas de un rompecabezas.

Clavé mis uñas en sus hombros desnudos mientras él se movía hacia atrás, haciendo vibrar todo mi cuerpo con una embestida firme y deliciosa. Ian mordió suavemente mi labio inferior, intensificando mis gemidos de placer mientras movía su cuerpo dentro de mí con más fuerza y urgencia.

—Te amo... —murmuró, apretándome contra la pared y presionando mis tetas contra su

pecho desnudo.

Era como antes, los dos haciendo el amor, entregándonos completamente mientras sus palabras de amor me envolvían.

No respondí, por mucho que quisiera. La pequeña pizca de racionalidad que aún vivía en mi mente me decía que me lo tomara con calma. Ya le había entregado mi corazón a ese hombre una vez y él me lo había roto.

Lo volví a besar, con todo mi ser temblando con cada embestida que Ian me daba, entrando y saliendo de mí en un ritmo cada vez más frenético. El ansia era tanta que movía mi cadera hacia él, buscando más, antes de que siquiera pudiera hundirse en mí de nuevo.

El placer iba creciendo, como una tensión que se acumulaba donde estábamos unidos, hasta que explotó en una oleada deliciosa que irradiaba por todo mi cuerpo, haciendo que mi piel hormigueara.

Estaba completamente sin aliento, e Ian continuó empujando, presionando su cuerpo contra el mío hasta que finalmente se detuvo, con la frente apoyada en la mía, y sentí su semen llenándome.

En medio de todo eso, ni siquiera podía pensar en que habíamos dejado la cena a medias.



Ian
GRAY

Capítulo cuarenta

Después de ducharnos juntos, nos sentamos frente a la tele y yo la subí a mi regazo, acomodándola suavemente sobre mis piernas y rodeando su cintura con mis brazos, como hacía siempre.

—Voy a averiguar quién me envió esa foto —prometí, decidido a enmendar mis errores con la mujer de mi vida.

—No importa. —Priscila se encogió de hombros, y no pude evitar sentirme terriblemente incómodo con su reacción.

—¿Qué quieres decir con que no importa? —Le toqué la cara e hice que me mirara.

Sus ojos azules estaban ligeramente llorosos e imaginé que era culpa mía por sacar el tema.

—¿A quién le importa la persona que envió esa foto? —Se encogió de hombros con aire de desdén, incomodándose aún más.

—¿Cómo que a quién le importa? A mí me importa.

—Ian, honestamente, la culpa no es de quien envió la foto, sino de quien decidió creer en ella.

—Sé que lo que hice fue terrible, pero te prometo que no volverá a ocurrir —le dije, esperando que me creyera.

—Ian...

—Por favor. —Cubrí sus labios con los míos, interrumpiéndola—. No hay nada que desee más que volver a tu vida y a la de nuestra hija.

—No ha sido fácil.

—Lo sé, pero desafortunadamente no puedo recuperar el tiempo perdido. Lo único que puedo hacer es jurarte que no perderemos ni un segundo más.

—Parece tan fácil volver a creer en ti, volver a dejarte entrar en mi vida...

—Porque lo es... —Le mordí suavemente el labio inferior antes de besarla otra vez.

—Ojalá fuera tan sencillo.

—Te lo prometo.

—Recuerdo muy bien que me prometiste que seríamos felices para siempre. Mira lo que pasó.

—¡Eh! —Fruncí el ceño—. Aún no he roto esa promesa.

—¿Cómo que no? —Ella frunció el ceño.

—Aún estamos a tiempo de ser felices para siempre, de envejecer juntos como lo prometimos cuando pensábamos en nuestra boda.

—Pero...

—¿Me equivoco?

Priscilla torció los labios y me miró fijamente hasta que movió la cabeza negativamente.

—Piensa que solo fue un obstáculo. Ahora todo va a estar bien.

—Eso espero.

—Lo voy a demostrar. —Acaricié su rostro, atrayéndola hacia mí para darle un beso más largo, pero suave.

Priscilla inclinó la cabeza hacia atrás, apoyándola en mi hombro, y empecé a acariciar su cabello hasta que escuchamos un llanto suave que fue aumentando hasta que saltó de mi regazo y fue al cuarto de nuestra hija.

Fui tras ella y me detuve en la puerta.

—¿Qué ha pasado?

—Pañal sucio —dijo con una sonrisa forzada, levantando a la bebé y pasándomela—. Puedes cambiarla.

—¿Yo? —Me sorprendí.

—¿No quieres formar parte de nuestras vidas?

—Claro que quiero.

Priscilla se hizo a un lado y señaló el cambiador que había colocado encima de una cómoda.

—Ahí tienes todo lo que necesitas.

—De acuerdo.

Nunca había cambiado un pañal antes, pero supuse que podría hacerlo bien, confiando en que mis instintos me ayudarían, igual que cuando la cargaba.

La acomodé suavemente en el cambiador y miré a mi alrededor, encontrando un estante con pañales limpios y pañuelos de papel.

Abrí el enterizo que llevaba puesto y vi el pañal sucio. Mi hija me miraba, hasta que empezó a mover sus piernas y brazos como si tuvieran vida propia.

—Tranquila, pequeña. —Intenté sujetarle las piernitas, pero la bebé se movió aún más y empezó a llorar—. ¿La estoy lastimando? —Me volteé hacia Priscila, preocupado.

—Solo ten cuidado.

—Parecía más fácil.

Priscilla ni siquiera se tapó la boca con la mano para disimular la risa.

—Te las arreglarás.

—Lo haré, solo dame un poco de paciencia.

—Estoy siendo paciente —dijo, encogiéndose de hombros.

—Ella no —contesté, mirando nuevamente a mi hija, quien lloraba cada vez más fuerte, haciendo que me desesperara y que mi corazón comenzara a latir más rápido—. ¿Estás segura, Priscila?

—Quítale el pañal sucio, Ian.

—Está bien...

Le quité el pañal sucio y tomé otro.

—Tienes que limpiarla con una toallita primero. Ten cuidado, porque si no la limpias bien, puede irritarse.

—De acuerdo. —Agarré una toallita y empecé a limpiarla. Lis lloró aún más fuerte y mi sensación de estar haciendo algo mal se intensificó. No quería lastimar a mi hija ni hacer nada que pudiera dañarla.

—Ahora ponle la pomada. —Priscilla señaló unos tubos cerca de donde estaban los pañales nuevos.

Puse un poco en la punta de los dedos y comencé. En ese momento me arrepentí un poco de no haber seguido los pasos de mi familia y estudiar medicina, porque probablemente tendría mucha más habilidad para cambiar a mi bebé.

En cuanto empecé a aplicarle la pomada, empezó a orinarse, mojando el pañal limpio y un poco el soporte del cambiador.

—¡Ey!

Detrás de mí, Priscila estalló en carcajadas.

—¿Es normal?

—A veces, sobre todo cuando tardas demasiado.

—¿Qué hago ahora?

—Límpiala de nuevo y agarra otro pañal.

Deslicé a la bebé hacia una parte seca del cambiador y repetí el proceso, hasta que finalmente le puse el pañal limpio y le volví a colocar su pantalón.

—Ya está... —Dejé escapar un largo suspiro de alivio.

—Ni siquiera te dolió.

—Quizás no a ti. —Tomé a la niña en brazos y estaba mucho más tranquila, pero movía la cabeza de un lado a otro, buscando algo.

—Devuélvemela. —Priscila extendió los brazos para tomarla, y mi impulso fue protestar.

¿Por qué dejarme solo la parte difícil a mí?

Cuando se acomodó en la mecedora con nuestra hija y comenzó a darle de comer, me di cuenta de que eso era algo que yo no podía hacer.

La observé unos minutos hasta que mi celular comenzó a vibrar. Ya eran más de las once de la noche y, como no soy médico, todos mis problemas podían esperar hasta el día siguiente. Eran mensajes de mi mamá. Consideré ignorarlos, pero sabía que eso solo me traería un dolor de cabeza mayor que cualquier caso que enfrentara en el trabajo.

Mamá:

¿Dónde estás?

Ian:

Obviamente no en casa.

Mamá:

¿Es esa la forma de responderme?

Ian:

Tengo treinta y ocho años, no ocho.

Mamá:

Tú y tu hermano siempre serán mis bebés.

Ian

No exageres.

Mamá:

Sabes que es verdad.

Tu padre dijo que ya no estabas en el hospital cuando se fue.

Ian:

Estoy con Priscilla y mi hija.

Mamá:

¿Así que has vuelto?

Ian:

Me gustaría decir que sí.

Mamá:

¿Cómo que te gustaría?

Ian:

Priscila aún tiene dudas. No puedo culparla por eso.

Mamá:

Pero sabe lo de la foto que te enviaron.

Ian:

Preferí creerme la foto sin siquiera escuchar lo que tenía ella para decir.

Mamá:

¿Qué esperaba ella que hicieras?

Ian:

¡Mamá!

Mamá:

Está bien, si crees que ella tiene razón. No me meteré.

Ian:

Mejor así.

Mamá:

¿Te vas a quedar ahí esta noche?

Ian:

Sí.

Mamá:

¿Se van a casar otra vez?

Ian:

¿Otra vez?

Mamá:

Me has entendido.

Ian:

No he tocado ese tema aún.

Mamá:

¿Cuándo conoceré a mi nieta?

Ian:

Tomémoslo con calma, ¿de acuerdo?

Mamá:

Es mi nieta.

Ian:

Sigo intentando arreglar las cosas.

Mamá:

Eso no cambia el hecho de que es mi nieta, pero bueno. No quiero esperar demasiado.

Ian:

La paciencia es una virtud, señora Gray.

Mamá:

Que tengas una buena noche.

Ian:

Gracias.

Volví a guardar el móvil en el bolso y me di cuenta de que Priscilla me miraba fijamente.

—¿Problemas en el hospital? —se aventuró a preguntar.

—En realidad, era mi madre.

—Sigue siendo la misma maníaca controladora de siempre.

Me tocó reírme de la forma en que Priscilla hablaba de mi madre.

—Te darás cuenta de que nada ha cambiado.

—No necesariamente nada. —Inclinó la cabeza, llevando mis ojos a nuestra hija en brazos.

—Cambió para mejor. —Me acerqué a ellas y besé la frente de ambas—. Sobre nuestra boda...

—¿De verdad quieres hablar de ello ahora? —me interrumpió.

Negué con la cabeza.

—En otro momento.

—Mejor así.

—Te amo, Priscilla.

Ella permaneció en silencio y yo no dije ni una palabra más. Sabía que tardaría en recuperar el derecho a escuchar un “yo también”.



Priscilla
MENEZES

Capítulo cuarenta y uno

Ian se fue temprano en la mañana; el trabajo en el hospital lo esperaba. Sin embargo, me dejó con la promesa de que volvería por la noche.

Cuando estábamos comprometidos, era muy común que pasara más tiempo en mi departamento que en la casa donde vivía con sus padres. La mansión frente al mar parecía mucho menos atractiva que mi pequeño departamento, sin vista a la playa.

Era demasiado seductor pensar que todo podía volver a ser exactamente como antes. Tener sus brazos rodeándome cada mañana, sus palabras de amor y todos los momentos indescriptibles que pasamos juntos...

Sobre nuestra boda..., sus palabras resonaban en mi mente y me recordé que lo había interrumpido. El matrimonio debería haber sido mi final feliz, pero solo fue el comienzo de mi pesadilla, y no quería ni pensar en revivir todo aquello.

Me levanté de la silla donde estaba, mirando el tiempo pasar, cuando escuché el sonido de la cerradura siendo abierta. Me pregunté si le había dado otra copia de la llave a Ian, pero me acordé de que solo lo había hecho con mi mamá.

—Hola. —Sonreí forzosamente al verla.

—¿Cómo están mis princesas?

—Bien.

—Te ves extraña, niña. ¿Te ha pasado algo?

—No... —Hice una pequeña pausa, dudando sobre qué decir o no.

Mi mamá había estado a mi lado durante toda mi caída después de que Ian me dejó, y conocía bien mi sufrimiento. No me sorprendería que no estuviera nada de acuerdo con que él regresara a mi vida.

—¿Está él aquí?

—¿Él? —Fingí no entender.

—Ian.

—No.

—Hija, no tienes por qué aceptar que ese hombre vuelva a tu vida... —Empezó a hablar, pero me apresuré a interrumpirla.

—Lo sé, mamá.

—Parece que no. —Torció los labios.

—Es mucho más complicado de lo que piensas.

—No estoy pensando nada, hija mía. Solo recuerdo muy bien lo que te hizo. ¿Has olvidado que te dijo que no en el altar?

—Por supuesto que no me olvido.

—Menos mal.

Lis comenzó a llorar y ambas nos volteamos hacia el pasillo. Agradecí que mi hija me hubiera sacado de esa situación incómoda.

Sabía que todo lo que mi mamá hacía era con la mejor intención de protegerme, pero elegir alejarme de Ian tal vez no fuera la mejor opción. Amaba a ese hombre con todo mi corazón. Además, era el padre de mi hija y parecía realmente arrepentido de todo lo que había pasado.

Aunque mi mente me decía que debía tener cuidado, mi corazón quería creer que él merecía una segunda oportunidad, y cada vez me sentía más confiada en eso.

Llegamos juntas a la cuna y mi hija dejó de llorar, mirándonos mientras la observábamos.

—Debe de tener hambre —dijo mi madre.

—Ha terminado recién de mamar.

—Entonces podría ser el pañal.

—Tal vez.

—Déjame cambiarla.

—No es necesario.

—Estoy aquí para ayudarte, cariño.

—Dije que no era necesario, mamá.

—Deberías soltarte un poco, Priscilla. Pronto volverás al trabajo y tienes que dejarme a esta princesa. —Mi madre se agachó, levantó a Lis de la cuna y la llevó al cambiador.

—No tengo apego. —Me crucé de brazos.

—¿Estás segura? —Ella torció los labios.

—Yo... Bueno, creo que sí.

—¿Qué está pasando? —Mi mamá le cambió el pañal a Lis mientras esta solo la miraba, chupándose el dedo.

—No sé si quiero volver al trabajo y dejarla. Lis es aún tan pequeña, depende de mí para todo...

—Mi nietecita estará conmigo. ¿No confías en que la cuidaré bien?

—Confío, pero...

—¿Pero qué? —insistió mi mamá mientras ajustaba la ropa de Lis y la tomaba de nuevo en brazos.

Mi hija me miraba desde el regazo de su abuela, como si ella también esperara una respuesta mía.

—Simplemente no quiero dejarla.

—Te entiendo, cariño, pero yo ya estoy jubilada, y tus ahorros no durarán para siempre. No querrás perder tu trabajo.

—¡Claro que no!

—Pues eso. —Se encogió de hombros.

—Ian y yo habíamos planeado que yo podría quedarme con los niños durante al menos un año si teníamos hijos.

—Él no parece muy confiable ahora.

—Sí... —Fue todo lo que pude balbucear. Aunque la situación me incomodaba mucho, no podía negar que mi mamá tenía razón.

—Si dependieras de él sería mucho peor.

—Tienes toda la razón.

—Solo me preocupo mucho por ti y por mi nieta.

—Lo sé, mamá.

—Espero que lo sepas de verdad.

Esta vez fui yo quien frunció los labios.

—¿Por qué no te das una ducha y descansas un poco? Parece que no has dormido bien. Debes de estar agotada.

—Lo haré.

Pasé gran parte de la noche despierta, pero no puedo culpar a mi hija por eso. Mientras ella dormía plácidamente en su cuna, en su cuarto, yo no dejaba de dar vueltas en la cama, acompañada de su padre.

Podría haberme cuestionado mil cosas cuando pensé en volver con Ian, pero había un detalle que no me dejaba lugar a dudas. Nuestra compatibilidad en la cama seguía siendo la misma. Estar con él seguía siendo tan intenso y mágico como la primera vez que nos acostamos.

Aún recordaba como si fuera ayer la primera vez que me llevó a cenar. Había tenido un par de novios antes que él, pero no recordaba a ningún otro hombre que me hiciera tambalear las piernas con solo mirarlo.

Cuando me recuperé del accidente, tardó unos meses en armarse de valor e invitarme a salir. La situación podía parecer poco ética, dado que él había provocado el accidente y era el dueño del hospital que me atendía, pero en el fondo a ninguno de los dos nos importaba mucho si nos parecía bien o no. De hecho, estábamos demasiado interesados el uno en el otro como para preocuparnos por algo.

Me llevó a cenar a un restaurante caro, donde probé el mejor marisco de toda mi vida, y después, tuvo la noble intención de llevarme de vuelta a casa, pero acabamos teniendo sexo en el asiento trasero de su coche antes incluso de llegar a la puerta de mi edificio. Recordaba muy bien el primer beso, la primera vez que sus dedos recorrieron mi cuerpo y que su boca acabó entre mis muslos...

Dejé escapar un suspiro mientras parpadeaba y volvía a la realidad del presente. Era imposible ignorar lo mucho más triste y vacía que parecía mi vida sin él. Puede que me pareciera una locura descubrir que estaba embarazada después de que mi compromiso hubiera terminado

de aquella manera, pero el amor por la bebé que crecía en mí era lo que impedía que la situación me destruyera por completo.

La idea de que tendría una hija en mis brazos, una vida que habíamos creado juntos, era lo que me daba fuerzas.

Ian podría haberme destrozado el corazón, pero Lis era la parte buena de todo lo que habíamos vivido juntos...

Mi móvil empezó a vibrar y lo saqué, esperando que fuera un mensaje suyo, pero no me sorprendió que fuera mi mejor amiga.

Sonia:

¿Cómo están tú y mi princesa?

Priscilla:

Bien.

Sonia:

¿Solo bien?

Priscilla:

¿Qué más esperabas?

Sonia:

"Genial" sería una mejor respuesta.

Priscilla:

Eso sería como demasiado.

Sonia:

¿Qué es lo que pasa?

Priscilla:

¿Por qué crees que pasa algo?

Sonia:

Te conozco muy bien.

Priscilla:

A mi madre no le gusta mucho la idea de que vuelva con Ian.

Sonia:

No es la única.

Priscilla:

Gracias.

Sonia:

Amiga, la verdad es que tu mamá y yo podemos pensar que él no merece tu perdón, pero al final, eres tú la única que puede decidir eso.

Priscilla:

Él solía ser increíble.

Sonia:

¿Crees que puede volver a serlo?

Priscilla:

Cada vez que lo veo, siento que sí.

Sonia:

Depende totalmente de ti. Sabes que solo quiero que estés bien.

Priscilla:

Gracias.

Sonia:

No hay de qué. Tengo que volver al trabajo. Dale un beso a mi princesa de mi parte.

Priscilla:

Lo haré.

Sonia:

Gracias.

Después de terminar de escribir, me quedé mirando el teléfono durante varios minutos. No quería parecer una tonta por aceptarlo de nuevo en mi vida, pero también me preguntaba si sería igual de idiota por dejar escapar la felicidad con el hombre que siempre me pareció el correcto.



Ian
GRAY

Capítulo cuarenta y dos

—¡Buenos días, mi amor!

Me sobresalté, levantando la cabeza de una hoja de cálculo en la pantalla de mi computadora cuando Eva irrumpió en mi oficina. Mi secretaria venía corriendo detrás de ella, y la fulminé con la mirada, dejando claro que no quería a mi ex aquí.

—Estoy ocupado, Eva...

—Prometo que no te quitaré mucho tiempo —dijo, apoyando ambas manos sobre el escritorio y inclinándose hacia mí—. A menos que cambies de opinión.

—Eva, no...

—Ay, cariño.

—Estoy con Priscilla de nuevo, ya no tiene sentido que sigas insistiendo en nosotros.

—Estás cometiendo un error. —Irritada, apretó los dientes y golpeó mi escritorio con las manos, pero yo no me moví.

—¿Error?

—Después de lo que ella hizo... esa foto en la cama con otro tipo...

—¿De qué estás hablando? —Fruncí el ceño, mirándola con más firmeza.

¿Cómo sabe lo de la foto? No se lo había dicho a mi madre, ni a otras personas aparte de Ivan.

—Ella estaba con otro tipo el día antes de tu boda.

—No deberías saber eso...

—Tu hermano me lo dijo.

Ivan y yo podíamos tener nuestras diferencias, pero a pesar de ser mi gemelo y mi mejor amigo, nunca fue un chismoso. Y aunque no lo hubiera cuestionado, estaba convencido de que no comentaría algo así con mi ex. Dudaba que siquiera hablaran entre ellos.

Hablar de ello con mi ex novia era algo que desde luego no haría.

—Quizás él no lo recuerde, pero... —Al ver mi expresión, Eva intentó corregirse, pero solo consiguió aumentar mis sospechas y hacerme conectar los puntos.

—¡Fuiste tú! —Apreté los dientes.

—¿Yo? —Dio un paso atrás cuando me puse en pie y la miré directamente con expresión amenazadora—. ¿De qué estás hablando, Ian?

—¡Fuiste tú quien me envió esa maldita foto!

—¿Cómo podría ser yo? No me la paso siguiendo a Priscilla.

—No hacía falta seguirla, la foto es falsa.

—¿Falsa? —Eva abrió los ojos de par en par y dio un paso atrás, con cara de sorpresa—. Eso es lo que ella te ha dicho.

—Creo que cualquier técnico en computadoras podría confirmarlo. Incluso yo lo habría notado si no me hubiera dejado llevar por la rabia.

—Apuesto a que no es falsa en absoluto.

—No deberías haber hecho eso, Eva... —Cada vez estaba más convencido de que ella estaba detrás, porque parecía ser la única interesada en acabar con mi relación.

—No entiendo por qué la prefieres a ella antes que a mí. —No era exactamente una confesión, pero parecía suficiente.

—No tienes que entenderlo. Solo respetarlo.

—Pero, Ian...

—¡Basta, Eva! —Di un grito firme que la hizo saltar hacia atrás asustada.

Frunció los labios y soltó un gruñido.

—Ella nunca te va a amar tanto como yo.

—Estás equivocada. Priscilla me amaba mucho, pero lo arruiné todo por tu culpa. Ahora debería estar casado con ella y no haber perdido ni un solo minuto de la vida de mi hija.

—Pero...

—¡Largo! ¡Fuera de mi despacho! —grité con fuerza.

—¡Ian!

—¡Vete ahora mismo! ¿O prefieres que te arrastre la seguridad?

—No te atreverías...

—Nada podría ser peor que lo que ya hiciste, ¿no crees?

Eva no respondió. La seguí mirando con una expresión severa hasta que se dio la vuelta y salió de mi oficina.

Debí haber sido más listo y darme cuenta antes de que ella estaba detrás de todo. Quizás fui demasiado ingenuo al no prever que sería capaz de hacer algo tan bajo para destruir mi relación. Aun así, Priscilla tenía razón: lo que Eva había hecho no me eximía de la culpa por haber elegido creer en esa mentira en lugar de confiar en la mujer de mi vida.



Priscilla
MENEZES

Capítulo cuarenta y tres

Afortunadamente, mi madre se fue antes de que llegara Ian, ya que no quería ningún enfrentamiento entre los dos. Ella podía pensar que estaba cometiendo un error, como lo dejó claro varias veces durante la tarde, pero en mi corazón, estar con él de nuevo parecía la mejor decisión.

—Buenas noches. —Traté de contener la sonrisa cuando abrí la puerta de la sala y lo vi parado en el pasillo. Llevaba puesto un traje, como si acabara de salir del hospital, y no me quedaba duda de que había venido directamente.

—Buenas noches. —Caminó hacia mí, pero di unos pasos atrás, evitando que me tomara y me arrastrara al pasillo—. ¡Oye!

—Pasa.

—¿Cómo están tú y mi princesa?

—Bien.

—¿Dónde está ella?

—Durmiendo.

—Bien...

Esta vez no pude escapar de su agarre, me rodeó la cintura con los brazos y me besó la boca, enredando su lengua en la mía mientras sus manos se deslizaban hasta la curva de mi culo.

—Ian... —El gemido se escapó de la parte posterior de mi garganta.

—Te extrañaba —susurró, interrumpiendo el beso solo por una fracción de segundo antes de retomarlo con más intensidad, mientras sus manos se metían debajo de mi short, tocando directamente mis nalgas.

—Tranquilízate. —Aparté la boca en busca de aire, recuperando el aliento—. Déjame respirar un poco.

Soltó una risa suave con su boca pegada a mi cuello, y su respiración cálida era suficiente para hacer que mi piel se erizara, aunque el clima de Miami siempre fuera caliente.

—¿Qué tal el trabajo? —Intenté quitármelo de encima.

—Eva apareció en mi oficina.

—¡Ah! —No era exactamente lo que quería oír y me resultó incómodo, lo que hizo que me separara de él y me alejara—. ¿Todavía son amigos?

—¡No! —Su expresión fue de disgusto.

—¿Entonces qué quería? —No debería haberme puesto celosa ni dejar que se notara, pero fue más fuerte que yo y no pude evitarlo.

Cuando entré en la vida de Ian, Eva ya estaba ahí. Era como ese mosquito molesto que no te deja dormir por la noche y del que nunca puedes deshacerte, hagas lo que hagas. Siempre estaba ahí, acechando, una ex que hacía lo imposible para que Ian volviera con ella.

—¡Era ella!

—¿A qué te refieres? —Su comentario me desconcertó un poco.

—La foto, ella me la envió.

—¿Cómo lo sabes?

—Al final se delató.

Esbocé una sonrisa incómoda, sin saber bien cómo reaccionar ante la situación. Conocía lo suficiente a esa mujer para que no me sorprendiera que estuviera detrás de toda esa farsa.

Me alejé unos pasos de Ian y me acomodé en el sofá, todavía absorbiéndolo todo.

—Priscilla... —Se acercó a mí y me tocó el hombro—. ¿Te encuentras bien?

—No sé...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que si volvemos, ella va a seguir intentando meterse en nuestras vidas y terminaremos igual que antes, pero esta vez no será solo mi corazón el que rompas.

—Eh... —Ian sostuvo mi cara con ambas manos, haciéndome mirarlo—. No va a pasar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque te lo prometo. No cometeré el mismo error.

—Tú...

—Confía en mí —me interrumpió.

—He confiado antes.

—Puedes seguir confiando, te juro que no te arrepentirás.

—¿Me lo prometes? —Puse las manos a ambos lados de su cara y me aseguré de que no pudiera apartar la mirada de mí.

—De todo corazón.

Dejé que mis dedos se deslizaran alrededor de su cuello y tiré de él hacia mí, acercándolo y besándolo.

—Te amo, Priscilla —murmuró contra mis labios.

—Yo también te amo —susurré mientras mis dedos recorrían sus hombros, empujando su saco al suelo.

Sus manos volvieron a mis nalgas y dejé escapar un gemido cuando sus dedos me apretaron mientras los míos abrían los botones de su camisa de vestir.

Nuestras lenguas se entrelazaban mientras él bajaba su boca por mi cuello, mordisqueando mi piel y provocando una deliciosa secuencia de escalofríos que me hacían rodar los ojos y echar la cabeza hacia atrás.

Ian me agarró el culo con más fuerza y me levantó en el aire, yo le rodeé la cintura con las piernas y él me arrastró hasta el sofá, sentándose en el centro conmigo sobre su regazo. Le tiré del pelo hacia atrás y acerqué su boca a la mía.

Las manos firmes y pesadas de Ian subieron por mi camiseta, y nos apartamos un breve segundo solo para que él la quitara. Mi sostén también terminó en el suelo, reemplazado por su tacto, que me arrancó algunos gemidos. Su agarre hizo que un poco de leche se deslizara, pero a él no pareció importarle.

Me incliné un poco más hacia adelante, moviéndome en su regazo y sintiendo el bulto en su pantalón que parecía crecer cada vez más.

Aún teníamos la parte de abajo de nuestra ropa, pero no podía contener el impulso de deshacerme de ellas de inmediato. Cuanto más apretaban sus manos firmes y pesadas mi culo,

más crecía esa necesidad.

—¡Quítate los pantalones! —gruñí.

—¿Qué prisa tienes? —Soltó una risita.

—¡Quítatelos!

Me levanté de encima de él, y Ian se quitó el pantalón, mientras yo me deshacía de mi short y de mi tanga. No esperó mucho para agarrar mi culo y jalarme de vuelta. Esta vez, me senté sobre su verga bien dura, dejándolo entrar hasta el fondo. Gemimos juntos mientras mis manos recorrían sus hombros y yo le clavaba las uñas.

Volvimos a besarnos de una manera salvaje que me excitaba aún más, mientras sus manos me ayudaban a moverse sobre él. Subía y bajaba en su regazo, cada vez más frenéticamente, en una búsqueda indomable del clímax.

—¡Ah! —dejé escapar un gemido más fuerte cuando me dio una palmada en la nalga que me hizo arder.

En el momento en que mordió mi labio inferior, retomando el beso con más hambre, sentí el éxtasis acercándose de manera aún más intensa hasta que todo estalló en una ola deliciosa que dejó cada parte de mí hormigueando.

Seguí moviéndome sobre él hasta que sentí que Ian se unía a mí, disfrutando cada gota de nuestro orgasmo. Era como si todo el sexo que no había tenido en el último año estuviera intentando compensar todo de una vez.

—¡Wow! —Me dejé caer exhausta sobre su hombro.

Ian subió su mano por mi espalda desnuda y acarició mi cabello de una forma que me hizo ronronear, como una gata mimada.

—¡Está bien! Podemos intentar esto de nuevo.

—¿Esto? —murmuró confundido ante mi voz suave cerca de su oído aún embriagado por el orgasmo.

—Casarnos...

—¡Espera! —Pareció sorprenderse y me tomó del rostro para que lo mirara. Sus ojos parecían ligeramente vidriosos—. ¿Hablas en serio?

—¿Por qué crees que bromearía? —Torcí los labios en una expresión seria.

—¿Podemos casarnos ahora?

—¡Ahora no! —Le acaricié el pecho desnudo.

—No quiero arriesgarme a que cambies de opinión.

—Fuiste tú quien cambió de opinión la última vez.

—¡Está bien! —Abrió una sonrisa fingida—. Podría haber pasado de eso.

—Por supuesto. —Solté una risita.

—Tenemos que buscar una casa nueva.

—¿La que habíamos elegido antes ya no está disponible?

—Un año después, creo que es poco probable.

—Ah... Es una pena.

—Estoy seguro de que encontraremos una mejor.

—De acuerdo.

—Eso me hace muy feliz. —Pasó ambas manos por mi rostro y me dio un beso suave.

—A mí también.

Por mucho que el escalofrío en el estómago siguiera encendiendo mi estado de alerta, la posibilidad de encontrar nuestro “felices para siempre” era demasiado tentadora. No había nada que deseara más que recuperar nuestra relación, que parecía perdida.



Ian
GRAY

Capítulo cuarenta y cuatro

—Hola —murmuré, cuando el agente inmobiliario contestó al otro lado de la línea.

No esperé a llegar a mi oficina del hospital antes de hacer la llamada. Estaba demasiado ansioso por volver a la vida que nunca debió ser interrumpida al lado de Priscilla.

—¿Señor Gray? ¿En qué puedo ayudarlo?

—Compré una casa con usted hace un año y la vendimos a un inversionista poco después. Estoy buscando algo similar.

—¡Ah, sí! Me acuerdo.

—Qué bien. ¿Cree que puede encontrarme una propiedad similar lo más pronto posible?

—Creo que tengo noticias aún mejores.

—¿De verdad? —pregunté con el ceño fruncido.

—El inversionista que compró la casa falleció, y los herederos viven en Europa y no quieren mantener las propiedades en Estados Unidos. Las pusieron a la venta y aún hay tiempo para hacer una oferta.

—Realmente es una gran noticia.

A Priscilla le había encantado aquella casa y saber que podíamos construir nuestras vidas en ella parecía una señal de que sí, de que retomaríamos la vida donde la habíamos dejado y seríamos muy felices.

—¿Va a hacer una oferta?

—¡Por supuesto! Quiero quedarme con la casa.

—Haré lo que pueda para...

—Estoy seguro de que puede garantizarlo. —Lo interrumpí antes de que comenzara a hacer su tarea.

Esa casa había sido mía una vez y volvería a serlo.

—Avíseme cuando se cierre el trato.

—Sí, señor.

—Que tenga un buen día. —No esperé su respuesta antes de colgar la llamada.

Guardé el móvil en el bolsillo mientras atravesaba las puertas automáticas de la recepción del hospital.

—¿Qué negocio estás haciendo?

Giré la cabeza en dirección a la voz y vi a mi hermano de pie a mi lado. Parecía bien descansado, así que debía de estar llegando para empezar su turno.

—Es sobre la casa donde voy a vivir con Priscilla.

—¿No la habías vendido?

—Sí, pero voy a volver a comprarla.

—¿Hablas en serio? —Mi hermano me miró con una sonrisa teñida de un poco de desenfreno—. ¿Piensas volver a mudarte allí?

—No es que lo esté pensando, lo voy a hacer.

—¿De verdad? La última vez que intentaron casarse no funcionó.

—Esta vez será diferente.

—Eso espero.

—¡Eh! —Le empujé en el hombro—. Deberías estar a mi lado.

—Siempre lo estoy. —Torció los labios.

—No lo parece.

—Es porque a veces tomas decisiones un poco cuestionables.

—¿Solo porque quiero pasar el resto de mi vida junto a una mujer?

—Exactamente.

—¿Tú crees que salir de fiesta y tener una mujer diferente cada noche es la mejor elección?

—Creo que sí.

El localizador digital de mi hermano comenzó a sonar. Ivan lo sacó del bolsillo y

agradecí la interrupción de aquella conversación. A pesar de que nos llevábamos muy bien, cuando se trataba de mujeres y relaciones, yo y mi gemelo teníamos opiniones muy distintas. Él era de la fiesta y yo siempre soñé con formar una familia.

—Tengo que irme, hay un paciente llegando al trauma con un tubo atravesado en la cabeza.

—¡Guau! —abrí los ojos.

—Gajes del oficio. —Se encogió de hombros.

—Buena cirugía.

—Buen trabajo para ti también. —Me dio unos golpecitos en el brazo y se dirigió al elevador.

A pesar de nuestras diferencias en cuanto a relaciones, siempre respetábamos la opinión del otro y nos apoyábamos. No podía esperarse otra cosa, ya que habíamos estado juntos desde el vientre.

Yo también fui al elevador para subir al piso de mi oficina.



Priscilla
MENEZES

Capítulo cuarenta y cinco

Le di un besito en la frente a mi hija mientras se estiraba dentro del portabebés. Estaba un poco llorona, así que la acomodé junto a mi pecho para poder hacer una breve limpieza en la casa. La próxima semana volvería a trabajar y tenía que dejar todo en orden, porque no podría dedicarme a la casa como antes.

Me acomodé en el sofá por unos minutos, pero cuando mis espaldas comenzaron a doler, me pasé la mano por la frente para quitarme el poco sudor que tenía.

Mi móvil empezó a vibrar en el mueble junto al sofá y estiré la mano para sacarlo. Era un mensaje de Ian y me hizo sonreír.

Ian:

¿Cómo están tú y Lis?

Priscilla:

Yo con dolor de espalda y ella durmiendo como un angelito.

Levanté el celular y me tomé una selfie, se me veía un poco despeinada y sudada, pero no me importó demasiado.

Ian:

¡Preciosas! ❤️.

Voy a imprimir esta foto y ponerla en la mesa de mi despacho.

Priscilla:

¡De ninguna manera!

Ian:

¿Por qué no?

Priscilla:

No salí bien.

Ian:

Eres la mujer más bella del mundo. Siempre estás bien.

Priscilla:

Eres un adulator.

Ian:

Tal vez un poco.

Priscilla:

Jajaja.

Ian:

¿Quiere contratar a la misma empresa de ceremonias o a otros profesionales?

Priscilla:

No lo había pensado.

Ian:

Pues piensalo.

Priscilla:

¿Tienes tanta prisa?

Ian:

Ya te dije que para mí, ya nos hubiéramos casado ayer.

Priscilla:

¡Exagerado!

¿Vas a venir a vivir a mi apartamento?

Ian:

Ya estoy resolviendo eso.

Priscilla:

¿Resolviendo?

Ian:

Te contaré cuando esté todo listo.

Priscilla:

¿Vas a dejarme con la intriga?

Ian:

Es por una buena razón.

Priscilla:

Eso espero.

Ian:

Ya lo verás.

Cambiando de tema, ¿qué te parece si cenamos en casa de mis padres hoy? Mi mamá está muy ansiosa por conocer a Lis.

Priscilla:

No sé si es una buena idea.

Sentí un nudo en el estómago ante esa posibilidad. No sabía exactamente cómo estaba reaccionando su familia después de todo lo que había pasado y no quería que me juzgaran.

Ian:

Todo irá bien.

Priscilla:

Puede que no sean mis mayores fans en este momento.

Ian:

¡Para nada! Saben lo que pasó de verdad y que yo soy el mayor culpable de todo

esto.

Priscilla:

No sé si tu madre lo ve así. Siempre ha sido sobreprotectora contigo.

Ian:

Ella lo entiende. Tanto que está deseando verte y conocer a Lis.

Priscilla:

Está bien, podemos ir.

Ian:

Estupendo. Pasaré a recogerte esta tarde.

Priscilla:

De acuerdo.

Ian:

Hasta luego, mi amor.

Priscilla:

Nos vemos, amor.

Probablemente todo ese miedo era completamente innecesario, pero era mi forma de protegerme y no lanzarme de cabeza, porque las ganas de dejarme llevar y sentirme increíble con cada "te amo" de él eran muy intensas.



Ian
GRAY

Capítulo cuarenta y seis

Acomodamos a Lis en el asiento de bebé junto al asiento trasero de mi auto, y Priscilla se quedó atrás con ella mientras yo manejaba hacia la mansión de mis padres, donde había vivido desde que tenía memoria.

La casa frente al mar me traía buenos recuerdos, aunque también algunos no tan gratos. A pesar de eso, me gustaba estar allí, aunque más de una vez consideré comprar otro lugar para vivir solo y tener más independencia.

Mi mamá siempre fue controladora, pero también tenía sus puntos positivos. Para ser honesto, no soy del tipo que disfruta de la soledad. Tal vez porque desde el vientre estuve acompañado, siempre me gustó estar rodeado de las personas que amo. Y la única razón por la que pensaba en mudarme era la posibilidad de casarme con Priscilla.

Mis padres vivían en Fisher Island, a poco más de media hora del departamento de Priscilla.

Conduje tranquilo hasta que el sensor del auto abrió la reja, y estacioné bajo la cochera. Fui el primero en bajar para ayudarlas.

—¿Puedes llevar esto? —Priscilla me pasó la bolsa de la bebé mientras la sacaba de la silla y la acomodaba en sus brazos.

—De acuerdo. —Le hice un gesto para que me siguiera—. Ya conoces el camino.

—¿No ha cambiado nada?

Negué con la cabeza.

Salimos de la cochera y caminamos sobre el césped, bajo un techo de vidrio, hasta la entrada de la mansión. Abrí la puerta y esperé a que Priscilla entrara primero con nuestra hija.

Me esperó en el pasillo hasta que fuimos juntas al salón, donde estaban sentados mis padres.

—¿Dónde está Ivan? —Noté la ausencia de mi hermano.

—Tuvo una cirugía de emergencia, pero debería llegar en unas horas —dijo mi padre.

—Eso espero —murmuró mi madre.

—Nuestro hijo está salvando una vida —argumentó mi padre.

—Lo sé... —Ella entendía, aunque aún creía que debía ser una prioridad, pero no quiso discutirlo frente a Priscilla—. ¡Qué bueno que vinieron! —Se levantó y vino hacia nosotros.

—Hola, señora Gray —murmuró Priscilla, incómoda.

—Ah, puedes llamarme simplemente Vivian, querida. Como en los viejos tiempos.

—Gracias. —Priscilla sonrió, algo nerviosa.

—No hay de qué. —Mi madre se inclinó hacia ella para ver mejor a mi hija, que dormía plácidamente—. ¡Ah, esta es mi nieta! Estaba tan ansiosa por conocerla.

Priscilla se limitó a asentir.

—Mira nada más, hijo, tiene tu nariz.

—Es idéntica a Priscilla.

—Hay detalles tuyos...

—Querida... —Mi padre la interrumpió.

—Solo estoy observando a mi nieta. —Frunció los labios hacia él antes de girarse hacia Priscilla otra vez—. ¿Puedo cargarla?

—Sí. Solo ten cuidado con su cabeza.

—Por supuesto. —Mi madre acomodó a la bebé en sus brazos—. Crié a dos al mismo tiempo.

—Con la ayuda de enfermeras y todo lo que el dinero puede pagar —comenté en voz baja, haciendo que me lanzara una mirada fulminante.

—Eso no cambia el hecho de que los crié.

—No, mamá.

Probablemente debido a la pequeña discusión y a los tonos ligeramente alterados, Lis acabó abriendo los ojos y mirando fijamente a su abuela.

—Ojos azules...

—Te dije que se parecía más a su madre.

—Es preciosa.

—Gracias —dijo Priscilla.

—Ah, imagino que deben tener hambre. —Con la bebé aún en brazos, mi madre dio algunos pasos hacia el comedor—. Estás amamantando, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Eso está muy bien. —La convivencia con médicos me había enseñado algunas cosas—. Vamos al comedor, la comida ya debe estar servida. Pedí que los empleados la trajeran apenas llegaran.

—Oh, gracias. —Priscila extendió los brazos—. ¿Me la devuelves?

—Puedes comer tranquila, yo me quedaré un rato más con mi nieta.

—¿Segura?

—Totalmente.

—Muy bien...



Priscilla
MENEZES

Capítulo cuarenta y siete

Vivian era una mujer mínimamente excéntrica, como la mayoría de las damas adineradas de la sociedad de Miami, pero no podía quejarme de ella. Había sido amable conmigo a su manera desde la primera vez que nos conocimos, aunque siempre dejaba patente su lado sobreprotector cuando se trataba de sus hijos.

—Por fin celebraremos la boda —comentó Ian a mi lado, de un modo que me dejó un poco desconcertada.

—¿Han fijado una nueva fecha? —le preguntó su padre.

—Por mí, lo antes posible.

—Todavía lo estamos pensando —dije, para no parecer tan desesperados, aunque en el fondo era bastante comprensible.

—Tiene que haber tiempo suficiente para todos los preparativos...

—Nada de esculturas de hielo esta vez, mamá.

—Dile a tu padre que las esculturas de hielo son preciosas. —Vivian giró a Lis hacia Ian, y mi hija se quedó mirándolo sin entender lo que pasaba.

—Mamá, esto es Miami, no Nueva York, donde hace 30 grados a la sombra. Las posibilidades de que alguna estatua dure hasta el final de la fiesta son escasas.

—Nada de estatuas —recalqué—. En realidad, esta vez pensaba en una ceremonia mucho más sencilla, con menos invitados y en la playa.

—¿Más sencilla? —Vivian frunció el ceño—. Sería mucho mejor...

—Algo más comedido y sencillo me parece perfecto. —Ian la interrumpió, haciendo que yo le sonriera involuntariamente.

—Es la boda de ustedes...

—Por eso eligen ellos qué y cómo hacerla —intervino el señor Gray, haciéndome feliz con él.

Moví los labios en señal de agradecimiento.

—Así es, papá —convino Ian—. Nosotros elegimos.

—Ustedes saben mejor que nadie. —Vivian acabó encogiéndose de hombros con cierto desagrado.

De hecho, aquella vez habíamos optado por una boda extravagante que solo sirvió para humillarme, pero esta vez solo quería a los que eran más importantes para mí y esperaba que todo saliera bien.



Ian
GRAY

Capítulo cuarenta y ocho

Una semana después...

—Cuidado. —Le agarré la cintura y jalé a Priscilla para que no tropezara con el pequeño escalón en la entrada de nuestra casa.

—¿Puedo quitarme ya la venda? —Levantó la mano, intentando quitarse el lazo que le había puesto alrededor de los ojos.

—Todavía no.

—¡Ian!

—Te prometo que te gustará la sorpresa. —Con las manos aún alrededor de su cintura, tiré suavemente de la puerta para que no oyera el ruido.

Caminamos unos pasos sobre el piso de porcelanato claro y brillante, que parecía la superficie de una perla, perfectamente combinado con las paredes pintadas en un suave azul. Me aseguré de colocarla en el centro de la sala de estar, bien ventilada, antes de quitarle la venda de los ojos.

—¡Tarán! —murmuré, haciéndole un gesto para que mirara a su alrededor.

—¡Nuestra casa! —Se tapó la boca con las manos.

—Espero haber conseguido redecorar exactamente como habías elegido la primera vez, pero si hay algo que se salga de... —Mi discurso fue completamente interrumpido cuando ella me echó los brazos al cuello y me dio un beso.

Me reí suavemente antes de rodear su cintura con mis manos, profundizando el beso, mientras nuestras lenguas se encontraban en un roce aún más íntimo.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —Interrumpí el beso unos instantes después, sujetándole el pelo para que me mirara.

—Me ha encantado.

—Este fin de semana nos casamos, y nuestra vida volverá al lugar del que nunca debió desviarse.

—Ah, Ian...

—Prometo no volver a cometer errores así contigo.

—Eso espero. —Deslizó los dedos por el cuello de mi camisa y lo sujetó con firmeza antes de reanudar nuestro beso.

Una de mis manos bajó hasta su cintura, rodeando la curva de su culo, mientras la otra subía por dentro de su fina blusa blanca y le agarraba un pecho, deslizando mis dedos por debajo de su sujetador.

—Lis...

—¿No puede cuidarla tu madre una o dos horas más? —Moví la cabeza para mirarla, encontrando sus ojos azules fijos en los míos.

—Sí, ella puede... —Reflexionó un poco—. Pero, ¿qué piensas hacer en ese tiempo?

—Estrenar la cama nueva y quizás explorar otras partes de la casa.

—¡Perverso!

—Tal vez un poco. —Me reí.

La levanté en brazos, agarrando sus nalgas y rodeando su cintura con mis manos. Priscilla entrelazó sus piernas alrededor de mi cuerpo mientras nuestros labios se volvían a encontrar en un beso intenso y adictivo.

Subí con ella las escaleras, empujándola contra la pared del pasillo en el segundo piso. Deslicé una mano por su rostro, sosteniéndola mientras mis dientes rozaban su labio inferior, arrancándole un gemido bajo que solo me excitó más.

Mis manos recorrieron sus muslos, apretando y acariciando mientras ella frotaba su cuerpo contra mi erección, el roce de las telas intensificaba aún más el calor entre nosotros.

La bajé al suelo, manteniendo mi boca pegada a la suya, mientras extendía mis manos para abrir la puerta de nuestro cuarto.

Quizás ella querría admirar el lugar, ver cómo había quedado todo, pero eso tendría que esperar. La empujé hacia la cama y agarré su cintura, bajando el cierre de sus shorts de jeans.

Me incliné, dejando una mordida suave en su abdomen mientras le quitaba la parte inferior de su ropa.

Antes de que pudiera hacer algo más, Priscilla me agarró del cuello de la camisa y me hizo girar, quedando encima de mí y acomodando su cadera sobre la mía. Mi prometida estaba desnuda de la cintura para abajo, y eso me parecía muy injusto.

—Pris...

—¡Shhh! —Cubrió mis labios con los suyos mientras se quitaba la camiseta y el sujetador.

Le lamí los tetas antes de empezar a quitarme la ropa. Lancé la camisa lo más lejos que pude y tuve que apartar a Priscilla de encima por unos segundos solo para deshacerme del resto.

Pensé que se acurrucaría y comenzaría a moverse sobre mí, lo cual ya sería perfecto. Sin embargo, su sonrisa traviesa capturó mi atención cuando bajó con las uñas por mis muslos y se deslizó de rodillas entre mis piernas.

Sus dedos delgados, con las uñas pintadas de un blanco translúcido, rodearon mi durísima verga y la deslizaron hasta la base. Solo pude agarrar su cabello y sostenerlo en una coleta antes de que inclinara su cabeza y humedeciera la punta con su lengua.

—¿Te sigue gustando? —Me provocó, mirándome con picardía desde abajo.

—Estaría loco si no me gustara. —Tiré de su pelo un poco más fuerte y la incliné hacia delante.

Priscilla soltó una risita antes de rodearme con sus labios, deslizándolos hasta la base de una manera que me hizo gemir. En medio de aquel placer delicioso mientras me la chupaba, tuve que contenerme para no jalarle el cabello más fuerte ni tratar de controlar el ritmo de sus movimientos mientras ella subía y bajaba con la boca a lo largo de mi miembro.

Sus movimientos eran maravillosos. La calentura consumía cada parte de mi ser. Alternaba mi mirada entre la espléndida vista de su cuerpo desnudo desde arriba y el techo de la habitación, hasta que empecé a sentir que se acercaba el clímax.

—Priscilla, yo... —Traté de advertirle, pero ella siguió chupando deliciosamente.

Sus labios ejercieron la presión perfecta y ya no pude controlarme. Me limité a sujetarle el pelo con más fuerza mientras sentía cómo se tragaba cada gota.

Jadeante y en éxtasis, necesité unos minutos para recuperarme mientras ella se levantaba

lentamente y empujaba mis hombros hacia atrás, haciéndome caer de espaldas sobre el colchón. Se acomodó nuevamente sobre mis caderas, pero esta vez me recibió en su interior, caliente y húmeda.

Gemimos al unísono cuando sus manos se apoyaron en mi pecho y comenzó a moverse sobre mí.

—Ian...

—Te amo, Priscilla. —Extendí mis manos para agarrar sus hermosas tetas, que saltaban en una vista deliciosa frente a mí.

La visión de ella moviéndose encima de mí, con su cabello castaño balanceándose y sus senos bajo mis manos, era espléndida. En ese momento, el mundo podría haberse detenido, y no me hubiera importado nada más, excepto nuestra pequeña hija.

Deslicé mis manos de sus tetas a su cintura, y la agarré con firmeza, girando con ella en la cama para quedar encima. Con mis manos en su culo, aceleré el ritmo, y sus gemidos se hicieron más intensos.

Sus ojos giraban y sus uñas dejaban marcas en mi espalda mientras nuestro acto se volvía cada vez más salvaje en una búsqueda mutua de placer.

Le mordí el labio inferior cuando la sentí temblar debajo de mí, y sus gemidos se hicieron aún más fuertes. No tardé en darme cuenta de que había llegado al clímax, pero seguí moviéndome hasta que también terminé por segunda vez.

Me quedé quieto, recuperándome por un momento. Luego rodé a su lado y la jalé para que se acomodara sobre mi pecho.

Acaricié su suave cabello y luego pasé las yemas de los dedos por la línea de su columna vertebral hasta tocar su hermoso culo.

Priscilla soltó una risita y me dio una palmada en el pecho.

Yo también me reí y luego tiré de su cara para darle un beso rápido. Por fin nos estábamos poniendo al día en momentos que nunca deberían haberse interrumpido.

—¿Será que esta vez sí? —preguntó, obligándome a buscar su mirada.

—¿Sí qué? —Fruncí el ceño, confundido.

—Nuestra boda.

—¡Eh! —Torcí los labios—. Te prometí que esta vez nadie me hará cambiar de opinión.

—Eso es todo lo que espero.

—Confía en mí. —Le acaricié la mejilla.

—Sí, confío.

Nos quedamos acostados unos momentos más, hasta que ella rodó fuera de la cama. Quise preguntarle por qué, pero mis instintos fueron más rápidos.

—¿Lis?

—Sí. Debe estar hambrienta.

—Supongo que sí. —Empecé a buscar mi ropa por la habitación—. Vamos con ella.

Priscilla asintió mientras se vestía lo más rápido posible.



Priscilla
MENEZES

Capítulo cuarenta y nueve

Días después...

No podía negar que ese día me dolía horriblemente el estómago. La razón era obvia: miedo y ansiedad.

Aunque Ian me había prometido un millón de veces que sería diferente, al verme frente al espejo con un vestido de novia, era imposible no revivir los momentos más tristes de mi vida. La sola posibilidad de que todo se repitiera me dejaba completamente desesperada.

Pasé mis manos sudorosas por los costados del vestido. Esta vez era más sencillo y ligero que el anterior.

Ian ni siquiera lo había cuestionado cuando pedí una ceremonia más informal, con menos invitados. A su madre no le había gustado mucho mi elección, pero teniendo en cuenta lo que había pasado la última vez, prefirió no interferir demasiado y dejar que lo hiciéramos como quisiéramos.

Al final, lo único que realmente me importaba eran los parientes cercanos y los amigos que habían seguido nuestra relación desde el principio, con sus altibajos.

La ceremonia en la playa sería increíble y esta vez seríamos felices para siempre. Me lo prometí y cada vez me lo creía más.

—Respira hondo —murmuré frente al espejo—. Esta vez todo saldrá bien.

No había razón para no creerlo.

Escuché un golpe en la puerta y murmuré un "adelante", antes de que mi papá girara la manija y entrara con una sonrisa.

—Estás más hermosa que nunca, hija.

—Gracias, papá.

—No hay de qué.

—¿Lista para salir?

—Sí.

Se infló de orgullo y me ofreció su brazo para que lo tomara.

Bajamos juntos desde una de las habitaciones en la mansión de los Gray hasta la playa privada donde habían montado la ceremonia. No había más de cien personas sentadas en sillas blancas a ambos lados de una alfombra roja que conducía al altar.

Ian también estaba vestido de manera casual, con un pantalón corto blanco y una camiseta del mismo color. Llevaba un collar de flores alrededor del cuello. Cuando su sonrisa se ensanchó al verme, gané un poco más de confianza y creí que, esta vez, todo iba a salir bien.

Vi a mi hija en brazos de mi madre, en la primera fila. No solo por mí, sino también por ella, deseaba con todas mis fuerzas que nuestra familia funcionara.

—No la vayas a cagar esta vez —le dijo mi padre a Ian en tono firme.

—No se preocupe, señor. —Él se giró hacia mí—. Estás tan hermosa... —Ian sonrió aún más al verme.

—Tú también luces bien.

Ian se inclinó y por un segundo pensé que me iba a besar, pero se contuvo y simplemente rodeó mi cintura con su brazo, girándonos hacia el juez.

—Ian, Priscilla... —El tipo murmuró nuestros nombres y asentimos—. Es un placer reunirnos aquí para celebrar el amor...

El hombre siguió hablando mientras Ian me miraba seriamente a los ojos. Yo seguía teniendo un poco de miedo, pero en el fondo le creía, confiaba en que esta vez sería diferente.

Mis instintos estuvieron alerta en todo momento hasta que Ian y yo estuvimos frente a frente y se pronunciaron las palabras.

—¿Tú, Ian, tomas a Priscilla como esposa...?

Sus dientes se ensancharon aún más en una sonrisa antes de decir.

—Sí.

Solté un suspiro de alivio que debió de ser lo bastante alto como para que los invitados de delante lo oyeran y se rieran.

—Tú, Priscilla, aceptas a Ian como...

—Sí, acepto. —Ni siquiera esperé a que el juez terminara su frase.

Ian y yo nos sonreímos.

Sí, por fin era nuestro momento...

—¡Priscilla! —Oí gritar a Ian antes de empujarme hacia un lado, sin que yo alcanzara a ver qué había visto por encima de mi hombro.

Caí sobre el altar, asustando al juez y a los invitados. Miré hacia Ian, sin entender nada, cuando vi una mancha de sangre formarse en su camisa blanca, casi como si todo ocurriera en cámara lenta, hasta que cayó hacia atrás sobre la arena.

—¡Ian! —Un grito de profundo pánico y desesperación brotó de mi garganta mientras me levantaba para ir hacia él.

Miré en la misma dirección que él, tratando de entender lo que había pasado, y me encontré con Eva sosteniendo un arma apuntando en nuestra dirección. Sus ojos muy abiertos y su asombro dejaron claro que no era a Ian a quien pensaba disparar.

—¡Amor! —Coloqué mis manos sobre la herida, pero solo conseguí mancharme el vestido de sangre.

El padre y el hermano de Ian se levantaron rápidamente. Otros médicos y personal del hospital también acudieron a socorrer al presidente. Al menos era reconfortante saber que había suficientes doctores y enfermeros para brindarle ayuda.

—Priscilla, por favor, aléjate. —El padre de Ian intentó alejarme.

Sabía que en ese momento no podía hacer absolutamente nada para ayudar, pero aun así, yo sentía que debía quedarme a su lado.

—¿Se va a poner bien? —Agarré el brazo de Iván cuando otra persona me apartó.

Su hermano gemelo no respondió, lo que solo aumentó mi angustia.

—¡Ian! ¡Ian!

—Dejemos trabajar a los médicos. —Un tipo grande y corpulento me sujetó, y fue en ese momento que me di cuenta de que era uno de los enfermeros.

—Pero...

—Todo irá bien.

Debería confiar en él, pero mientras veía a los médicos trabajar para intentar salvar la vida del hombre que amaba, no había forma de calmar el desespero que sentía.

Escuché el sonido de una sirena y no sé cuánto tiempo pasó antes de que llegara la ambulancia para llevar a Ian al hospital. Por suerte, me dejaron acompañarlo, pero una vez que llegamos al edificio, me dejaron sola en la sala de espera, sin recibir ninguna información relevante.

Ian era el presidente de ese hospital, parte de una familia con tradición en la medicina, y eso debería haberme garantizado alguna respuesta, pero no fue así.

Había otras personas en la sala de espera. Una de ellas me ofreció un vaso de agua mientras me veía caminar de un lado a otro, totalmente desesperada. Nadie me preguntó nada directamente, pero el vestido blanco manchado de sangre seguramente despertaba suficiente curiosidad.

Pronto apareció Sonia para hacerme compañía y solo me di cuenta de que mi mejor amiga estaba a mi lado cuando me tomó de la mano.

—¿Novedades?

Negué con la cabeza y las lágrimas se acumularon aún más en mis ojos.

—Se pondrá bien. Es un hombre fuerte, además tiene todos los recursos de este hospital...

—¿Y si no se pone bien, Sonia? —Apreté su mano con más fuerza.

—Lo estará.

Con la otra mano me froté el borde de los ojos, tratando de contener las lágrimas que seguían acumulándose.

—¿Dónde está Lis? —Pensé en mi hija, cada vez más desesperada.

—Se encuentra bien. —Sonia me acarició el hombro, tratando de tranquilizarme—. Tus padres la están cuidando.

—¿Segura?

—Por supuesto. Los vi con ella antes de salir de la ceremonia y venir para acá. Puedes estar tranquila.

—Gracias.

Quería ver a Ian, asegurarme de que realmente estaba bien, en lugar de solo repetirlo sin certeza alguna.

Tardó una eternidad en aparecer alguien hasta que vi aparecer a Iván por el pasillo y su cara hizo que mis lágrimas se volvieran aún más intensas.

Estaba completamente destrozada cuando se acercó.

—Dinos que está bien antes de que le dé un colapso —exigió Sonia.

—La bala perforó algunos órganos y mi hermano tuvo que ser operado de urgencia.

—¿Tú lo operaste?

—No, un cirujano general, pero es uno de nuestros mejores...

—¿Se va a poner bien? —Eso es todo lo que quería saber.

—Mi hermano está ahora en la sala de recuperación, la operación ha ido bien, estará en observación unos días, pero es fuerte.

—¿Cuándo puedo verlo?

—Tan pronto lo lleven a la habitación. Vendré a buscarte.

—Gracias.

—Todos estamos preocupados. —Iván me acarició el hombro—. Pero mi hermano se recuperará.

—Lo hará.

—¿Saben qué pasó con esa loca?

En medio del caos, había olvidado completamente a Eva, y el hecho de que intentó matarme pero terminó hiriendo a Ian.

—Se la llevó la policía —respondió Sonia, porque yo no tenía ni idea de lo que había pasado—. Creo que oí algo sobre un intento de asesinato.

—Siempre supe que Eva estaba desequilibrada, pero nunca imaginé que llegaría tan lejos —murmuró Iván.

Si la foto no había sido suficiente para separarnos, la exnovia de Ian recurrió a un método

mucho más violento. Tal vez, si no hubiera habido tantos médicos para atenderlo, Eva podría habernos separado para siempre.

—Espero que la metan en la cárcel y tiren la llave. —Después de todo lo que había hecho, no podía ocultar mi rabia.

—Ojalá —concordaron Iván y Sonia.



Ian
GRAY

Capítulo cincuenta

Estaba un poco mareado, me costaba abrir los ojos. Además, aún sentía un poco de frío, y me tomó un momento darme cuenta de que eran efectos de la anestesia general.

Cuando mis ojos empezaron a enfocar, miré alrededor y noté que estaba en una de las suites de la zona VIP del hospital, las habitaciones que reservamos para nuestros pacientes más importantes. Ya había estado en esa área varias veces, pero como paciente era la primera.

Gruñí al intentar moverme en la cama. No sentía dolor, pero me di cuenta de que seguía medio anestesiado porque mi cuerpo respondía con lentitud.

—¡Ian!

Apenas escuché su voz, cargada de desesperación, giré mi cabeza hacia ella y vi a Priscilla corriendo hacia la cama, deteniéndose a mi lado.

—Mi amor...

La observé mientras mis ojos aún trataban de recuperar el enfoque. Priscilla llevaba el mismo vestido que usó en nuestra boda, pero estaba sucio...

—Espero que esa sangre sea mía —murmuré, todavía con dificultad para proyectar mi voz.

—¿En qué estabas pensando cuando hiciste eso?

—Estaba cumpliendo mi promesa de no volver a perderte nunca más. —Esboqué una sonrisa débil.

—Eso no significaba que tuvieras que recibir un disparo por mí.

—Haría cualquier cosa por ti.

Ella estaba molesta, pero su expresión se suavizó en una mirada llena de amor que la hacía ver aún más hermosa.

—Me alegro de que esta vez estemos casados. —Solté una risa.

—¿Lo estamos?

—Te escuché decir que sí, ¿o no lo dijiste?

—Sí, lo dije. —Ella rió.

—En cuanto a Eva, voy a contratar seguridad, pedir una orden de alejamiento...

—Está bien, Ian. —Priscilla me interrumpió—. Ha sido arrestada.

—¿Arrestada? —respondí sorprendido—. ¿Estás segura?

Priscilla asintió, y yo solté un suspiro de alivio.

—¿Dónde está nuestra hija? —Cambié de tema.

—Está con mis padres. Será mejor que salgas de aquí pronto para que puedas verla.

—Me iría ahora mismo. —Traté de levantarme, pero ella me empujó hacia atrás.

—Quédate quieto, superhéroe. Vas a tener que esperar tu alta. —Escuché la voz de mi hermano y noté que también estaba en la habitación.

—Dame el alta. Hazme el favor, ¿sí? Déjame ir a casa.

—Menos mal que no soy tu médico. —Se encogió de hombros y yo resoplé.

—Tienes que ponerte bien. —Priscilla envolvió mis manos con las suyas—. Para volver a nuestra casa y ver Lis.

—Haré todo lo posible por salir de aquí cuanto antes.

—Lo sé. —Sonrió antes de inclinarse y darme un beso.



Ian
GRAY

Epílogo

Un año después...

Dicen que la felicidad está hecha de pequeños momentos, que a veces hay que saber mirar alrededor para notarla, pero yo me sentía capaz de verla en cada detalle de mi vida desde que habíamos vuelto con Priscilla.

Sabía que iba a ser la mujer de mi vida desde que nuestros destinos se cruzaron extrañamente en aquel accidente de coche.

Nada me hacía más feliz que mirarla cada día y saber que habíamos construido juntos un hogar, una familia. Había sido un tonto al dejarla en el altar la primera vez y casi me había costado todo, pero cada día me esforzaba por no volver a cometer el mismo error.

—¡Despertemos a papá! —Abrí los ojos cuando Priscilla hizo saltar a Lis encima de mí.

—¡Ey!

—¡Feliz cumpleaños papá!

—¡Felicidades!

—Gracias, mi princesa. —La rodeé con mis brazos y la hice girar sobre la cama, haciéndola reír.

Después de darle unos besos a mi hija y devolverle los abrazos, levanté la cabeza para encontrarme con la mirada de Priscilla, que me sonreía feliz. Era como si cada día la encontrara más hermosa.

—Feliz cumpleaños, amor.

—Gracias, gracias. —Alargué la mano y le toqué el vientre, que empezaba a abultarse. No echaría de menos este embarazo, ni ningún otro si tuviéramos más hijos que Lis y el que está en camino—. ¿Qué podemos hacer hoy?

—Tu madre nos llamó para que vayamos a su casa.

—Es mi cumpleaños —refunfuñé—. Podemos elegir qué hacer.

—También es el de Iván.

—Creo que prefiero cualquier cosa que no sea un plan de mi mamá.

—Es muy probable. —Se rió—. ¿Adónde quieres ir entonces?

—Dondequiera que estén Lis y tú.

—Entonces es fácil decidir.

—Solo eso ya es perfecto para mí. —Me incliné y las envolví a ambas en mis brazos—.

Las amo.

—Nosotras también te amamos. —Ambas me devolvieron el abrazo.

Estaba muy agradecido por la segunda oportunidad que nos devolvió a ambos la vida, y juré trabajar duro cada día para sostener ese presente de felicidad.

Lea también:



Enlace =><https://amzn.eu/d/1xiwnwt>

Sinopsis:

Un CEO viudo.

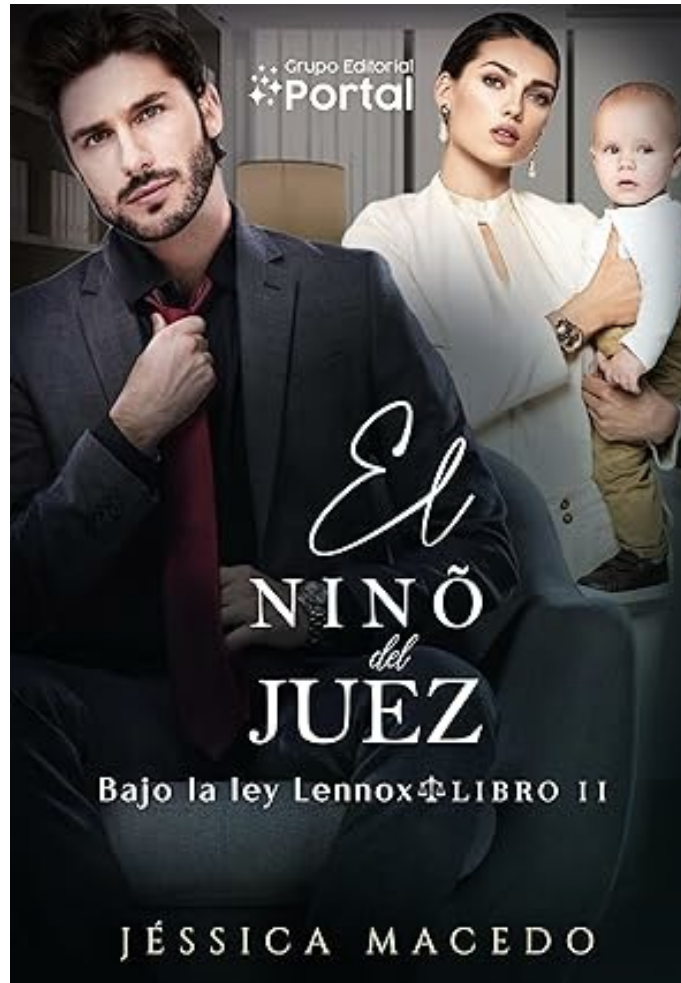
Una maestra de escuela.

Dos niñas gemelas y un plan para tener una mamá.

Tras la muerte de su esposa, Thomas decidió cerrar su corazón para siempre. El director general de Lennox & Associates salió con distintas mujeres solo para satisfacer sus necesidades, pero no estaba dispuesto a tener relaciones profundas. Padre de dos hijas gemelas, guardaba su amor solo para ellas.

Helena Price siempre ha amado a los niños y dedica su vida a enseñarles. Se hizo maestra de guardería infantil y divide su tiempo entre los pequeños alumnos y su anciana abuela, sin pensar en romances.

Las niñas, Anne y Mary, sueñan con tener una mamá y han ideado un plan para unirlos, pero son demasiado ingenuas para entender los misterios del corazón.



Enlace =><https://amzn.eu/d/dFQJAY8>

Sinopsis:

Un juez sinvergüenza.

Una abogada recién graduada.

Un hijo rechazado que sacude los cimientos de un hombre.

Tyler Lennox procedía de una familia de gran tradición jurídica y llegó a ser un respetado juez. A diferencia de su hermano mayor, llevaba una vida desenfrenada y se divertía con todas las mujeres posibles.

Tatiana Fisher soñaba con convertirse en una gran fiscal y veía a Deborah Lennox como una inspiración. Conseguir un trabajo como pasante con su más grande modelo a seguir era un gran logro, pero eso la puso en el camino del juez, y Tyler no iba a dejar escapar a la joven pasante de su hermana.

Él rechazó la idea del embarazo, convencido de que el bebé no era suyo, pero los sentimientos pueden cambiar al reencontrarla en la sala de audiencias meses después.



Enlace =><https://amzn.eu/d/0F9QP9E>

Sinopsis:

Un chico malo implacable.

Una fiscal decidida y firme.

Una bebé adorable que va a sacudir la vida de dos personas completamente opuestas.

River Lansky era un joven peligroso y heredero de la familia criminal más temida de la ciudad. Junto con su hermano, dictaba las normas del crimen organizado.

Deborah Lennox nació en una familia respetada de abogados y decidió seguir la carrera de fiscal, convirtiéndose en un nombre de referencia. Sin embargo, su decisión de apuntar a una familia peligrosa puso en riesgo toda su carrera y su vida.

El subjefe de la mafia de Nueva York tenía una misión: sacar de en medio a una fiscal que se creía una heroína, para que los Lansky pudieran seguir operando sin problemas. Pero había una química explosiva entre ellos, y cedieron fácilmente, lo que resultó en una bebé que se convirtió en el mayor desafío de sus vidas.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes, lenguaje soez y comportamientos inapropiados de los personajes.



Enlace =><https://amzn.eu/d/4BuyUft>

Sinopsis:

Hace cinco años, el multimillonario y hotelero griego Klaus Demetriou sufrió un terrible accidente que le costó la vida a su mujer y le dejó entre la vida y la muerte. Rescatado por una familia de pescadores, sobrevivió milagrosamente, pero regresó a casa con una enorme deuda.

Pedro Katsaros era un tipo sencillo que estaba orgulloso de la vida que llevaba y nunca le pediría ningún favor al hombre que rescató en la playa, pero algo terrible le ocurrió a su única hija y no tuvo más remedio que recurrir al magnate más poderoso que conocía.

Klaus no quería involucrarse, atrapado con sus propios fantasmas, no necesitaba complicarse la vida, pero no tenía elección. Deudas como la que tenía con el pescador debían ser pagadas, sobre todo cuando el pobre hombre fue asesinado por los mismos criminales que se llevaron a su hija. Rhea se convirtió en su responsabilidad y para traerla de vuelta sana y salva tuvo que comprarla.

Sobre la autora

Jéssica Macedo, 28 años, es brasileña y forma parte de Forbes Brasil's Under 30, una lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para niños y adultos, fantasía, aventura, romance y, sobre todo, literatura picante, un verdadero fenómeno editorial entre las lectoras.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa, y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica empezó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con el lanzamiento de su primer libro, «Vale das Sombras». Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas, «Eternamente Minha», en un largometraje emitido en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

<https://www.autorajessicamacedo.com.br/es/>

Facebook — www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram — www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon — <https://www.amazon.es/jessicamacedo>

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: <https://grupoeditorialportal.com.br/>

Instagram: <https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/>

Facebook: <https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/>

Shopee: <https://shopee.com.br/grupoeditorialportal>

